LIBRARY OF CONGRESS.

[SMITHSONIAN DEPOSIT.]

Chap. PC4114

Shelf .L6

UNITED STATES OF AMERICA.

LECCIONES ESCOGIDAS

PARA LOS NIÑOS

QUE APRENDEN Á LEER

EN LAS ESCUELAS PIAS,

dispuestas por el P. Hipólito Lereu de la Purificacion, y aumentadas por el P. Pascual Suarez del Dulce Nombre de María, General.

CUARTA IMPRESION.

CON PRIVILEGIO EXCLUSIVO.

Madrid: Imprenta de D. Eusebio Aguado.

1831.

PC4114
.L6

AL LECTOR.

Concurriendo comunmente un número de niños bastante crecido á todas las aulas de primeras letras, y siendo imposible que un solo profesor pueda tomar con aprovechamiento la leccion á cada uno de ellos en particular; se hace indispensable

que la den en corros, y usando todos de un mismo libro: por cuyo medio puede el primero leer uno ó dos puntos, y aun cuando siga el segundo, como lee lo mismo que el otro está viendo y oyendo, podrá con facilidad notar todo cuanto éste tenga de imitable por su modo de leer, como asimismo las correc-

ciones que, segun fueren ocurriendo, le hiciere el maestro. Tambien se sigue de aquí que el trabajo del profesor será menor, y mayor el aprovechamiento de los discípulos. Para la consecucion de este fin se ha dispuesto este tratadito; y aunque es verdad que para el mismo objeto hay otros muchos y excelentes, sin em-

bargo no ofrecen iguales ventajas, siendo la principal entre otras el precio mas acomodado á las cortas facultades de la mayor parte de los que acuden á estas clases. Ademas resulta el bien que, introduciéndose en las escuelas el uso de un libro comun, se conseguirá desterrar de ellas la infinita variedad de otros

muchos que manejan los niños, la mayor parte de los cuales, por estar llenos de fábulas y patrañas, les son perjudiciales y fuera del caso. Tambien se ha atendido á que, al paso que se ejercitan en la lectura, vayan insensiblemente bebiendo la piedad y máximas cristianas. Ultimamente se desea que este trabajo, tal cual él

es, ceda en provecho temporal y espiritual de los niños, á quienes principalmente se dirige esta obrita.

PROVERBIOS

Ó PARÁBOLAS DE SALOMON.

Salomon, hijo de David y Betsabée, nació mil y treinta y tres años antes de Jesucristo, de quien fue una figura y símbolo, y uno de sus gloriosos progenitores. Fue coronado Rey de Israel y de Judá viviendo todavía su padre. Desde luego dió muestras de una sabiduría singular. Se le dejó ver Dios en forma visible, y le mandó pidiera lo que quisiese, y le sería otorgado. Pidió al Señor

que le diera un corazon dócil y dispuesto á escuchar y recibir los consejos saludables para gobernar su pueblo; y en premio de una peticion tan modesta le concedió Dios, no solamente una sabiduría tan grande y extraordinaria que quedó desde entonces en proverbio, *como que fue el mas sabio de todos los hombres*, sino que ademas le colmó de tantas riquezas, y le levantó á tanta grandeza, que fue el mas rico y magnífico entre todos los Reyes. Gozando en su reino de una profunda paz, determinó edificar, y edificó al Señor el templo que habia deseado su

padre David, y que fue rico de preciosísimos vasos de oro, plata, piedras preciosas, y el mas suntuoso que ha habido en el mundo. Despues trazó é hizo fabricar para sí un palacio de igual magnificencia y grandeza. Para el templo hizo venir de otros reinos las maderas mas finas y exquisitas, y los mas diestros arquitectos y alarifes; y se empleaban á un mismo tiempo en la fábrica doscientos cincuenta mil obreros ó trabajadores. Cercó con fuertes y hermosas murallas á Jerusalen y otras ciudades de su reino; venció á muchos Reyes idólatras, y los hizo tributarios. Las rentas de su

erario ascendian anualmente á seiscientos sesenta y siete talentos de oro, sin contar los tributos moderados de sus vasallos y los derechos del comercio. El lujo y lucimiento de su corte, la suntuosidad de su mesa, la innumerable multitud de sus oficiales, ministros y sirvientes, las riquezas de sus vestidos y la sabiduría de su gobierno habian llevado la fama y gloria de su nombre á todo el mundo. Pero ¡oh vacío é insubsistencia de las grandezas y glorias humanas! Este hombre, este Rey que las poseía y disfrutaba todas, llegó á conocer por experiencia que todas juntas no bastan para aquie-

tar y llenar el corazon del hombre; y entre otras lecciones de verdadera y cristiana filosofía que nos dejó, fue esta tan infalible como lacónica: *vi todo cuanto hay y pasa debajo del sol, y he aquí que todo es vanidad*: y en los doce solos capítulos, y no largos, de que consta el libro del Eclesiastés, uno de los tres de los que no se duda ser de Salomon, repite mas de treinta veces, que todas las grandezas, delicias, pompas, palacios, regalos, pasatiempos, tesoros, riquezas, y aun la ciencia de todas las cosas de acá bajo, son *vanidad de vanidades*, y todo vanidad, miseria, afliccion y lisonja del

ánimo. Y ¡oh abismo insondable de los consejos de Dios! ¡oh impenetrabilidad de sus adorables juicios! este hombre tan privilegiado de Dios, que el Profeta Natan le llamó su amado por antonomásia, tan lleno de su excelente sabiduría y de su gracia abusó de su libre albedrío hasta entregarse á los antojos y caprichos de mujeres idólatras y perdidas; y el que habia sido el ejemplo y la gloria de Israel, vino á ser el escándalo y el oprobio, dejando en duda y problema entre los sagrados escritores su salvacion; porque habiendo sido grandes y notorias sus culpas, ni una palabra dicen de su

penitencia los historiadores sagrados. ¡Oh, y cómo es cierto que la ciencia sin piedad no sostiene en la virtud, y que el olvido del Señor, la ingratitud á sus beneficios, la violacion meditada de su ley, y la pasion de la lascivia precipitan al hombre en los mayores abismos! Los libros de que Salomon indudablemente es autor sagrado, son el Cantar de los Cantares, el Eclesiastés, y el de las Parábolas ó Proverbios, que es uno de los que los Padres y Teólogos llaman Sapienciales. De estos divinos libros dice el gran Maestro de las cosas espirituales y el Ciceron de la lengua española, el

V. Fr. Luis de Granada, lo que se sigue á la letra. "No diré mas de estos libros sino que son una filosofía moral ordenada, no por Aristóteles ni Platon, sino por el Espíritu Santo, en la cual sin divisiones, ni definiciones, ni silogismos, y sin variedad de opiniones, somos enseñados á regir y ordenar nuestra vida, así en el tiempo de la adversidad como de la prosperidad: donde son tantos los avisos y consejos que se nos dan, que ninguna parte de la vida queda sin sus propios documentos y doctrinas. En ellos son inducidos los hombres por muchas razones á ser justos, y se declara con que géne-

ro de obras lo hayan de ser, que es la suma de toda la filosofía cristiana. Los cuales libros habian de traer siempre en el seno los que desean acertar á bien vivir; porque en ellos hallarán luz para sus entendimientos, devocion para sus voluntades, medicina para sus llagas, y documentos saludables para ordenar sus vidas. Tienen tambien estos libros otra excelencia, que es no haber en ellos un renglon que no tenga alguna señalada y provechosa sentencia. En otros libros á veces es menester pasar muchas hojas para hallar un buen bocado; mas aquí no hay cosa que no sea de precio, no hay cláusula que no sea una

saludable sentencia y una perla preciosa. Porque estos libros parece que fueron una breve recapitulacion de toda la santa Escritura." De este divino libro de los Proverbios se han tomado á la letra los capítulos que directamente pertenecen á la edad de los niños, y que son mas oportunos para la mas sólida instruccion y enseñanza de la juventud.

CAPÍTULO I.

El temor de Dios es el principio de la sabiduría. Los necios despreçian la sabiduría y la enseñanza. Oye, hijo, la doctrina de tu padre, y no abandones las leyes de tu madre. Hijo mio, si

los pecadores te halagaren é hicieren fiestas, no los creas. Si te dijeren ven con nosotros, armemos asechanzas á la vida del prójimo, pongamos lazos ocultos al inocente aunque no nos haya dado motivo, entra á la parte con nosotros, la bolsa de todos nosotros será comun; hijo mio, no vayas con ellos, apártate de sus caminos, porque sus pies corren al mal.

CAPÍTULO II.

Si la sabiduría entra en tu corazon, y tu alma gusta de la ciencia; sus consejos te guardarán, y su prudencia te defenderá.

CAPÍTULO III.

Dichoso el hombre que encuentra la sabiduría y que tiene la verdadera prudencia. La sabiduría es árbol de vida para aquellos que la abrazan, y bienaventurado el que la conserva.

CAPÍTULO IV.

No te complazcas en los senderos de los impíos, ni apruebes el camino de los malos. Huye de él, no pases por él, apártate mucho y déjalo para siempre. Los malos comen el pan de la impiedad, y beben el vino de la maldad. La senda de los justos es como una hermosa luz,

va adelante y llega á ser un dia perfecto.

CAPÍTULO VI.

Perezoso, vé á la hormiga, y reflexiona sus caminos, y aprende sabiduría. Ella, sin tener quien la enseñe, ni quien la gobierne, se previene de mantenimiento en el estío, y al tiempo de la siega hace provision para comer despues. Seis cosas hay que aborrece Dios, y otra séptima que abomina: ojos erguidos, lengua mentirosa, mano que derrama la sangre del inocente, corazon que maquina proyectos pésimos, pies ligeros para correr al mal, al que dice

mentiras, al testigo falso, y al que siembra chismes entre hermanos.

CAPÍTULO X.

El hijo sabio alegra á su padre; mas el hijo necio melancoliza á su madre. La mano ociosa produce la indigencia; pero la mano del fuerte adquiere riquezas. La bendicion de Dios hace ricos, y á ellos nunca llegará la afliccion.

CAPÍTULO XI.

De nada servirán las riquezas en el dia de la venganza: la justicia es la que librará de la muerte eterna. Unos reparten

sus propios bienes y se hacen mas ricos: otros roban los agenos y nunca salen de pobres. El que confia en sus riquezas caerá; pero los justos florecerán como las ramas de un árbol frondoso.

CAPÍTULO XII.

Mas dichoso es el pobre, y que gana por sí el suficiente sustento, que el presumido y vano que no alcanza pan, y cree deshonrarse trabajando para ganarlo. El virtuoso tiene compasion aun de las bestias que le sirven; mas los impíos tienen entrañas crueles para con todos.

CAPÍTULO XIII.

Entre los soberbios siempre hay pendencias; pero los humildes que obran en todo con consejo, son gobernados por la sabiduría.

CAPÍTULO XIV.

El que anda por camino recto y teme á Dios es despreciado por el que anda por sendas infames. Las risas siempre andarán mezcladas de pesares, y á un grande gozo se sigue el llanto. El pobre ¡oh desgracia! aun á sus parientes se hace odioso; pero los ricos tienen muchos amigos. El temor de Dios

es fuente de vida para librarse del estrago de la muerte. La limpieza de corazon conserva sano el cuerpo; la envidia pudre los huesos. El que calumnia al pobre ofende á su Criador; y el que se compadece del pobre le honra.

CAPÍTULO XV.

La respuesta dulce quebranta la ira; la palabra áspera irrita el furor. El malo no ama á aquel que le corrige, ni busca á los sabios. Mas vale un poquito con temor de Dios, que tesoros grandes, y que no satisfacen al corazon. Mas vale ser convidado á unas pobres legumbres con

amor y caridad, que á tener sobrados regalos con discordias. Dios se aparta de los impíos, y oye las plegarias de los justos.

CAPÍTULO XVII.

Mas vale un bocado de pan seco con santa alegría, que la casa llena de regalo con pendencias. Como la plata se purifica en el fuego y el oro en el crisol, así Dios prueba los corazones. Al que vuelve mal por bien no faltarán desdichas en su casa. ¿Qué aprovecha al necio tener muchas riquezas, si con ellas no puede comprar la sabiduría? La alegría del corazon

conserva la edad florida; la tristeza seca los huesos. Un hijo necio provoca la ira del padre, y aflige á la madre que le engendró. El que habla con prudencia se acredita de docto y de prudente; y el hombre verdaderamente erudito habla con circunspeccion. Aun el necio, si calla, será reputado por sabio; y, si no desplega sus labios, por entendido.

CAPÍTULO XVIII.

El que responde ántes de oir lo que le preguntan se acredita de necio, y merece que le sonrojen. La muerte y la vida están en manos de la lengua: se-

gun el uso que se haga de ella serán los frutos.

CAPÍTULO XIX.

Mas dichoso es el pobre que vive segun su sencillez, que el rico que se atormenta para engañar, y se acredita de necio. Las riquezas atraen muchos amigos; pero del pobre huyen aun los que antes tenia. El que tiene compasion del pobre comercia con Dios con grandes ganancias, y le recompensará abundantemente. El perezoso esconde sus manos debajo de los sobacos, y no las llevará á su boca. El que da pesadumbre á su padre, y se hace aborrecible á su

madre, se cubre de infamia, y será desdichado.

CAPÍTULO XX.

Por sus juguetes se conoce el niño, y se conjetura cuáles han de ser sus obras. No gustes de dormir mucho para que no te persiga la pobreza: madruga, y tendrás abundancia de pan.

CAPÍTULO XXI.

El que gusta de convites parará en pobreza: el que ama el vino y los regalos no se enriquecerá. El que guarda su boca y modera su lengua se libra de muchos apuros.

CAPÍTULO XXII.

Mas vale buen crédito, que las muchas riquezas: la buena querencia vale mas que la plata y el oro. Es proverbio, el que de jóven entra en el buen camino, aun cuando llegue á viejo, no le dejará. El que es propenso á la misericordia tendrá la bendicion de Dios, porque repartió de su pan con el pobre. Echa léjos al mofador, y con él echarás las rencillas, y cesarán los pleitos y las contumelias. El que ama la limpieza de corazon tendrá por amigo al Rey por la gracia y sinceri-

dad de sus palabras. No trabes amistad con el hombre iracundo, ni andes con el que se deja arrebatar de su furia. No entres en compañía de los que se atan las manos, y salen fiadores por deudas ajenas. Si no tienes con que restituir lo que ellos han tomado prestado, ¿qué impedirá que te lleven la cobertura de tu cama para pagarlo?

CAPÍTULO XXIII.

No vayas á los convites de los bebedores, ni á las comilonas de aquellos que contribuyen con su cuota; porque entregados á la glotonería, y comiendo

á escote, pagarán su descuido con pobreza y andrajos. El padre del justo salta de contento: el que tiene un hijo sabio se alegrará en él.

CAPÍTULO XXIV.

No armes asechanzas, ni busques impiedades en la casa del justo, ni turbes su reposo ponderando sus defectos; porque el justo caerá siete veces al dia, pero se levantará; mas los impíos se precipitarán para siempre. Cuando cayere tu enemigo no te alegres, y no se regocije tu corazon en su desgracia, no sea que lo vea el Señor y le desagrade, y traspase su ira de él

á tí. Teme, hijo mio, á Dios y al Rey, y no te juntes con los murmuradores. Pasé por el campo del perezoso y por el viñedo del necio; y he aquí que las ortigas lo habian llenado todo, y las espinas habian cubierto toda la tierra, y la cerca de piedras estaba destruida. Habiendo visto esto reflexioné y escarmenté en cabeza ajena.

CAPÍTULO XXV.

No publiques lijeramente en disputa lo que has visto con tus propios ojos, no sea que, despues de haber desacreditado á tu amigo, no le puedas reconciliar. Trata tus asuntos con tu

amigo, y no fies tus secretos al extraño, no sea que, despues que los haya oido, te insulte y no cese de zaherirte. Si encuentras miel abundante, come con templanza la que te baste, no sea que comiendo con exceso la vomites. El hombre que testifica en falso contra su prójimo hiere mas que un dardo, una espada y una saeta puntiaguda. El que fia en un amigo infiel para sus apuros, es como el que tiene un diente podrido, ó un pie dañado, y se quedará sin capa en el dia del frio. La melancolía daña el corazon del hombre, como la polilla al vestido y la carcoma al madero. Si tu enemigo

tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; pues de este modo echarás carbones encendidos sobre su cabeza, y Dios te recompensará. El viento del norte desvanece las lluvias, y el semblante severo hace callar al murmurador.

CAPÍTULO XXVI.

El látigo para el caballo, y el freno para el jumento, y la vara para las espaldas de los imprudentes. El que pasa temerariamente y toma parte en las pendencias de los que riñen, hace como el que coge de las orejas á un perro rabioso.

CAPÍTULO XXVII.

Que te alaben otros, pero no tú á tí mismo; los extraños, no tus propios labios. Mas vale la correccion manifiesta del enemigo, que el amor escondido de quien no se atreve á reprender á un amigo. Mas valen las heridas del que ama, que los ósculos del que aborrece. El corazon se conforta con la frecuencia del ungüento y de varios aromas, y el ánimo se dulcifica con los consejos de un buen amigo.

CAPÍTULO XXVIII.

El impío teme, y huye sin que nadie le persiga; pero el

hombre justo como un leon valiente nunca conoce el miedo. El pobre que calumnia á otros pobres es semejante á la lluvia tempestuosa, que trae consigo la hambre. El que oculta sus maldades nunca se enmendará; mas el que las confesare y se enmendare de ellas alcanzará misericordia. Bienaventurado el hombre que está siempre con un santo temor; pero el que tiene la conciencia endurecida se precipitará para siempre. El que vive con sencillez se salvará; él que anda por caminos torcidos al cabo caerá. El que trabaja sus tierras tendrá pan abundante; mas el holgazan vivirá lleno de

miserias. El hombre fiel será muy alabado; mas el que se apresura á enriquecer no será inocente. El que se enriquece apriesa y tiene envidia á otros ignora que le sobrevendrá la miseria. El que quita algo á su padre y á su madre, y dice: esto no es pecado, porque me pertenecerá despues de su muerte, dando á entender que no llorará por verlos muertos, peca como el homicida. El que da al pobre no padecerá pobreza; el que desprecia sus súplicas se verá en penuria.

CAPÍTULO XXIX.

Vendrá muerte repentina, y nunca será sano aquel que con dura cerviz desprecia al que le corrige. El hombre prudente que entra en disputa con el necio, ó bien se formalice, ó bien lo tome á chanza, no hallará descanso. La vara y la correccion dan sabiduría; mas el niño que se abandone á su propia voluntad será el oprobio de su madre. Al soberbio sigue la humillacion; al humilde de corazon la verdadera gloria.

CAPÍTULO XXX.

Cuatro cosas pequeñitas hay en la tierra y saben mas que los mas sabios: las hormigas, pueblo débil, que al tiempo de la siega se provée de mantenimiento para en adelante: las liebrecitas, gente de ningunas fuerzas, que pone en los agujeros de la piedra su refugio y madriguera: las langostas, que no tienen rey y hacen sus marchas formadas en escuadrones: el estelion ó lagartija, que anda con las manos y suele morar en los palacios de los reyes.

Luis Vives, natural de Valencia en España, fue uno de los sabios del siglo XVI, que mas ruido metieron en la Europa. Fue Catedrático de letras humanas en Oxford, en Lóndres y en Lovayna. Escribió varias obras con mucha erudicion; pero entre todas, aunque de pequeño volúmen y sin tanta erudicion, es la mas sólida, y sobre todo la mas oportuna para cimentar á los niños y á los jóvenes en la virtud cristiana, la que compuso en latin, y de la que se

han hecho varias impresiones, siendo la mas correcta la impresa en Burgos año 1544, que con tanta propiedad intitula: *Introduccion á la verdadera Sabiduría.* De ella se han tomado las lecciones siguientes:

DE LA RELIGION.

El mayor bien que se nos pudo hacer, y el mas excelente don que á los hombres se pudo dar, fue la Religion, que es conocimiento y amor de Dios, Señor y Padre de todo el universo mundo. Con nadie muestra Dios mas su liberalidad infinita, que con aquellos á quienes enseña cómo quiere ser servido.

Por esto el Salmista entre las singulares mercedes, que Dios hizo al pueblo de Israel, pone: *el que anuncia sus palabras á Jacob, sus establecimientos y justicias á Israel. No ha hecho esto con toda gente y no les hizo conocer sus juicios.*

La Religion es la que nos da á conocer á Dios: si le conocemos bien, es imposible que le dejemos de amar. Dios solo es príncipe y hacedor y señor de todo el universo: es omnipotente y sapientísimo, á quien nada se le esconde. Este mundo es como una casa suya, ó por mejor decir como un templo. Él le sacó á luz de la nada, y le

crió en esta grande y compuesta hermosura en que le vemos, por lo cual le llamamos *mundo*. Él le rige y le gobierna; y no siendo bastante la naturaleza de las cosas, él le conserva no con menor milagro que el que hizo en criarle. Y como en una casa bien gobernada de un prudente padre de familias no se hace nada sin que él lo mande; así en este mundo ninguna cosa se hace sin el mandado de Dios nuestro señor, cuyo poder y saber es infinito.

Así se debe creer que él tiene cuidado de los ángeles, de los demonios, de los hombres, de los otros animales, de las

plantas, de los cielos, de los elementos, y que todo le obedece; y que ni se hace nada, ni se mueve, ni acontece, ni aun se levanta una pajilla, ni vuela una pluma, sin que él primero lo ordene y mande. Se ha de tener por cierto que su querer ó su mandar es la ley puesta en el mundo, y es la propia y la que llamamos *natural*, la cual todas las cosas siguen sin que en ellas haya acaso, ó fortuna, ó suerte. Todo lo que hace es con saber y justicia infinita, aunque sea por caminos que nosotros no alcanzamos.

Crea cada uno que, si él quiere ser bueno, todo cuanto

le sucede, ahora le parezca bien ó mal, todo se endereza á su provecho, no al del dinero, ó de cosas de este mundo breve, sino á la utilidad de la salud en la otra vida eterna y bienaventurada. Así que todo lo que en este mundo nos viniere, como cosa que sin duda viene de la mano de Dios, lo hemos de tomar con buen ánimo, y recibirlo con buen rostro, y tenerlo por bueno alegremente; no sea que por no alcanzar nosotros, que ó deseamos lo contrario, ó no juzgamos de ello como debemos, parezca que dejamos de tener por bueno el consejo y determinacion de Dios, y que dejamos

de aprobar y seguir la voluntad de quien es justísimo y sapientísimo gobernador de todas las cosas. Y es justicia y razon y cosa que se debe á Dios, que le estémos sujetos y obedientes, y que loemos y tengamos por bueno todo lo que hace. Mas nosotros como niños, no sabiendo lo que nos es mejor, lloramos porque no nos dan el cuchillo con que nos podemos degollar, y huimos de lo que nos es bueno como si ello nos hubiese de destruir, tanto que muchas veces El mayor mal que nos podria venir es, si se hubiesen de cumplir nuestros deséos. Y como andamos tan ciegos y en tan gran-

de oscuridad y error, proveyó Dios que no hubiésemos de tener cuidado de otra cosa, sino de seguir el camino en que nos puso, sin desviarnos de él, reservando á su cargo todo lo demas. Queramos ó no queramos, se ha de cumplir lo que Dios gobernador de esta gran casa ordena de nosotros. Pues si allí es donde hemos de ir, ¿por qué queremos mas que nos lleven llorando y arrastrando de los cabellos, que dejarnos llevar con alegría á nuestro paso?

Ciertamente quien es amigo de Dios obedece y sigue la ley y voluntad de su amigo. Esta es la principal manera que se ha

de tener en el amar á Dios, como dice Cristo: *Vosotros seréis mis amigos, y yo os tendré por tales, si hiciereis lo que yo os mando.* Jesucristo Hijo unigénito de Dios todopoderoso, verdadero Dios y verdadero hombre, es el que hace la paz entre Dios y el género humano, y es autor de nuestra salud y redencion, á quien para este efecto Dios Padre envió, cuando á él le pareció tener misericordia del linaje humano, que con incomparable daño suyo tenia enemistad con él. ¿Qué mayor mal ó mas pestilencial ó de mayor destruccion se pudo inventar ó hallar, que apartarse el

hombre por el pecado de Dios, fuente de donde todo bien nace y perpetuamente dimana? ¿y caer en una tan dañosa miseria y desventura? ¿y trocar una vida dulcísima y bienaventurada por una muerte amarga y miserable? Entre otras cosas Cristo nuestro Señor vino para enseñarnos el camino derecho, en el cual puestos caminarémos á Dios sin apartarnos de él un punto. Enseñónos Cristo este camino, y nos le declaró con sus palabras y santísima doctrina: con el ejemplo de su vida mostró cómo se habia de caminar, y le desembarazó y fortificó é hizo seguro.

Todo el saber humano comparado con nuestra cristiana religion es como cieno y pura ceguedad y locura. Todo cuanto entre los gentiles se lee grave ó prudente, sabia ó religiosamente dicho; todo lo que con gran admiracion, con gran favor y grita ellos reciben; todo lo que de ellos se alaba y se aprende de coro y se levanta hasta el cielo (¡oh válgame Dios!) ¡cuán sin comparacion mas sencilla, llana y descubiertamente, por cuán mas derecho, breve y fácil camino nos lo muestra la cristiana religion! En cuyo conocimiento consiste la verdadera y perfecta sabiduría: y en

vivir como ella ordena consiste la perfeccion de la virtud. Mas no alcanza nadie verdaderamente á conocerla, sino quien vive conforme á ella. La vida de Cristo da testimonio de su bondad y virtud humana: sus milagros nos prueban su divinidad y su omnipotencia: su ley nos muestra la celestial sabiduría, para que su virtud con su ejemplo nos convide á imitarla, la autoridad nos fuerce á obedecer, la sabiduría nos convenza á creer, la bondad saque de nosotros amor, la majestad servicio, la sabiduría fe.

Si miramos con atencion y diligencia lo que Cristo nos man-

dó, al fin hallarémos sin falta ninguna que todo ello se refiere á nuestro provecho. De manera que no hay nadie que, cuando firmemente cree, no sienta en sí grandísimo bien y mejoría. Así como á un hombre no se le puede hacer mayor placer que el que algun amigo se ponga en sus manos y se encomiende á él y se fie en él de todo punto; así tampoco no podemos hacer cosa en que mas sirvamos á Dios. El fundamento de nuestra salud es creer que Dios es Padre, y su Hijo unigénito es Jesucristo legislador que nos pone en amistad con el Padre, y del uno y del otro es aspirado

aquel Santísimo Espíritu, sin el cual ni hacemos ni pensamos cosa que se levante del suelo, ni cosa que nos pueda aprovechar. El verdadero servicio que á Dios se hace es acabar de sanar las enfermedades de nuestro ánimo, y desarraigar las aficiones ó perturbaciones ó pasiones malas: y de esta manera siendo puros y santos, como él lo es, nos trasformamos cuanto es posible en su semejanza.

Así que no tengamos aborrecimiento á nadie, y deseemos y trabajemos por hacer bien á todos. Cuanto mas, dejadas las cosas corporales, te levantares á las espirituales, tanto vivirás

vida mas divina. Así vendrá á ser que reconozca Dios en tí como un parentesco ó semejanza de su divina naturaleza, y se deleite en ella, y more como en un verdadero y propio templo suyo, que le será mucho mas acepto que estos de piedra ó de metal. San Pablo dice: *es santo el templo de Dios, que sois vosotros.* Si tenemos pues en nuestra posada tan grande huesped, con grandísimo cuidado le hemos de tener, y no le habemos con nuestros pecados y maldades de despedir ó echar de ella. Todas las obras corporales van sin gusto delante de Dios, si la buena voluntad no les da sazon. Has

de pensar que donde quiera que estés muy retirado y apartado de la vista de las gentes, estando solo y aun allá dentro del corazon y en lo mas secreto de tu ánimo, está Dios por árbitro y testigo y juez de todo cuanto piensas. Teniendo pues reverencia y acatamiento á su presencia, guárdate no solamente de hacer cosa fea ó torpe ó mala, mas aun de pensarla.

La caridad para con Dios ha de ser que le tengamos en mas que todo el universo, y que amemos mas su gloria y honra, que todas las honras y provechos de este mundo. Y como un amigo cuando se le representa

su amigo á la memoria, se le ensancha el corazon con una piadosa alegría que sale de la buena voluntad que le tiene; así es menester procurar tener grande amistad con todas las cosas divinas, y que así nos sean agradables y su ejercicio deleitable.

Todas las veces que oyes este nombre de Dios, has de pensar que significa una cosa divina y admirable, mayor que el humano entendimiento puede concebir. Lo que se dice de él y de los santos no lo oigas descuidadamente como de hombres; óyelo con la admiracion y reverencia que se debe. No

pienses ni digas nada de Dios lijeramente sin ir acompañado de temor y acatamiento. Así digo que es contra religion burlarse de las cosas sagradas, ó tomar los dichos de la sagrada Escritura y servirse de ellos, traerlos en la boca, aplicándolos en cosas de burlas ó fuera de propósito ó en cuentos ó fábulas fingidas ó en dichos maldicientes, que es como derramar cieno en la medicina que os habia de dar salud: mas aplicarlos á cosas necias, esto es ya cosa maldita é intolerable. Todo cuanto allí vemos, antes nos hemos de maravillar de ello, que pensar que lo entendemos: y lo

hemos de recibir con grandísima humildad y con debida reverencia.

Mira que estés en el oficio sagrado con atencion y devocion, pensando que todo cuanto ves y oyes es sacrosanto y purísimo, y que todo se endereza á aquella inmensa majestad de Dios, la cual fácilmente puedes adorar, y es imposible poderla comprender. Así que has de pensar que no basta la fuerza del ingenio humano á entender la sabiduría divina. Aun los dichos de los sabios, aunque no los entendemos, los estimamos en mucho: ¿ cuánta mas razon es hacer hon-

ra á las cosas divinas? Cuantas veces oyes nombrar á Jesucristo, tantas veces te se acuerde la inestimable é infinita caridad que nos tuvo, y esta memoria sea con gran agradecimiento, placer y veneracion. Cuando oyes algun título ó nombre de los que se suelen dar á Jesucristo, levanta tu entendimiento á contemplarle y suplicarle que sea tal para contigo: como, por ejemplo, cuando le oyes nombrar *piadoso*, ruégale que puedas tú sentir su piedad y misericordia: cuando oyes que es *omnipotente*, pídele que lo muestre en tí, volviéndote bueno siendo malo, tomándote por hijo

habiendo sido su enemigo, haciéndote algo de nada. Cuando le llaman *terrible*, suplícale que espante á los malos enemigos que te espantan. Cuando le llamas *Señor*, mira que te obligues á servirle, y haz que seas tal, que lo sirvas como él lo merece. Cuando le das título de *Padre*, cuida de amarle y portarte de tal manera, que merezcas ser hijo de tal padre.

Mira bien que no hay cosa en todo el universo grande ni pequeña, que si miras su principio, su naturaleza, propiedad y fuerza, no te ponga en camino para considerar las maravillas de Dios Hacedor de todas las co-

sas, y que no te dé ocasion de adorarle. No pongas mano en comenzar obra ninguna sin pedir primero su favor; porque Dios (en cuya mano están los medios y los fines) dará deseado fin á la obra que comenzare en él. Cualquiera cosa que hayas de emprender, antes que pongas mano en ella, mira bien el fin adonde va á parar; y cuando hubieres tenido buen consejo y hecho en ella lo que debes, no te fatigues por lo que pueda suceder. Ten tu confianza en aquel, en cuyo poder está puesto todo lo que ha de suceder de cada cosa.

Y pues que la religion ver-

dadera no está en las cosas que se muestran por defuera, sino en el secreto del corazon; trabaja en entender lo que rezas. Mira que no sea tu rezar hacer solamente gestos con los labios: mas cuando rezas mira que todo tu ánimo, tu entendimiento, tu pensamiento y semblante estén puestos solo en aquello que haces; porque no hay cosa que no se alcance con tan excelente obra. Las palabras de Dios abominan de quien entiende en sus obras negligentemente. Si parece mal á un músico tañer una cancion, y cantar otra diferente, ¿cuánto es peor, estando diciendo á Dios nuestra ora-

cion, que diga la lengua una cosa y que tengamos otra en el corazon? Lo que pidieremos á Dios sea con templanza, y sea cosa digna que á él se le pida y que él la dé, porque no se ofenda con nuestras peticiones necias y fuera de propósito.

DE LA CARIDAD.

El maestro sapientísimo que nos enseñó cómo habíamos de vivir, y nos lo declaró en el fin tan sabiamente, como quien habia sido autor de nuestra vida, nos dió un singular documento para vivir, y fue que amásemos; sabiendo él muy bien que, si amamos, serémos perfectamente bienaventurados, sin que tengamos necesidad para esto de otras leyes. No hay cosa mas bienaventurada que amar, y por esto Dios y los ángeles son felicísimos, porque aman todas las cosas. No hay cosa mas infeliz que aborrecer; por la cual pasion son los demonios malaventurados. El verdadero amor todo lo iguala: donde él vive no sufre que haya competencias: no quiere á nadie pasar el pie adelante, ni tomar lo que es de aquel á quien bien quiere, pues está persuadido que él goza de lo que posée el otro. No levanta zancadillas

ni pleitos á su hermano, ni piensa que le injuria aquel á quien él ama. Así jamas piensa en venganza, á ninguno tiene envidia de su amigo, ni se alegra con sus males, ni le carcome los bienes que posée; antes (como dice el Apóstol) *se goza con los alegres, y llora con los tristes*: y esto no con fingimiento ni con simulacion, sino verdaderamente de buen ánimo; porque el amor hace que todas las cosas sean comunes, y realmente tiene por suyo lo que es de aquel que ama.

El verdadero dechado de este mandamiento, que tenemos puesto delante de los ojos para que le podamos imitar, son las obras y vida de Cristo: porque vino el Hijo de Dios no solamente para enseñarnos con palabras el derecho camino de bien vivir, sino para allanarle él primero con su santísima vida, y llamarnos á que le sigamos tomando de él ejemplo, para que, abiertos nuestros ojos y alumbrados con la luz de su claro sol, pudiésemos ver lo que era cada cosa.

Primeramente habiendo pasado por una infinidad de trabajos, siendo ejercitado en todo género de paciencia, ¿qué templanza y moderacion no nos mostró? Siendo él todopoderoso, y siendo injuriado con tan grandes y recias afrentas, nunca volvió mala palabra: solamente seguia su intento de enseñarnos el camino por donde pudiésemos llegar á Dios abominando de lo que de él nos aparta. Sufrió ser prendido y atado el que solamente (como dicen) con una sola mirada podia en un momento trastornar todo el mundo. ¿Con qué paciencia sufrió los falsos testimonios que le levantaron? Finalmente de tal manera se hubo, que en ninguna cosa se conoció su poder, sino en hacer bien. Siendo rey y señor de todo lo criado por quien el Padre hizo este mundo, ¿con qué sufrimiento toleró que le pusiesen é igualasen con la mas soez y baja canalla del mundo? ¿Cómo sufrió no tener cosa propia, y que á sus ministros, que tanto amaba, viniese á fal-

tar mantenimiento, siendo él el hacedor y gobernador de toda la naturaleza humana? Tuvo hambre, sed, cansancio, tristeza y congoja. ¿Para qué pensais que de su voluntad se puso en estos trabajos y los sufrió de buena gana, sino para darnos ejemplo?

Tan amigo fue de que hubiese paz y concordia, amor y caridad entre nosotros, que por respeto de esto contra ningun vicio dió con mas vehemencia que contra la soberbia y contra los que de ella nacen, como son la arrogancia, ambicion, porfias, rencillas, enemistades: mostrándonos que ni de las cosas exteriores, ni de las del cuerpo, no hay ninguna de que podamos tomar posesion por nuestra, pues todas son advenedizas y ajenas; ni aun de las interiores, ni de la virtud, pues Dios es el que las da, y las quita á los que con ellas se levantan, no conociendo estos la fuente y principio de donde manan, y menospreciando á aquellos para cuyo provecho les hizo Dios merced de ellas. Y para

acabar de todo punto de aniquilar la soberbia, porque no se preciase nadie ni se alabase por estar obediente á la religion, ni estuviese de sí muy satisfecho por guardar bien la ley, dijo: *Cuando hubiéreis hecho todo lo que os he mandado, decid, somos siervos inútiles.*

Aquí vereis cuán grande es la locura de aquellos que se alaban de ser consumadamente cristianos, y se precian de guardar la ley mas que otros; pues ninguno sabe de sí si hay en él virtud, ó si es digno de amor ó aborrecimiento, ó si es mas rico en virtud aquel á quien piensa que deja atras, ó si es llamado para la suerte de los santos, ó reprobado y desechado para miseria perpetua. Por esto mandó Dios que no juzgásemos á los otros, pues todos somos ciegos é ignorantes de los senos que hay en el corazon: y este juicio le reservó para sí que sabe bien escudriñar el interior: porque las cosas exteriores que solamente nos estan puestas á la vista no son firmes, sino inciertas seña-

les de lo que dentro se esconde. No sea pues que por hablar una vez á un hombre (como hacen muchos locos) ni por cien veces, ni por continua conversacion que con él hayas tenido, des resuelta sentencia de su ingenio, de sus virtudes y de sus vicios. Grandísimos y oscurísimos son los juicios, secretos y escondrijos que hay en el corazon humano. No hay vista de hombre que pueda llegar allá.

Y pues Cristo con su muerte ganó y puso en libertad á todo el linaje humano, y con tan inestimable precio le rescató y redimió de la servidumbre del demonio; nadie menosprecie ni ose vilipendiar una alma, pues fue tan grande el amor que nuestro Señor la tuvo, que se puso por ella á la muerte. Nuestro Señor generalmente fue crucificado por todos, y particularmente por cada uno de nosotros. Tampoco tengas esperanza que se ha de servir Cristo de que tú aborrezcas á aquel á quien él ama. El Señor quiere que en esta moneda le paguemos, que

así como él nos amó siendo siervos y malos y habiéndolo desmerecido, así amemos nosotros á aquellos en compañía de los cuales servimos al mismo Señor. Aquí en esta vida dió principio al amor que han de tener los hombres los unos á los otros, y al que han de tener con Dios: quiero decir, que aquí puso el fundamento de nuestra bienaventuranza, y en el cielo la acabó y perfeccionó. Así que esta es la vida y la gracia de Jesucristo, que en sabiduría excede infinitamente á todo humano ingenio, en razon y justicia es muy conforme y conveniente á los que entienden que con infinita bondad llama y atrae á todo el mundo.

No piense nadie que es cristiano, ni tenga confianza que Dios le ama, si tiene aborrecimiento con alguno; pues Cristo, sin exceptuar á nadie, nos encomendó todos los hombres. Pues á quien Dios te encomendó, si él no lo merece, ámale tambien; porque Dios que lo mandó es digno que le obedezcas. No bastan de suyo los ayunos

ni abstinencias, ni las limosnas (aunque des todo cuanto tienes á los pobres) serán bastantes para ponerte en la gracia de Dios, ni hay cosa que á esto baste sino el amor que tengas á los hombres, segun su bendito Apóstol lo enseña. No veas hombre en el mundo á quien no pienses que has de tener en lugar de propio hermano, con cuya prosperidad no te regocijes, y con su adversidad no te entristezcas, y á quien no procures ayudar en todo lo que pudieres. No disminuya esta aficion ser de otra ciudad, ni ser de otra nacion, de otro parentesco, de otra profesion, ni de otro estado ó condicion. De todos nosotros Dios es solo padre: y así siguiendo la doctrina benignísima de Cristo cada dia le llamamos padre, y él nos reconocerá por hijos, si nosotros tenemos por hermanos á todos los demas que él tiene por sus hijos. No te desdeñes de tener tú por hermano á quien Dios tiene por bien de tomar por hijo.

Dios trajo la paz y concordia y

amor; el demonio astutísimo en tales tramas urde bandos, inventa particulares provechos con daño ajeno, trama diferencias, porfías, riñas y guerras. Dios, cuya santísima voluntad es que todos sean salvos, comunica entre nosotros amor y bienquerencia. El diablo, que deséa nuestra perdicion, siembra enemistades. La concordia hace que las cosas pequeñas se aumenten y crezcan; la discordia las deshace y destruye por grandes que sean. Los que trabajan por hacer paz firme y perpétua entre los hombres, ó conservarla, serán (como dice Cristo) llamados hijos de Dios. Estos son los verdaderos pacíficos de quien él habla. Los que andan sembrando enemistades, y procuran destruir la caridad de los hombres, estos son hijos del diablo. La cosa mas maldita que hay en las enemistades es cuando la diferencia se viene á averiguar por las manos ó por la fuerza, que es la que (si intervienen muchas gentes) llaman

guerra, en la cual el hombre excede en fuerza á todos los otros animales. Sabed que no es cosa de hombres, sino de bestias, como el vocablo latino *bellum* lo declara y significa. De esta abomina la naturaleza, que engendró al hombre sin armas para mansedumbre y comunicacion y conformidad de la vida. Dios la maldice y abomina, que de todas maneras quiere y manda que nos tengamos caridad los unos á los otros. Ni hay hombre (el autor no habla de los reyes ni príncipes) que lícitamente pueda hacer guerra á otro, ó perjudicarle y hacerle daño sin caer en pecado. Si hay alguno que piensas tiene mala voluntad, pon trabajo y diligencia en aplacarle luego de una manera ú otra.

No dejes por ruegos, ni por humildad, ni por oro, ni por plata, ni por cosa de esta vida, de estar bien con todo el mundo; que este es el mas breve camino que nos lleva á Dios. No te burles de nadie, ni le escarnezcas. Piensa que lo que á aquel vino podia

venir á cualquiera; antes da gracias á Dios de que no te cupo á tí aquella suerte, y ruégale que no te venga. Y al que asi está afligido consuélale ó dale algun remedio, ó, si no puedes, haz siquiera que conozca en tí buena voluntad. De crueles es gozarse de los males ajenos, y no tener lástima de aquellos que son de su misma naturaleza. Sé misericordioso con los hombres, y alcanzarás la misericordia de Dios. La fortuna y los casos humanos á todos son comunes, á cada uno de nosotros amenazan, y cada uno está sujeto á ellos. Con este amor que debes á los hombres, el bien mas conveniente que les puedes hacer, consiste en procurarles el mayor bien nuestro, que es la virtud, y en trabajar por hacer á todos buenos, ó á los mas que pudieres. No hay cosa mas disonante y ofensiva á la caridad, que con persuasiones, ó con ejemplo, ó con cualquier otro motivo corromper la inocencia ajena. La mayor perfeccion es amar, aunque seas abor-

recido; pero mucho mas seguro es, y que da mayor contentamiento, querer bien y ser bien quisto.

No hay mas ciertas riquezas que las amistades firmes. No hay mas segura guarda que tener leales amigos. El sol quita del mundo quien quita de la vida la amistad. Mas la amistad verdadera y firme y que ha de durar, solamente es entre los buenos, entre los cuales, como quieren un mismo bien, muy fácilmente cuaja el amor. Los malos ni pueden ser amigos entre sí, ni tener amistad con los buenos. Para que te quieran bien, el mas cierto y breve camino es amar. No hay cosa que tanto atraiga el amor como el amor. Despues de esto lo que mas concilia el amor es la virtud, que de suyo se hace siempre bien querer, tanto que nos convida y atrae á amar aun á aquellos que nunca conocimos. Casi las mismas fuerzas tienen las señales de la virtud, como son el ser un hombre manso, moderado, vergonzoso, humano, bien criado, afa-

ble; si no dice ni hace nada en que dé muestra de arrogancia, de presuncion, de desvergüenza; si es dulce y blando y sencillo en todas sus cosas.

El consejo que antiguamente dieron algunos gentiles debajo de una falsa prudencia (porque no diésemos del todo la rienda suelta á la amistad) *Que te refrenes en el amor, como si hubieses de venir á aborrecer, ó que así te hayas con tu amigo, como si algun dia hubiese de ser tu enemigo*, es como derramar ponzoña en la amistad; mas aquello que añadieron es muy provechoso y saludable: *aborrece como si hubieses de venir á querer bien.* En la amistad no haya pensamiento de enemistad, ni creas que te puede ser enemigo aquel á quien tienes por amigo: que de otra manera la amistad será tan flaca que andará colgada de un pelillo; en la cual ha de haber fe, constancia, simplicidad y llaneza; de manera que ni tú seas sospechoso, ni des los oidos á gente sospechosa. Créeme que no se puede llamar vi-

da la que pasan los sospechosos ó los temerosos, sino una larga y continua muerte.

No seas curioso en inquirir vidas ajenas, ni en escudriñar lo que otros hacen; porque de esto nacen muchas enemistades. Y los que esto hacen por la mayor parte suelen ser descuidados de lo que les toca, teniendo demasiada solicitud en cosas ajenas. Necedad es cuidar de conocer á otros, y no conocerse á sí mismos. No solamente has de amar á los hombres; mas has de reverenciar á los que es razon, y tratar con ellos con veneracion, honestidad y decoro: que en esto está el cumplimiento de la vida social. No pienses que va poco en considerar en dónde, ó con quién, ó delante de quién estás.

El hombre tiene obligacion á amar á Dios, solo por ser quien es.

Dos cosas señaladamente suelen mover las voluntades de los hombres,

cristiano lector, á cualquier honesto trabajo. Una es la obligacion que por título de justicia tienen á él, y otra el fruto y provecho que se sigue de él. Y así es comun sentencia de todos los sabios, que estas dos cosas, conviene á saber, *honestidad* y *utilidad*, son las dos principales espuelas de nuestra voluntad, las cuales la mueven á todo lo que ha de hacer. Entre las cuales, aunque la utilidad es comunmente mas deseada, pero la honestidad y justicia de suyo es mas poderosa. Porque ningun provecho hay en este mundo tan grande, que se iguale con la excelencia de la virtud; así como ninguna pérdida hay tan grande, que el varon sabio no deba ántes escoger, que caer en un vicio, como Aristóteles enseña. Por lo cual, siendo nuestro propósito convidar y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte mas principal, declarándoles la obligacion que tenemos á ella, por la que tenemos á Dios: el

cual, como sea la misma bondad, ninguna otra cosa quiere, ni manda, ni estima, ni pide mas en este mundo que la virtud. Veamos pues ahora con todo estudio y diligencia los títulos que este Señor tiene para este tan debido tributo. Mas como estos sean innumerables, solamente tocarémos aquí seis de los mas principales, por cada uno de los cuales le debe de derecho el hombre todo lo que puede y es sin ninguna excepcion.

Entre los cuales el primero y el mayor y el que menos se puede declarar es ser él quien es, donde entra la grandeza de su majestad y de todas sus perfecciones, esto es, la inmensidad incomprensible de su bondad, de su misericordia, de su justicia, de su sabiduría, de su omnipotencia, de su nobleza, de su hermosura, de su fidelidad, de su verdad, de su benignidad, de su felicidad, de su majestad, y de otras infinitas riquezas y perfecciones que hay en él. Las cuales son tantas y tan grandes,

que (como dice un Doctor) si todo el mundo se hinchiese de libros, y todas las criaturas de él fuesen escritores, y toda el agua de la mar tinta; ántes se hinchiria el mundo de libros, y se cansarian los escritores, y se agotaria la mar, que se acabase de explicar una sola de estas perfecciones como ella es. Y añade mas este Doctor, diciendo: que si criase Dios un nuevo hombre con un corazon que tuviese la grandeza y capacidad de todos los hombres del mundo, y este llegase á entender una de estas perfecciones con alguna grande y desacostumbrada luz, corria gran peligro no desfalleciese del todo, ó reventase con la grandeza de la suavidad y alegría que en él redundaria, si no fuese para esto especialmente confortado de Dios.

Esta es pues la primera y la mas principal razon por la cual estámos obligados á amar, servir y obedecer á este Señor. Lo cual es en tanto grado verdad, que hasta los mismos filósofos Epicureos, destruidores de toda

la filosofía (pues niegan la divina providencia y la inmortalidad del alma) no por eso niegan la religion, que es el culto y veneracion de Dios. Porque á lo ménos disputando uno de ellos en los libros que Tulio escribió de la naturaleza de los dioses, confiesa y prueba eficacísimamente que hay Dios, y confiesa tambien la alteza y soberanía de sus perfecciones admirables, por las cuales dice que merece ser adorado y venerado: porque esto se debe á la alteza y excelencia de aquella nobilísima sustancia por solo este título, aunque mas no haya. Porque si acatamos y reverenciamos á un rey aunque esté fuera de su reino, donde ningun beneficio recibimos de él, por solo la dignidad real de su persona, ¿cuánto mas se deberá esto á aquel Señor que (como dice San Juan) trae bordado en su vestidura y en su muslo, *Rey de los reyes y Señor de los señores*? Él es el que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, el que dispone las causas, mueve

los cielos, muda los tiempos, altera los elementos, reparte las aguas, produce los vientos, engendra las cosas, influye en los planetas, y como rey y señor universal da de comer á todas las criaturas.

Y lo que mas es, que este reino y señorío no es por sucesion, ni por eleccion, ni por herencia, sino por naturaleza. Porque así como el hombre naturalmente es mayor que una hormiga, así aquella nobilísima sustancia sobrepuja tanto todas las otras sustancias criadas, que todas ellas, y todo este mundo tan grande apenas son una hormiga delante de él. Pues si esta verdad reconoció y confesó un tan bárbaro y mal filósofo, ¿qué será razon que confiese la filosofía cristiana? Esta pues nos enseña que, aunque hay innumerables títulos por donde estámos obligados á Dios, este es el mayor de todos, y el que solo, aunque mas no hubiera, merecia todo el amor y servicio del hombre, aunque él tuviera infinitos corazones y cuer-

pos que emplear en él. Lo cual procuraron siempre cumplir todos los santos, cuyo amor era tan puro y desinteresado, que dice de él san Bernardo: *El verdadero y perfecto amor ni toma fuerzas con la confianza, ni siente los daños de la desconfianza*: queriendo decir, que ni se esfuerza á servir á Dios por lo que espera que le han de dar, ni desmayaria aunque supiese que nada le habian de dar; porque no se mueve á esto por interes, sino por puro amor debido á aquella infinita bondad.

Mas con ser este título el mas obligatorio, es el que ménos mueve á los ménos perfectos. Lo uno porque tanto mas los mueve su interes, cuanto mas parte en ellos tiene el amor propio. Y lo otro porque como rudos é ignorantes no alcanzan á entender la dignidad y hermosura de aquella soberana bondad. Porque si de esto tuviesen mas entera noticia, solo este resplandor de tal manera robaria sus corazones, que contentos con solo él

no buscarian mas que á él. Por lo cual no será fuera de propósito darles aquí un poco de luz, para que puedan conocer algo mas de la grandeza y dignidad de este Señor.

Esta es tomada de aquel sumo Teólogo san Dionisio, el cual en su mística teología ninguna otra cosa mas pretende que darnos á entender la diferencia del Ser divino á todo otro ser criado, enseñándonos (si queremos conocer á Dios) á desviar los ojos de las perfecciones de todas las criaturas, para que no nos engañemos queriendo medir y sacar á Dios por ellas; sino que dejándolas todas acá bajo, nos levantemos á contemplar un ser sobre todo ser, una sustancia sobre toda sustancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda luz es tinieblas, y una hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda hermosura. Esto nos significa aquella oscuridad en que entró Moyses á hablar con Dios, la cual le cubria la vista de todo lo que no era Dios, para que

asi pudiese mejor conocer á Dios; y esto mismo nos declara aquel cubrirse Elías los ojos con su palio cuando vió pasar delante de sí la gloria de Dios. Porque á todo lo de acá ha de cerrar el hombre los ojos (como á cosa tan baja y desproporcionada) cuando quisiere contemplar la gloria de Dios.

Esto se verá mas claro si consideramos la diferencia grandísima que hay de aquel Ser no criado á todo otro ser criado, que es del Criador á sus criaturas. Porque todas ellas vemos que tuvieron principio, y pueden tener fin; mas él ni tiene principio, ni puede tener fin: todas ellas reconocen superior y dependen de otro; él ni reconoce superior, ni depende de nadie: todas son variables y sujetas á mudanzas; en él no cabe mudanza ni variedad: todas ellas son compuestas, cada cual de su manera; mas en él no hay composicion por su suma simplicidad; porque si fuera compuesto de partes tuviera componedor, que fuera primero que él, lo cual es imposible: todas ellas

pueden ser mas de lo que son, y tener mas de lo que tienen, y saber mas de lo que saben; mas él ni puede ser mas de lo que es; porque en él está todo el ser, ni tener mas de lo que tiene, porque él es el abismo de todas las riquezas, ni saber mas de lo que sabe, por la infinidad de su saber y por la excelencia de su eternidad, á la cual todo está presente. Por la cual causa le llama Aristóteles *Acto puro*, que quiere decir última y suma perfeccion, tal que no sufre añadidura, porque no es posible ser mas de lo que es, ni imaginarse cosa que le falte. Todas las criaturas militan debajo la bandera del movimiento, para que como pobres y necesitadas se puedan mover á buscar lo que les falta; mas él no tiene para que moverse, pues ninguna cosa le falta, y porque en todo lugar está presente.

En todas las otras cosas, así como hay diversas partes, así se distinguen las unas de las otras; mas en él no puede haber distincion de partes di-

versas por su suma simplicidad. De manera que su ser es su esencia, y su esencia es su poder, y su poder es su querer, y su querer es su voluntad, y su voluntad es su entendimiento, y su entendimiento es su entender, y su entender es su ser, y su ser es su sabiduría, y su sabiduría es su bondad, y su bondad es su justicia, y su justicia es su misericordia, la cual aunque tiene contrarios efectos que la justicia (cuales son perdonar y castigar) mas realmente en él son tan una cosa, que su misma justicia es su misericordia, y su misericordia es su justicia. Y así en él caben obras y perfecciones al parecer contrarias y admirables, como dice san Agustin: porque él es secretísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo, estable é incomprensible, sin lugar y en todo lugar, invisible y todo lo ve, inmutable y que todo lo muda, el que siempre obra y siempre está quieto, el que todo lo hinche sin estar encerrado, y todo lo provée sin quedar distraido, el que es

grande sin cuantidad y por eso inmenso, y bueno sin cualidad y por eso verdadera y sumamente bueno ; ántes ninguno es bueno sino solo él.

Finalmente, por abreviar, todas las cosas criadas, así como tienen limitada esencia que las comprende, así tienen limitado poder á que se extienden, y limitadas obras en que se ejercitan, y limitados lugares donde moran, y limitados nombres con que se significan, y particulares definiciones con que se declaran, y señalados predicamentos ó géneros donde se encierran. Mas aquella soberana sustancia, así como es infinita en el ser, así tambien lo es en el poder y en todo lo demas; y así ni tiene definicion que la declare, ni género que la encierre, ni lugar que la determine, ni nombre que la signifique por su propio concepto. Antes, como dice San Dionisio, con no tener nombre tiene todos los nombres, porque en sí contiene todas las perfecciones significadas por esos nombres. De don-

de se infiere que todas las criaturas como son limitadas, así son comprensibles; mas solo aquel Ser divino, así como es infinito, así es incomprensible á todo entendimiento criado. Porque, como dice Aristóteles, lo que es infinito, como no tiene cabo, así con ningun entendimiento puede ser comprendido ni abarcado, sino con solo aquel que todo lo comprende. ¿Qué otra cosa nos significan aquellos dos Serafines que vió Isaías puestos al lado de la Majestad de Dios, que estaban sentados en un trono muy alto cada uno con seis alas, con las dos de las cuales cubrian el rostro de Dios, y con las otras dos los pies del mismo Dios (segun declara un intérprete) sino que ni aun aquellos espíritus soberanos que tienen el mas alto lugar en el cielo y están mas vecinos á Dios, pueden comprender todo cuanto hay en Dios, ni llegar de cabo á cabo á conocerle, puesto caso que claramente le vean en su misma esencia y hermosura? Porque como

el que está á la orilla de la mar realmente ve la mar en sí misma, mas no llega á ver ni la profundidad, ni la largura de ella; así aquellos espíritus soberanos con todos los otros escogidos que moran en el cielo, realmente ven á Dios, mas no pueden comprender ni el abismo de su grandeza, ni la longura de su eternidad. Y por eso mismo se dice que está Dios sentado sobre los Querubines (en quien están encerrados los tesoros de la sabiduría divina) mas con todo eso está sobre ellos, porque no le pueden ellos alcanzar ni comprender.

Estas son aquellas tinieblas, que el Profeta David dice que puso Dios alderredor de su tabernáculo, para dar á entender lo que el Apóstol significó mas claramente cuando dijo: *que Dios moraba en una luz inaccesible, adonde nadie podia llegar*: lo cual el Profeta llama tinieblas que impiden la vista y comprension de Dios. Porque segun dijo muy bien un Filósofo, así como ninguna cosa hay mas clara ni mas

visible que el sol, pero con todo eso ninguna hay que menos se vea por la excelencia de su claridad y por la flaqueza de nuestra vista; así ninguna hay que de suyo sea mas inteligible que Dios, y ninguna que menos en esta vida se entienda por esta misma razon.

Por donde el que en alguna manera le quiere conocer, despues que haya llegado á lo último de las perfecciones que él pudiere entender, conozca que aún le queda infinito camino que andar, porque es infinito mayor de lo que él ha podido comprender; y cuanto mas entendiere esta incomprensibilidad, tanto mas habrá entendido de él. Por donde San Gregorio sobre aquellas palabras de Job: *El que hace cosas grandes é incomprensibles sin número*, dice: *entonces hablamos con mayor elocuencia las obras de la omnipotencia divina, cuando quedando maravillados y atónitos las callamos; y entonces el hombre alaba convenientemente callando, lo que*

no puede convenientemente significar hablando. Y así nos aconseja San Dionisio que honremos el secreto de aquella soberana Deidad, que trasciende todos los entendimientos, con sagrada veneracion del alma y con inefable y casto silencio. En las cuales palabras parece que alude á aquellas del Profeta David segun la traslacion de San Gerónimo, que dicen: *A tí calla la alabanza, Dios, en Sion*: dando á entender que la mas perfecta alabanza de Dios es la que se hace callando, que es con este casto é inefable silencio, entendiendo nuestro no entender, y confesando la incomprensibilidad y soberanía de aquella inefable sustancia, cuyo ser es sobre todo ser, cuyo poder es sobre todo poder, cuya grandeza es sobre toda grandeza, y cuya sustancia sobrepuja infinitamente y se diferencia de toda otra sustancia, así visible como invisible: conforme á lo cual dice San Agustin: "Cuando yo busco á mi Dios, »no busco forma de cuerpo, ni her-

»mosura de tiempo, ni blancura de »luz, ni melodía de canto, ni olores »de flores, ni ungüentos aromáticos, »ni miel, ni maná deleitable al gus- »to, ni otra cosa que pueda ser toca- »da y abrazada con las manos, na- »da de esto busco cuando busco á mi »Dios. Mas con todo eso busco una luz »sobre toda luz que no ven los ojos, »y una voz sobre toda voz que no »perciben los oidos, y un olor sobre »todo olor que no sienten las narices, »y una dulzura sobre toda dulzura »que no conoce el gusto, y un abrazo »sobre todo abrazo que no siente el »tacto; porque esta luz resplandece »donde no hay lugar, y esta voz suena »donde el ayre no la lleva, y este olor »se siente donde el viento no le derra- »ma, y este sabor deleita donde no hay »paladar que guste, y este abrazo se »recibe donde nunca jamas se aparta."

De la necesidad que hay de saber la doctrina cristiana, y de los grandes frutos y provechos de ella.

Una de las cosas mas para sentir que hay hoy en la Iglesia cristiana es la ignorancia que los cristianos tienen de las leyes y fundamentos de su religion. Porque apenas hay moro ni judío que, si le preguntais por los principales artículos y partes de su ley, no sepa dar alguna razon de ella; mas entre los cristianos, que por haber recibido la doctrina del cielo la habian de traer mas impresa en lo íntimo de su corazon, hay tanto descuido y negligencia, que no solamente los niños, mas aún los hombres de edad, apenas saben los primeros elementos de esta celestial filosofía.

Y si es verdad que de decir á hacer hay mucha distancia, ¿cuán lejos estarán de hacer lo que Dios manda, pues aún no saben, ni les pasa por el pensamiento lo que manda? ¿Qué pue-

den esperar estos sino aquella maldicion del Profeta que dice, que el niño de cien años será maldito, esto es, el que despues de tener edad y juicio perfecto todavía es niño en la ignorancia y en el juicio y sentimiento de las cosas de Dios? ¿Qué pueden esperar sino el fin de aquellos de quienes dice el mismo Profeta: *Por tanto fue llevado cautivo mi pueblo, porque no tuvo ciencia, y los nobles de él murieron de hambre, y la muchedumbre de ellos pereció de sed?* Porque como la primera puerta por donde han de entrar todos los bienes á nuestra alma sea el entendimiento, tomada esta primera puerta con la ignorancia, ¿qué bienes pueden entrar en ella? Si la primera rueda del relox (que mueve todas las demas) está parada, necesariamente han de parar las otras. Pues si la primera rueda de este espiritual relox (que es el conocimiento de Dios) nos falta, claro está que ha de faltar todo lo demas.

Por lo cual todo el estudio de nues-

tro capital enemigo es quitarnos esta luz. La primera cosa que hicieron los Filistéos cuando tuvieron á Sanson en su poder fue sacarle los ojos; y hecho esto no hubo dificultad en todo lo demas que quisieron, hasta hacerle moler como bestia en una tahona. De ellos mismos se escribe que ponian grandísimo recaudo en que no hubiese herrerías en el pueblo de Israel, sino que fuese necesario para cualquier cosa de este menester ir á la tierra de ellos y servirse de sus oficinas, para que estando el pueblo desproveido y desarmado fácilmente se apoderasen de él. ¿Pues cuáles son las armas de la caballería cristiana? ¿Cuál la espada espiritual que corta los vicios, sino la palabra de Dios y la buena doctrina? ¿Con qué otras armas peleó nuestro Capitan en el desierto con el enemigo, sino repitiendo á cada tentacion una palabra de la Escritura divina? Pues estas armas nos tienen robadas hoy en muchas partes del pueblo cristiano nuestros enemigos, y dejado en

lugar de ellas las armas de su milicia, que son los libros torpes y profanos atizadores de vicios.

Y demas de lo dicho es gran lástima y grande culpa no querer aprovecharse los cristianos de uno de los grandes beneficios que de la divina bondad y misericordia habemos recibido, que fue declararnos por palabra su santísima voluntad (que es lo que le agrada y le ofende) para que, siguiendo lo uno y huyendo de lo otro, vivamos en su amistad y gracia, y por este medio vengamos á ser participantes de su gloria. Pues cuán grande haya sido este beneficio y esta honra, decláralo Moyses al pueblo diciendo: *¿Qué gente hay tan noble que tenga las ceremonias y juicios y las leyes de Dios que yo os pondré hoy delante de vuestros ojos?* Y en el salmo ciento cuarenta y siete alaba á Dios el Profeta real diciendo: *que habia denunciado su palabra á Jacob, y sus juicios á Israel; la cual merced á ningun otro pueblo del mundo habia sido*

concedida. Pues si esta es tan alta y tan grande gloria, ¿de qué me sirve que ella sea tal, si yo no me aprovecho de ella? ¿si no la leo? ¿si no la platico? ¿si no la traigo en el corazon y en las manos? ¿si no clarifico con ella mis ignorancias? ¿si no castigo con ella mis culpas? ¿si no enfreno con ella mis apetitos? ¿si no aficiono con ella mi corazon y mis deseos al cielo? Que la medicina sea eficacísima y de maravillosa virtud, ¿qué provecho me trae, si yo no quiero usar de ella? Porque no está el bien del hombre en la excelencia de las cosas, sino en el uso de ellas, para que con la participacion y uso del bien se haga bueno el que no lo es.

Cosa es por cierto maravillosa cómo pudo caer en los hombres tan gran descuido de cosa que Dios tanto les encomendó, y de que tanto caso hizo para su provecho. Él mismo escribió las leyes en que habíamos de vivir: él mandó hacer un tabernáculo, y dentro de él mandó que se pusiese una

arca dorada hecha con grandísimo primor y artificio, y allí quiso que estuviese guardada y depositada esta ley para mayor veneracíon de ella. Él mandó á Josué que nunca apartase el libro de esta ley de su boca, para leer siempre en él y enseñarle á los otros. Él mandó á quien hubiese de ser rey de Israel que tuviese á par de sí este libro escrito de su propia mano, si quisiese reinar prósperamente, y vivir largos dias sobre la tierra. Sobre el cual mandamiento dice Filon nobilísimo escritor entre los Judíos que no se contentó Dios con que el rey tuviese este libro escrito por mano ajena; sino quiso que él mismo le escribiese por la suya propia, para que con esto quedasen mas impresas en su memoria las sentencias de él, escribiéndolas palabra por palabra de espacio, y para que mas estimase lo que él por su propia mano (siendo rey) hubiese escrito, teniendo muchos escribanos y oficiales á quien pudiera encomendar este trabajo, y por aquí creciese

en él la estima de la ley de Dios, viendo que la primera vez se habia escrito ella con el dedo de Dios, y despues se escribia, no por mano de cualesquier vulgares hombres, sino de los mismos reyes.

Y, porque no pudiese caber olvido de cosa tan necesaria, mandó á Moyses, que cuando los hijos de Israel entrasen en la tierra de promision, levantasen unas grandes piedras, y escribiesen en ellas las palabras de esta ley; para que los que fuesen y viniesen por aquel camino, viesen aquellas letras, y oyesen la voz de aquel mudo predicador. Y conforme á este tenor aconseja Salomon á aquel espiritual hijo que instruye en el libro de sus Proverbios, diciendo: *Guarda, hijo, los mandamientos de tu padre, y no desampares la ley de tu madre. Trabaja por traerla siempre atada á tu corazon y colgada como una joya á tu cuello. Cuando anduvieres ande contigo, y cuando durmieres esté á tu cabecera, y cuando despertares platica con ella;*

porque el mandamiento de Dios es una candela, y su ley es luz, y camino de vida la reprension de la enseñanza. Mil lugares de estos se pudieran traer aquí tomados así de estos libros como de todos los otros que llaman Sapienciales, en los cuales son los hombres por mil maneras exhortados al amor y estudio de la divina sabiduría, que no es otra cosa sino dia y noche leer, oir, pensar y meditar la ley de Dios, que es aquella buena parte que escogió María, la cual asentada á los pies de Cristo oía con silencio su palabra.

Pues ¿qué diré de las virtudes y efectos maravillosos de esta palabra? Cuando Dios quiso revocar su pueblo de sus pecados, mandó á Jeremías que escribiese todas las profecías que contra él le habia revelado, y que las leyese públicamente: la cual leccion dejó tan atónitos y pasmados á los oyentes, que se miraban á las caras unos á otros llenos de espanto y confusion. Pues cuando el rey Josafat quiso reducir su reino al culto y

obediencia de Dios, ¿qué otro medio tomó para esto sino enviar Sacerdotes y Levitas por todas las ciudades de su reino llevando el libro de la ley de Dios consigo y leyéndole al pueblo y declarando la doctrina de él? Y para dar Dios á entender el fruto que de esta maravillosa invencion habia resultado, añade luego estas palabras: "Por lo cual puso Dios un tan »grande temor en todos los reinos »de la tierra, que no osaron tomar ar»mas contra el rey Josafat, y así cre»ció su gloria hasta el cielo, y fueron »grandes sus riquezas y señorío." Todo esto se escribe en el capítulo diez y siete del segundo libro del Paralipómenon, el cual capítulo deseo yo tuviesen escrito en su corazon todos los prelados de la Iglesia cristiana, para que imitasen el ejemplo de este santo rey. Porque si ellos hiciesen lo que este hizo, sin duda no floreceria menos ahora el imperio de los cristianos que entonces floreció este reino; pues es ahora el mismo Dios que en-

tonces para hacer las mismas mercedes, si le hiciésemos los mismos servicios.

Cuán digna de sentimiento es la ignorancia que comunmente hay de la ley de Dios, y cómo la leccion de libros de católica y sana doctrina es uno de los principales remedios de esta ignorancia.

Pues si tan grandes y tan maravillosos efectos obra en las almas esta luz, ¿qué cosa mas para llorar (como al principio dijimos) que ver tan desterrada esta luz del mundo? ¿ver tantas y tan palpables tinieblas? ¿tanta ignorancia en los hijos? ¿tanto descuido en los padres? ¿y tanta rudeza y ceguedad en la mayor parte de los cristianos? ¿Qué cosa hay en el mundo mas digna de ser sabida que la ley de Dios? ¿y qué cosa mas olvidada? ¿Qué cosa mas preciosa y cuál mas despreciada? ¿Quién entiende la grandeza de la obligacion que tenemos al

amor y servicio de nuestro Criador? ¿Quién entiende la eficacia que tienen los misterios de nuestra religion para movernos á este amor? ¿Quién comprende la fealdad y malicia de un pecado para aborrecerle sobre todo lo que se puede aborrecer? ¿Quién asiste á la misa y á los divinos oficios con la reverencia que merecen? ¿Quién santifica las fiestas con la devocion y recogimiento que debe? Vivimos como hombres encantados, ciegos entre tantas luces, insensibles entre tantos misterios, ingratos entre tantos beneficios, endurecidos y sordos entre tantos azotes y clamores, frios y congelados entre tantos ardores y resplandores de Dios. Si sabemos alguna cosa de los mandamientos y doctrina cristiana, sabémoslo como picazas sin gusto, sin sentimiento ni consideracion alguna de ellos. De manera que mas se puede decir que sabemos los nombres de las cosas y los títulos de los misterios, que los misterios mismos.

Entre los remedios que para desterrar esta ignorancia hay, uno de ellos, y no poco principal, es la leccion de los libros de católica y sana doctrina, que no se entremeten en tratar cosas sutiles y curiosas, sino doctrinas saludables y provechosas. Y por esta causa los Santos Padres nos encomiendan mucho el ejercicio de esta leccion. San Gerónimo escribiendo á una vírgen nobilísima por nombre Demetria, (la cual gastaba todo su patrimonio con los pobres) la primera cosa que la encomienda es la leccion de la buena doctrina, aconsejándola que sembrase en la buena tierra de su corazon la semilla de la palabra de Dios, para que el fruto de la vida fuese conforme á ella. Y despues de otros muchos documentos que allí le da, al cabo dice que quiere juntar el fin de la carta con el principio, volviendo á exhortarla á la misma leccion. Y á Santa Paula (porque era muy continua en derramar lágrimas de devocion) aconseja que tem-

ple este ejercicio por guardar la vista para la leccion de la buena doctrina. A un amigo escribe pidiéndole ciertos libros santos, dando por razon que el verdadero pasto del alma es pensar en la ley del Señor dia y noche. San Bernardo escribiendo á una hermana suya la aconseja este mismo estudio, declarándola muy por menudo los frutos y efectos de la buena leccion. Y (lo que mas es) el Apóstol San Pablo aconseja á su discípulo Timotéo, que estaba lleno del Espíritu Santo, que entretanto que él venia, se ocupase en la leccion de las santas Escrituras, las cuales desde niño habia Timotéo aprendido. Mas sobre todos estos testimonios es ilustrísimo y eficacísimo para rendir todos los entendimientos el de Moyses, el cual despues de propuesta y declarada la ley de Dios, dice así: "Estarán estas palabras, que »yo ahora te propongo, en tu corazon, »y las enseñarás á tus hijos, y pensa»rás en ellas estando en tu casa y an»dando camino, y cuando te acostá-

»res y levantáres de dormir, y las »atarás como una señal en tu mano, »y estarán y se moverán delante de »tus ojos, y las escribirás en los um»brales y en las puertas de tu casa."

No sé con qué otras palabras se pudiera mas encarecer la consideracion y estudio de la ley y mandamientos de Dios que con estas. Y, como si todo esto fuera poco, vuelve luego en el capítulo once del mismo libro á repetir otra vez la misma encomienda con las mismas palabras, que es cosa que pocas veces se hace en la Escritura. Tan grande era el cuidado que este divino hombre (que hablaba con Dios cara á cara) queria que tuviésemos de pensar siempre en la ley de Dios, como quien tan bien conocia la obligacion que á esto tenemos, y los inestimables frutos y provechos que de esto se siguen. ¿Pues quién no ve cuanto ayudará para esta consideracion tan continua, que este profeta nos pide, la leccion de los libros de buena doctrina, que (aunque por di-

versos medios) siempre tratan de la hermosura y excelencia de la ley de Dios, y de la obligacion que tenemos á cumplirla? Porque sin la doctrina de la leccion, ¿en qué se podrá fundar y sustentar la meditacion siendo tan conjuntas y hermanas estas dos cosas entre sí, que son leccion y meditacion; pues la una presenta el manjar, y la otra le mastica y digiere y traspasa en los senos del alma?

Pudiera junto con lo dicho probar esta verdad con ejemplos de muchas personas que yo he sabido haber mudado la vida movidas por la leccion de buenos libros, y de otras que he oido, y de otras tambien que he leido: de las cuales algunas crecieron tanto en santidad y pureza de vida, tomando ocasion de este principio, que vinieron á ser fundadores de religiones y órdenes, en que otros tambien se salvasen como ellos. Entendió esto muy bien Enrique Octavo, rey de Inglaterra, el cual pretendiendo traer á su error ciertos Padres de la

Cartuja, y viendo que con muchas vejaciones, que para esto les hacia, no los podia inducir á su error, al cabo mandó que les quitasen todos los libros de buena y católica doctrina; pareciéndole que quitadas estas espirituales armas con que se defendian, fácilmente los podria rendir. En lo cual se ve la fuerza que estas armas tienen para defendernos de los engaños de los herejes, pues las queria quitar quien pretendia engañar. Pues si tal es la virtud de estas armas, ¿por qué no trabajarémos de armar con ellas el pueblo cristiano? Vemos que uno de los grandes artificios que han tenido los herejes de nuestros tiempos para pervertir los hombres ha sido derramar por todas partes libros de sus blasfemias. Pues si tanta parte es la mentira pintada con los colores de las palabras para engañar, ¿cuánto mas lo será la verdad bien explicada y declarada con sana doctrina para aprovechar, pues tiene mucho mayor fuerza que la falsedad? Y si los herejes

son tan cuidadosos y diligentes para destruir por este medio las almas, ¿por qué no serémos nosotros mas diligentes en usar de estos y de otros semejantes medios para salvarlas?

De la deformidad y malicia del pecado.

Debe el hombre considerar atentamente la deformidad y malicia que el pecado tiene, por ser hecho contra un Señor de quien tantos y tan inestimables beneficios tenemos recibidos, y á quien por tantos y tan grandes títulos estamos obligados; pues él es Rey y Señor de todo lo criado, principio y fin de todas las cosas, dador universal de todos los bienes, piélago de todas las perfecciones, criador, conservador, redentor, santificador y glorificador del linaje humano. Por los cuales títulos con otros infinitos le tenemos todas las obligaciones posibles, contra las cuales todas hace quien quiera que mortalmente le ofende. Pòr donde concluye Guillermo parisiense, que en un solo

pecado mortal se hallan espiritualmente á su modo las deformidades de todos los pecados del mundo. Y así dice él que el pecado mortal es un linaje de traicion espiritual, porque por él se rebela el hombre contra su Rey y Emperador, y entrega las llaves del homenaje (que es su alma) á su enemigo, y se hace su vasallo. Es tambien en su manera sacrilegio, pues pecando se ensucia y profana el templo vivo de nuestro corazon que á Dios estaba consagrado. Es tambien á su modo crímen de apostasía, pues se pasa el hombre al bando del enemigo de Dios (que es satanás) á cuyas pompas en el santo bautismo habia ya renunciado. Es otrosí adulterio espiritual, pues el alma que habia sido aquí desposada con Dios quebranta la fé y lealtad que le debia, y se entrega á todas aquellas criaturas que desordenadamente ama. Es otrosí hurto, pues siendo el hombre hacienda de Dios por tantos títulos (como está dicho) se exime de su servicio, y le quita lo que por tantos de-

rechos le pertenece. Finalmente, pues en solo Dios caben todos los respetos y títulos de honra que se hallan en todas las criaturas de cualquier condicion que sean, y esto con infinita ventaja, síguese tambien que ofender á solo él, comprende las fealdades de todas estas ofensas del mundo con la misma ventaja.

Por donde con mucha razon exclama un santo Doctor contra el pecado, diciendo así: ¡Oh mal no conocido! ¡oh desacato de Dios, menosprecio de su Majestad, vituperio de su grandeza, muerte de las virtudes, cuchillo de la gracia, privacion del sumo bien, perdimiento de la felicidad eterna, oscuridad del entendimiento, prevaricacion de la voluntad, veneno del demonio, vínculo del infierno, destruccion del mundo, camino de la perdicion, muerte del que peca, simiente del diablo, puerta de los abismos, locura de los hombres, red de los tentados, pestilencia de las almas, imitacion de los malos es-

píritus, oscuridad horrible, hedor intolerable, suma torpeza, extrema vileza, bestia ferocísima, daño grandísimo, y finalmente causa universal de todos los males! Esta es una de las principales consideraciones que nos pueden mover á tener un entrañable odio y aborrecimiento del pecado: para lo cual tambien nos servirá considerar lo mucho que por el pecado se pierde, y lo mucho que Dios le aborrece, y la injuria grandísima que con él á Dios se hace.

Carta de Euquerio Obispo de Leon de Francia á Valeriano su pariente.

¡Cuán bien junta el parentesco á los que se ayuntan con lazo de amor! Gloriarnos podemos en esta merced de Dios, á quien igualmente la sangre como la caridad hizo compañeros, y dos aficiones nos juntan en uno, la que de los padres de nuestra carne traemos, y la que en nuestros corazones con el favor de Dios nosotros criamos. Este do-

blado nudo con que nos ata el deudo de una parte, y de otra el amor, me hizo que te escribiese y prolijamente encomendase á tu mismo corazon el bien de tu alma, y te mostrase que la verdadera bienaventuranza poseedora de bienes eternos se alcanza por sola la profesion de la fé y de la virtud. Porque amándote igualmente que á mí es necesario que desée no menos para tí que para mí el bien soberano. Y alégrome mucho que tu inclinacion no es contraria al religioso voto de la santa vida que yo te quiero persuadir. Porque tu dichosa edad desde su ternura brotó flores en mucha parte conformes al fruto deseado de las virtuosas costumbres: proveyendo la gracia divina por ministerio de la naturaleza cómo hallase en tu corazon su doctrina grande principio, cuando te quisiese comunicar lo que te falta. Bien veo cuán altos títulos te hacen ilustre en el siglo por la dignidad y antigua nobleza; pero muy mas alta es la gloria que yo te deseo, pues te llamo no

para dignidad terrena, sino celestial: no para honra de un siglo, sino de los siglos eternos. Esta es la gloria cierta y digna de ser deseada, ser el hombre sublimado á bienes que nunca se acaban. Lo cual no te persuadiré con la sabiduría seglar, mas con aquella excelente filosofía escondida á los mundanos, que determinó Dios revelar para nuestra gloria en el tiempo que le plugo. Y te he de hablar osadamente por el gran celo que tengo de tu bien, descuidado de lo que á mí conviene, considerando mas lo mucho que para tí deseo, que lo poco para que yo basto.

La primera obligacion, mi Valeriano carísimo, que el hombre recien nacido tiene es de conocer su Hacedor, y reconocerle por su Señor, y el don de la vida que de él recibió convertir en su servicio: de manera que lo que por su bondad comenzó á ser para él se prosiga, y en él se remate; y la merced que recibió sin merecerla, sirviéndole con ella, despues la me-

rezca. ¿Qué verdad mas cierta se nos puede decir, que ser nosotros debidos á aquel que de no ser nos hizo que fuésemos? Aquel por cierto sabiamente conoce la intencion de quien le formó, que tiene por averiguado que él le hizo y para sí.

Despues de esto lo que mas al hombre conviene es mirar por el valor de su alma, que, pues en la nobleza es la primera, no ha de ser la postrera de nuestros cuidados. Antes de lo que en nosotros es principal se ha de hacer primero cuenta, y de la sanidad mas necesaria conviene tengamos mas atenta solicitud.

Y, para mejor decir, no principalmente, mas sola esta ha de ocupar todo nuestro sentido, cómo la nobleza de nuestra alma sea defendida cómo sea conservada. Ni esto contradice á lo que antes dije, porque verdad es que á Dios debemos la primera y mas profunda intencion y á nuestra alma la segunda. Pero son tan hermanas estas dos diligencias, que sien-

do ambas necesarias, la una sin la otra no se puede conservar. Porque no es posible que quien á Dios satisfizo, no proveyese á su alma, y quien tuvo cuidado de su alma, no contentase á Dios. De tal manera se entienden estos dos espirituales negocios, y así están encadenados, que quien diligentemente tratare el uno habrá cumplido con el otro; porque la inefable bondad de Dios quiso que nuestro provecho fuese su sacrificio. ¡O cuánto tiempo y trabajo emplean los mortales en curar sus cuerpos y conservar su salud! ¿Por ventura su alma no merece ser curada? Si tantas y tan diversas cosas se gastan en servicio de la carne, no es lícito que el alma esté arrinconada y despreciada en sus necesidades, y que sola ella sea desterrada de sus propias riquezas. Mas antes, si para el regalo del cuerpo somos muy largos, proveamos á nuestra alma con mas alegre liberalidad. Porque si sabiamente llamaron algunos á nuestra carne sierva y al alma señora,

no habemos de ser tan mal mirados que honremos á la esclava, y á su señora despreciemos. Con razon nos pide mayor diligencia nuestra mejor parte, y mayor cuidado la dignidad principal de nuestra naturaleza. Ni es justo que en la reverencia necesaria pospongamos la mas noble, y antepongamos la vil.

Y que la carne sea mas vil, manifiéstanlo sus naturales vicios con que nos abate á la tierra donde ella nació, levantándonos el alma como fuego á lo alto, de donde nos fue enviada. Esta es en el hombre la imágen de Dios. Esta preciosa prenda tenemos de la gloria que nos es prometida. Pues defendamos su autoridad, y amparémosla con todas nuestras fuerzas. Si á esta sustentamos y regimos, guardamos el depósito que nos ha de ser demandado. ¿Cuál hombre quiere levantar algun edificio que primero no asiente los cimientos? ¿Cuál hombre no procura primero su vida que abundantes bienes, los cuales sin

vida no puede gozar? ¿Cómo amontonará los bienes postreros quien los primeros no posée? ¿De qué manera piensa vivir bienaventurado quien no tiene lo necesario para vivir? El menguado de vida ¿cómo puede tener vida felice? ¿O qué vida le pueden dar los sabrosos y sobrados manjares, si no tiene con qué provea á la hambre de su alma? como quiera que diga nuestro Salvador en el Evangelio: ¿*Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma*? Porque no puede tener razon de ganancia lo que se adquiere con detrimento del bien espiritual. Antes padeciéndose daño en el espíritu, ningun bien se debe estimar de la carne, porque el verdadero bien en sola el alma consiste. Por tanto con toda diligencia é industria negociemos la segura y cierta granjería de nuestra alma, antes que se pase el término de su trato. En estos pocos dias podemos negociar la vida eterna, no contentándonos con ellos; pues aunque tuviesen verdadera y cierta

bienaventuranza, por durar tan poco tiempo, merecen ser en poco tenidos. Porque ninguna cosa es digna de llamarse grande, si en breve tiempo se acaba, ni se puede decir largo el tiempo, cuyo plazo no puede dejar de llegar.

Breve es el contentamiento de esta vida, cuyo uso es breve. Antes por solo este respecto se debe anteponer al deleite de este siglo la vida venidera, porque este es temporal y aquella es eterna; y manifiesto es ser mejor gozar de los bienes perpetuos que de los perecederos. Pero mas hay que considerar y que desear. Sola la vida venidera es beatísima, sola es felicísima. Esta presente, así como lijeramente pasa, así en el poco espacio que dura es llena de miserias y dolores, no solamente de los naturales y forzados, mas de otros muchos que desastradamente acaecen á los mortales. Porque ¿qué cosa hay tan dudosa, tan infiel, tan mudable, tan de vidrio como la vida presente? La cual es lle-

na de trabajos, llena de congojas, llena de peligros, llena de cuidados, afligida con enfermedades, triste con temores, incierta y desasosegada como mar que en todo tiempo hierve con tempestades.

Pues ¿qué razon ó qué interes puede persuadir al hombre á despreciar los bienes eternos y seguir los temporales tan falsos y tan resbaladizos? Por ventura ¿no ves cómo los hombres de este siglo en la tierra, donde esperan morar la mas parte de su vida, procuran llegar hacienda y acrecientan sus patrimonios, y en la ciudad, de donde piensan presto partir, trabajan poco por enriquecer, y en su casa hacen pequeña provision? De esta manera, pues nosotros conocemos la estrechura del mundo y la lijereza del tiempo, y sabemos que los siglos venideros nunca se acaban, y la patria que esperamos es espaciosísima, procuremos arraigarnos en ella, para que vivamos prósperos donde siempre habemos de morar. No per-

virtamos los cuidados poniendo mayor solicitud en el breve y miserable provecho, y menor en el eterno y verdaderamente bienaventurado. Tanto es cierto lo que digo, que no sé determinar cuál respecto es mas eficaz para levantar nuestros corazones á los deseos de la vida del cielo, ó la consideracion de los bienes que en ella poseerémos, ó la experiencia de los males que en esta nos persiguen: porque aquélla nos llama con castos regalos, y ésta nos desecha con perpetuos desabrimientos. Por tanto, pues los mismos males nos enseñan la verdadera prudencia, si la dulzura de los bienes celestiales no nos enamora, á lo menos aborrezcamos la amargura y afliccion de los trabajos del siglo: si no abrazamos losho nestos placeres, huyamos siquiera los crueles tormentos, que los unos y los otros á una juntan sus fuerzas para levantar nuestros corazones á la vida verdadera, por la cual se nos hará dulce cualquier trabajo presente.

*

Porque si algun hombre rico y poderoso nos llamase prometiéndonos amor y obras de padre, le seguiríamos sin tardanza á tierras extrañas rompiendo cualesquier dificultades y estorbos del camino. Dios Señor del universo, cuyos son todos los tesoros, nos llama para amarnos y para comunicársenos, solamente que le aceptemos el dulce apellido de hijos, con que llama á su único engendrado nuestro Señor Jesucristo: ¿y tú emperezas y no extiendes siquiera la mano con viveza y alegría, para recibir dignidad tan gloriosa? Mayormente pues para alcanzar tan alto estado, no has de peregrinar á tierras muy apartadas, ni arriscarte á los peligros del mar: donde quiera y cuando quiera que quisieres, ya eres adoptado. ¿Por ventura por eso serémos mas flojos y menos codiciosos de tan grande merced, porque cuanto es mayor que las de este mundo, tanto está mas aparejada? Antes por eso nos será mas dañosa nuestra cobardía: porque tanto mas

serémos culpados por desdeñarla, cuanto mas fácilmente la pudiéramos alcanzar, si no nos entorpeciera el amor y deleites de esta vida.

Pues si amas vida, para vida te convido. ¿Con qué razon mejor te persuadiré, que asegurándote lo que deseas? Para darte vida te envia Dios por mí su embajada. No puedes negar que deseas vivir; pero amonéstote que en lugar de la temporal vida ames la eterna. Porque de otra manera ¿cómo es verdad que amas la vida, si no deseas que dure lo mas que puede durar? Pues lo mismo que nos agrada siendo perecedero, agrádenos mucho mas siendo perpetuo: y lo que tanto estimamos acabándose presto, apreciémoslo mas careciendo de fin. Vivamos de manera que no nos sea esta vida impedimento de otra mejor; mas camino y escalera para ella. No sea el principio de la vida contrario á su perfeccion. Contra toda justicia perjudica á la vida el amor de la vida. De donde no te queda que responder,

ni tienes excusa para no acudir al llamamiento divino, cualquiera aficion que á la vida tengas. Porque si la desprecias por sus disgustos ¿con qué causa mas justa la aborrecerás que por amor de otra mejor? Y si la amas, tanto mas debes desear que sea perpetua.

Pero de estos dos afectos mas querria que tuvieses el primero, conviene saber, que segun experimentas la vida, así la tengas por molestísima; y segun sus miserias, así por ellas la desprecies y aborrezcas. Rómpase ya la cadena tan extendida de los negocios seglares, que asidos unos á otros con mil dificultades hacen una continua fatiga. Rompamos los lazos de los cuidados infructuosos, que añudados unos á otros dilatan nuestras ocupaciones, como si cada hora de nuevo comenzasen. Desatemos las enmarañadas contiendas, que traban unas de otras y traen fatigado inútilmente el estudio de los mortales, como á quien continuamente tejiese y deste-

jiese una tela, cuya perseverante y forzada atencion la vida (que de suyo es corta) hace mas breve distrayendo sus corazones unas veces á vanos deleites, y otras veces á tristes temores; unas veces á deseos ansiosos, otras veces á medrosas sospechas, y siempre á irremediables fatigas que la edad del hombre hacen breve para la vida, y larga para los dolores. Despidamos el amor del mundo, que en cualquier grado que nos ponga es peligroso é infiel, porque su alteza es sospechosa y su bajeza inquieta. Pues el bajo estado es pisado de los mayores, y el alto por sí mismo desvanecido se cae. Pon al hombre en el lugar que quisieres: no descansará en la cumbre, ni en la halda del monte: donde quiera es combatido. El flaco está sujeto á la injuria, el poderoso á la envidia. Pero prosigamos los daños del estado próspero, que están mas encubiertos, y por eso es mas peligroso; que el miserable manifiestas tiene sus dolencias.

Dos cosas me parecen las principales que sostienen á los hombres en el amor del siglo, y con tan halagüeña suavidad encantan sus sentidos, y los sacan fuera de sí, y los llevan presos con blanda cadena á los viciosos tormentos, conviene saber, el deleite de las riquezas y la honra de las dignidades. Y llámolas por el nombre que el mundo les puso: como quiera que el primero no es deleite sino servidumbre, y la segunda no es honra sino vanidad. Estos dos enemigos se ponen delante los hombres, y juntando y atravesando sus pies, les impiden el paso de la virtud, y con sus infernales vahos inficionan los pechos de los humanos, y con ponzoñosos ungüentos recrean las almas llagadas y cansadas de los trabajos de su naturaleza. Porque hablando primero de las riquezas, ¿qué cosa hay mas perjudicial? Por ventura ¿no son causa á sus poseedores de muchas injusticias? como uno de los nuestros dijo: ¿Qué son las riquezas sino prenda para recibir

injurias? Por ventura ¿no están llamando los grandes tesoros á los robadores y homicidas, convidándolos con el premio de su osadía? Por ventura ¿no amenazan á sus señores desprivanzas y destierros? Pero disimulemos que esto pueda acaecer. Acabada la vida del hombre, ¿qué prestarán las riquezas? ¿Adónde irán? que ciertos somos que no caminarán con sus amadores. Atesora el hombre (dice el Salmista) y no sabe para quién allega su tesoro.

Y si quieres, esperemos y sea así que te suceda en ellas quien tú deseas. ¿Cuántas veces los herederos destruyeron las casas de sus antepasados y las riquezas con gran afan ayuntadas? ¿cuántas veces fueron desperdiciadas ó por el hijo mal enseñado, ó por el yerno mal escogido? Pues ¿dónde está el deleite de las riquezas, cuya posesion es llena de cuidadosos trabajos, cuya sucesion es tan dudosa? ¿Dónde corres fuera de la carrera, desenfrenado amor de los hombres? Sabes

amar lo que tienes, ¿y á tí no sabes amar? Fuera de tí está lo que amas, extraño es lo que te deleita. Vuelve, vuelve sobre tí, ámate siquiera como amas tus cosas. Sin duda te pesaria si tus compañeros amasen mas tu hacienda que tu persona, y si pusiesen mas los ojos en el resplandor de tus riquezas que en tu salud. Querrias que tu amigo fuese leal á tu vida mas que codicioso de tus tesoros: ¿pues por qué lo que á otros pides niegas á tí mismo? ¿Quién es al hombre mas obligado que él á sí mismo? Guardemos la fé y amor que á nosotros debemos, pues nuestras cosas no nos merecen. No digo mas acerca de las riquezas.

De las honras diré que no me podrás negar que no puede llamarse dignidad aquello que los buenos comunmente con los malos poseen, ni hace glorioso triunfo á los vencedores esforzados la corona con que tambien se coronan los cobardes. Confusion es, no dignidad, la que envuelve á los dignos con los indignos, y á los vir-

tuosos (que de derecho han de ser superiores) iguala con los viciosos. Y es mucho de maravillar que en ningun estado se disciernen menos los buenos de los malos que en la pompa. Dime, yo te ruego, ¿no es mas honrado quien desecha tal honra, á quien sus propias virtudes ensalzan y el fausto no ensoberbece?

Y si mas quieres que te diga, sean las honras cuales el mundo las juzga, ¿cuán lijeramente vuelan? ¿cuán presto desaparecen? Vimos en nuestros dias muchos varones honrados puestos en el cuerno de la luna, que dilataban su patrimonio por la redondez de la tierra, cuyas venturas vencian á su codicia, y su prosperidad pasaba delante de sus deseos. Mas ¿para qué hago caso de particulares estados? Vimos reyes gloriosos cuyo imperio de muchos era temido, cuyas púrpuras resplandecian con piedras preciosas, cuyas ricas diademas hermoseaban flores y ramos de oro labrados, cuyos reales palacios adornaban

suntuosas tapicerías y los costosos enmaderamientos artesones dorados, y (lo que mas es) sus voluntades eran derecho de los pueblos, y sus palabras se llamaban leyes comunes. Pero ¿quién por mas que se empine puede subir sobre la medida de los mortales? Vemos ahora que aquel su faustoso orgullo en ninguna parte se halla, y sus inestimables pesos de oro se hundieron con sus señores.

En nuestros tiempos son fábula las historias de muchos ínclitos reinos. Todas aquellas cosas que entonces se tenian por grandes, ya ahora son vueltas en nada; que ni en la tierra las conocemos, ni pienso, antes sé cierto que allá donde están no las gozan si con ellas no ganaron alguna sustancia de virtud. Porque sola esta los podria seguir partiendo de aquí faltos de otro socorro: solo esta fiel amiga los acompañaria cuando caminasen desamparados de todos sus bienes. Este es el mantenimiento con que ahora serán sustentados, esta es

la excelencia con que ahora serán sublimados. No pierden los sabios y virtuosos las honras temporales y posesiones terrenas; mas truécanlas por la celestial gloria é infinito tesoro. Por tanto, si codiciamos valer, si anhelamos á honras, escojamos las verdaderas honras y verdaderas riquezas. Allí queramos ser honrados y ricos, donde hay desengañada discrecion de males y bienes, y donde el bien no tiene mezcla de mal, y donde lo que una vez se alcanza siempre se posee, y lo que una vez se gana nunca jamas se pierde.

Mas porque arriba dijimos que los bienes de está vida con la muerte se pierden; veamos si por ventura tenemos algun tiempo seguro, ó si conviene que estémos en continuo sobresalto. Ninguna cosa ven los hombres mas á menudo que morir, y de ninguna cosa mas se olvidan que de la muerte. Pasa el humano linaje de generacion en generacion arrebatadamente, hasta que toda la sucesion de

los hombres se acabe segun la ley de los siglos. Nuestros padres fueron delante, y nosotros los seguimos de prisa, y así corre todo el número de los hombres como arroyo de agua que desciende de los montes, ó como las ondas del mar que se deshacen llegando á la costa mientras otras se levantan: así nuestras edades se acaban llegando á su término, y comienzan otras que tambien á su tiempo fenecerán. Suene pues continuamente en nuestras orejas el ruido de esta corriente, y el ímpetu de estas olas de dia y de noche despierte nuestra memoria. Nunca perdamos de vista la mutabilidad de nuestro estado. El fin necesario de nuestra vida tengámosle por presente, pues tanto mas cerca le tenemos cuanto mas se ha detenido. El dia que no sabemos si está lejos, tengámosle por vecino. Apercibámonos para la partida con talés propósitos y meditaciones, que temiendo la muerte antes que venga, no la temamos cuando viniere.

Bienaventurados los seguidores de Cristo, á quien no fatiga el recelo de morir, y con quietud y conveniente aparejo esperan su último dia, en el cual desean y confian ser sueltos y estar con su amado: porque los tales tendrán por mejor acabar hoy antes que mañana, pues pasan de la vida temporal á la que permanece para siempre. Muchos son los que esto entienden, y pocos los que lo consideran: mas donde se trata de vida, no sigamos la compañía de los negligentes, ni en negocio tan importante imitemos los yerros ajenos con daño de nuestra salud. Porque en el juicio divino no nos excusará la muchedumbre de los engañados, cuando particularmente será cada uno examinado, y segun sus propios méritos será condenado ó absuelto, sin hacer cuenta del otro pueblo. Cesen pues, cesen los vanos consuelos que nos hacen no sentir nuestros daños. Porque mejor será perpetuar nuestra vida con los pocos, que perderla con los innumerables.

Muy ciego y desvariado es por cierto el que disimula su pérdida por seguir á quien despues no le puede remediar. Por tanto no nos lleve al descuido de los pecados el ejemplo de los pecadores, ni tenga en nosotros autoridad la prudencia de los locos que no miran lo que les conviene. Antes yo te ruego que las obras de los tales hombres las mires como á borron y no como á dechado.

Y si quieres remedar algun dechado (puesto que en comparacion de los errados hallarás pocos) pero algunos hay á quien atiendas, cuyo ejemplo te sea saludable. Aquellos mira con atencion que diligentemente consideran para qué nacieron, y mientras viven tratan con prudente estudio los negocios de su vida, y con provechosos trabajos de virtuosas obras labran y siembran en la tierra para coger el fruto en el cielo: de que no solamente tienes muchos ejemplos, mas magníficos. Porque ya (loores á Dios) vemos que la nobleza del mundo, las

honras, las dignidades, la sabiduría y los ingenios, la facundia y las letras se pasan cada dia á los reales de la fe y á la escuela de Cristo. Ya vemos que la alteza empinada del siglo abaja su cuello, y con devocion toma sobre su cerviz el suave yugo del Señor. ¿Cómo podria, si no fuese menester largo tratado, contar por sus nombres á muchos varones ilustres que siguieron y ahora siguen esta vereda estrecha y familiar conversacion en que Dios se honra y se sirve?

Mas por no dejar á todos, referiré algunos de muchos que callo. Clemente, del antiguo linaje de los senadores y del mismo tronco de los Césares, dotado de todas ciencias y florido con las artes liberales, anduvo este camino de los justos, y tanto en él aprovechó, que mereció ser sucesor del Príncipe de los apóstoles. Gregorio obispo de Ponto, primor de la filosofía y primor de la elocuencia, por este ejercicio se hizo mas resplandeciente no solo en santidad, mas en obras mara-

villosas. Porque de él cuentan las historias entre otras muestras de su merecimiento, que por sus oraciones pasó un grande monte de un lugar á otro, para dar sitio á un templo que los fieles querian edificar en una sierra donde estaban escondidos por la persecucion de la Iglesia, y secó una laguna de agua, para pacificar los que peleaban sobre la reparticion de sus peces. Otro santo del mismo nombre Gregorio, muy enseñado en las ciencias humanas, las despreció por el amor de esta celestial filosofía: de quien no callaré lo que de él se escribe, porque tambien hace á nuestro propósito. A Basilio su compañero en los estudios seglares, sacó por la mano de la escuela donde enseñaba retórica, diciendo así: Deja ya esa vanidad, y entiende en tu salvacion. Y no lo dijo á sordo; que luego le siguió, y ambos fueron obispos de gloriosa memoria, y ambos dejaron á la Iglesia católica en libros que escribieron, claros testimonios de su fe y santidad y de subidos

ingenios. Paulino obispo de Nola, resplandor de nuestra Francia, despreciadas grandes dignidades del siglo y muy copiosas riquezas y con ellas el frescor de la elocuencia, se pasó á este ejercicio é instituto de vida: en el cual floreció tanto, que en todas las partes del mundo se goza su fruto. ¿Qué diré de Hilario, que pocos dias ha fue obispo en Italia? ¿y de Petronio, los cuales ambos descendieron de insignes y antiguas familias? ¿Por ventura no antepusieron á su estado, el uno la religion, y el otro el sacerdocio? ¡O cuándo acabaré de referir, con otros muchos que dejo, á Firmiano, Minucio, Cipriano, Evagrio, Crisóstomo, Ambrosio!

Parece que todos platicaron juntamente lo que á otro su semejante fue aguda espuela para sacarle del siglo á esta dichosa vida. Levántanse los indoctos, y arrebátannos el cielo; y nosotros con nuestras doctrinas revolvémonos en la carne y la sangre. Trataron esto entre sí, y porque desprecia-

ron lo que era poco, fueron enriquecidos con lo mucho en el gozo de su Señor. Pues aún no he contado sino una pequeña parte de los que desecharon particulares honras, estados y la flor de la elocuencia ó la gravedad de la filosofía.

¿Mas por qué no tocaré á lo menos reyes y cabezas del mundo, aunque no para contar á todos los que de nuestra religion fueron amadores y discretos apreciadores de su real dignidad? Y no callaré á los del tiempo antiguo, David, Josías y Ecequías, á cuyas venerables historias te remito. Porque de nuestros tiempos no faltan ejemplos recientes de príncipes que familiarmente se juntan al Rey verdadero, y loan y sirven con maravillosa devocion al Señor soberano, Rey de los reyes, engrandeciendo sola su Majestad así hombres como mujeres. Por ventura las labores de estos dechados te contentarán mas, y por ser de tu edad moverán mas tu aficion á procurar la vida verdadera que ellos procuran.

Y si quieres pasar adelante y poner los ojos en otras muestras de ajena naturaleza, mira los dias y los años, el sol, la luna y todas las lumbreras del cielo cómo cumplen sin cansarse las palabras y mandamientos divinos, y sirven con sus movimientos á su sapientísima ordenacion, sin traspasar un punto sus leyes. ¿ Por ventura nosotros, para cuyo uso todas estas cosas fueron criadas y puestas delante de nuestros sentidos, que sabemos la fábrica de los cielos, y no ignoramos la intencion de su criador que para nuestro aviso así las dispuso, cerrarémos las orejas á sus mandamientos? Grande vergüenza es que oyendo las criaturas insensibles dadas para ayuda de los hombres una sola palabra de Dios en el principio de su creacion de lo que habian de hacer en todos los siglos venideros, nunca de ella se olvidan ni jamas le desobedecen: y nosotros para quien tantos volúmenes de libros de escritura sagrada son escritos, y tan repetidas leyes son establecidas (que

es singular privilegio de los hombres) ¿no obedecerémos á nuestro hacedor, siquiera guiados por las cosas que fueron hechas para nuestro servicio, mayormente siendo grande desvarío atreverse el hombre á desobedecer á Dios, sabiendo que aunque no ame á su bienhechor, no se librará por eso de las manos de su señor? Porque ¿dónde se esconderán los que huyen de Dios? ¿Dónde me esconderé de tu espíritu (decia David) ó dónde huiré que no me vea tu cara? Si al cielo subiere, tú estás allí: si descendiere al infierno, allí estás presente: si volare tan lijero como paloma, y pasare allende de la mar, allí me prenderá y traerá tu mano derecha. Así que, quieran ó no quieran, los que con la voluntad se apartan del universal Señor, por derecho y con ejecucion caerán en sus manos. Ellos están lejos de él con sus aficiones; mas él está sobre ellos con su poder. Y con grande desatino paréceles que huyen y escapan de su jurisdiccion, y están encerrados en ella: van fuera con

sus imaginaciones, y quedan dentro de su tribunal. Porque si tiene derecho el hombre para seguir su esclavo fugitivo y reducirle á servidumbre, ¿no guardará asimismo este derecho el Señor de los señores, á quien por sí solo pertenece legítimo señorío sobre todos los mortales? ¿Por qué no hará justicia por sí, como hace por otros el justo Juez?

Pero no solamente han de inclinar nuestros afectos las cosas que vemos; tambien tenemos orejas con que oigamos las promesas divinas, que no tienen menor fuerza para incitar nuestros corazones. Consideremos con atencion y diligencia lo que nos enseña, y con firme crédito y entrañables deseos esperemos lo que se nos promete; pues el hacedor de todas las cosas que vemos, nos da fe de las que no vemos. Y si los ojos ejercitamos sabia y provechosamente; si la admiracion que nos causa la máquina del mundo, enderezamos al conocimiento de su autor, y por esta via contemplamos cuán

resplandeciente luz se representará á nuestros ojos en la ciudad celestial, pues en la tierra vil una pequeña centella reverbera nuestra vista; si conjeturamos cuán deleitable hermosura tendrán las cosas eternas, pues tanta belleza tienen las perecederas; los mismos sentidos corporales nos levantarán poderosamente á la codicia de los bienes que no sentimos. Pues no usemos de los sentidos de nuestra carne en solos sus bajos oficios, sírvannos ordenadamente para ambas vidas. Y de tal manera nos aprovechen en la vida temporal, que no nos sean impedimento, mas ayuda para la que esperamos, que es eterna.

Y si nos lleva para sí el amor y deleite de las criaturas (porque en la verdad es muy poderoso para alterar los corazones humanos) el bien eterno y soberano, clarísimo y deleitabilísimo, ese es el que tiene no solo razon para ser amado, mas causa suficientísima para que solo sea amado. Este es nuestro Dios, á quien no podemos tanto

amar, que mas no debamos. Y así se hace (lo que arriba dije de las honras) que en lugar de los deleites mundanos suceden á los buenos mas entrañables y mas justas delectaciones. Por tanto, si te aficionaba la grandeza del mundo, ninguna cosa hay mas magnífica que Dios: si alguna cosa en el siglo te parecia digna de gloria, ninguna es mas gloriosa: si te ibas en pos del resplandor de las cosas claras, ninguna hay mas resplandeciente: si te enamoraban las cosas bellas, ninguna hay tan hermosa: si en algo creías hallar verdad, ninguna cosa hay mas fiel ni mas verdadera: si en alguno esperabas hallar liberalidad, ninguno hay mas magnífico. Maravillábaste de lo que es puro y sencillo: ninguna cosa hay mas pura y mas sincera que su bondad. Codiciabas abundancia de bienes: ninguno tiene riquezas mas copiosas. Amabas á quien tenias por fiel: ninguno hay mas leal y guardador de su palabra. Buscabas lo que te es provechoso: ninguna cosa hay mas útil que su

amor. Alguno te contentaba, porque veías en él gravedad con llaneza: ninguno hay mas severo ni mas blando. En las adversidades querrias hallar benignidad en tus amigos y en las prosperidades placer: de él solo puedes haber único consuelo en las tribulaciones y gozo en la sanidad. Ahora dime si es justo que aquel, en quien tienes todas las cosas, ames sobre todas ellas, y que sobre todos los bienes estimes aquel en quien están todos los bienes, no solamente los soberanos y divinos, mas aun esos temporales, de que los hombres usan mal, de él mismo los tienes.

Pues así es, el amor que hasta aquí ha sido mal repartido, todo junto le entrega al servicio de Dios. Y la casta caridad que en pos de las sensuales aficiones erraba, de aquí adelante se ocupe en solos los ejercicios sagrados; y el corazon que devaneaba con diversas opiniones sea castigado con el freno de la verdadera sabiduría, mayormente pues cuanto amas

y cuanto sabes, todo es de Dios. Suyo es, aunque tú no le ames. Porque él es tan grande y tan universal Señor, que los que no le aman, aunque no quieran, han de amar lo que es suyo. Pero considere quien tiene juicio sano, si es cosa razonable que, despreciado el hacedor de las cosas, se amen sus hechuras, y que corra el hombre á diestro y á siniestro á todas partes en pos de las criaturas contra la voluntad de quien las crió, habiéndolas criado para que por el uso de ellas camine para él nuestro corazon. Mas el hombre de trastornado entendimiento convierte sus amores y deseos á las criaturas viles, y desordenando su misma inclinacion engrandece el arte menospreciando el artífice, y ama la imágen hermosa, y desama á su pintor, de cuya universal bondad arriba dijimos. ¿Mas qué dijimos? ¿O qué se puede decir de tan grande tesoro de bondad? ¿O cuándo podrá algun hombre ó ángel igualar con palabras la alteza de tan profundo misterio?

De donde ya no te quiero decir que amar á Dios es deleitable, mas que es necesario; pues allende la obligacion que tenemos de amarle por quien él es, necesariamente amamos sus cosas: y así como no podemos amarle cuanto él es digno, así tampoco basta nuestro amor para recompensar los bienes que de él recibimos. Por lo cual asimismo es grande injusticia no amar siquiera á quien aun amándole no le podemos satisfacer. Injustísima cosa es no querer servir lo poco que puedes á quien no puedes servir cuanto eres obligado. ¿Qué volveré al Señor (decia David) por todos los bienes que me ha dado? ¿Qué le pagarémos siquiera por esto solo, que en tan fáciles cosas puso el principio de nuestra salvacion, y abrió puerta á todos los moradores de la tierra para darles la heredad del cielo, sin despreciar ó desechar alguna nacion ó tierra ó isla apartada? ¿Por qué piensas tú que por otra razon la posesion de toda la tierra, las naciones y rei-

nos de la tierra vinieron á la sujecion de los Romanos, y la mayor parte del mundo se hizo un pueblo, sino para que mas fácilmente por todo el mundo penetrase la fe, y para que como el mantenimiento ó la medicina se derrama por todo el cuerpo, así la fe infundida en la cabeza de las gentes se comunicase por todos los miembros? Porque de otra manera no corriera tan diligentemente por tan apartadas gentes y provincias, diferentes en costumbres y lenguas, ni pasára tan adelante y con tanta presteza, si á cada lugar tuviera nuevo tropiezo y contradiccion.

Por esto el apóstol san Pablo dice que la fe de los Romanos se anunciaba por el universo mundo: y por la misma razon tuvo él libertad para discurrir predicando el evangelio desde Jerusalen hasta el Ilírico. Lo cual ¿cómo pudiera, si no estuvieran juntas debajo de un señorío la multitud innumerable de regiones y ciudades, y se domesticara la fiereza de las bárbaras

naciones? Así se cumplió lo que ahora vemos cumplido, que desde el oriente hasta el poniente, desde el setentrion hasta el mediodia, por todos los lados del mundo suenan los loores de Cristo, aceptando su fe el Tracense, el Africano, el Siro, el Español. Lo cual misteriosamente se significó, y se comenzó á ejecutar cuando en tiempo de la república romana, teniendo el cetro de todo el mundo el emperador Octaviano, descendió Dios á la tierra. Para cuya venida y próspera dilatacion de su nombre se proveyó y fundó y acrecentó en diversos tiempos la policía de los Romanos, así en tiempo del mando de los antiguos reyes, como en el de la gobernacion de los cónsules, segun podrá claramente mostrar con mediano ingenio cualquiera que afirmarlo quisiere. Y tú mejor lo puedes conocer, pues te son familiares las historias de tu nacion. Por tanto, dejado esto, vuelvo al propósito que desde el principio pretendí. No querais amar el mundo ni las cosas que en el

mundo están, dice el discípulo amado del Señor. Y con razon, porque todas las cosas mundanas engañan nuestros ojos con afeites y colores postizos. Pues así es, la virtud de los ojos, que se nos dió para gozar de la luz, no se debe aplicar al error; y la que para el uso de la vida fue dada no nos sea causa de muerte. Los deseos de la carne (dice el apóstol san Pedro) pelean contra nuestra alma, y siempre están en frontera contra el espíritu. Y (como se acostumbra entre los reales de los enemigos) tanto mas la carne se esfuerza, cuanto el espíritu mas se enflaquece.

Mas hasta ahora, ilustre Valeriano, yo he tratado de los halagüeños deleites de las riquezas y de las fingidas y falsamente estimadas honras, como si el mundo estuviese en su vigor y fuerza para engañarnos. Pues ¿cuánto mas se podrá argüir el embaimiento de los hombres, cuando ya el resplandor del mundo (que antes con sus relámpagos deslumbraba los

mundanos, y con cara llena de risa y adulterinos atavíos requeria sus almas mostrando falsos amores) ya, ya se ha oscurecido, y descubre claramente su fealdad y mentiras? Se ha vuelto en negrura aquel hermoso rostro con que trasportaba los sentidos de los hombres. Primero nos queria engañar con imágenes sofísticamente compuestas, y aun con quien tenia mejor seso no podia: ahora los tiempos están así mudados, que todos cuantos quisieren conocerán sus embustes. Primero carecia de bienes ciertos; ahora carece aun de los aparentes: apenas tiene ya colores con que se afeite. Ya no está adornado de tiernas flores; ¿cuánto menos tendrá fruto que permanezca? Si nosotros no nos enredamos, ya el mundo no tiene lazos con que nos ate. ¿Y para qué tardamos de decir lo que es mas fuerte? Decimos que perecieron las prosperidades del mundo y que se envanecieron sus pompas. El mundo todo perece y casi da los postreros anhélitos: ¿para qué nos traba-

jamos por mostrar que todo su valor y contentamiento se acaba, pues vemos claramente que él mismo se acaba? Pues no le faltan sus bienes y fuerzas antes de tiempo, porque su vejez trae consigo su flaqueza. La edad postrera del mundo está llena de males, como la del hombre es seguida de dolencias.

Visto habemos, y cada dia nos pasan delante los ojos en estas canas del mundo hambres, pestilencias, desventuras, guerras, temblores de tierra, desórden de los temporales, monstruosos partos de animales. Pues ¿qué es esto sino pronósticos del remate del siglo, que se cansa corriendo y casi ya desfallece? Lo cual no afirman solo nuestras flacas palabras, mas la autoridad apostólica lo confirma donde leemos: *nosotros somos en quien ya llegaron los postreros fines del siglo.* Y pues ya ha muchos años que esto se dijo, ¿nosotros qué confianza tenemos? Llégase de prisa el dia postrero, no digo el nuestro, mas el de todo el

mundo. Cada hora nos amenaza la muerte, así la de nuestro cuerpo, como la de todo el linaje humano por los particulares peligros, y por los generales en que cada dia caemos. Carga sobre mí hombre desventurado el temor de la muerte del siglo, como si no bastase para hacerme miserable el miedo de la mia. ¿Por qué disimulamos nuestros espantos? No podemos estar seguros, pues ni de nuestra singular muerte podemos escapar, ni de la comun.

Por lo cual ciertamente es mal afortunada la condicion de los hombres mundanos, y mas ahora en la despedida del mundo y en el desfallecimiento de todas las cosas: que de las presentes no pueden gozar, porque perecen: ni se recrean con la esperanza de las venideras, porque no las merecen. El deleite de la vida pasa como sombra, que no se puede detener pasando su cuerpo: y la venidera, que es perpetua, no tienen por que confien alcanzarla: ni se aprovechan de los

bienes temporales, ni gozarán de los eternos. Aquí tienen poco de posesion, para lo celestial no tienen título. Por cierto es desventurado y mucho de doler tal estado, si no hace el hombre de esta cruel necesidad provechosa virtud, mudando la aficion y enderezando sus caminos al bien soberano. Porque de otra manera los intereses de esta vida están así destruidos, que quien no busca el bien eterno, ambos los pierde.

Y puesto que algo se pudiesen gozar en esta vida, y algo valiesen, como á sus seguidores parece; mas es de estimar la esperanza cierta de los grandes bienes, que la posesion de los pequeños, como te mostraré por este ejemplo. Si á un hombre prometiese un grande señor dar á su escogimiento, ó en este dia cinco monedas, ó mañana quinientas, ó en este dia un vaso de cobre, ó mañana un joyel de oro, escogeria ciertamente este hombre lo mas precioso, aunque fuese con pequeña tardanza. Pues de esta mane-

ra, considerando tú la brevedad de esta vida, no te contentes con lo vil, pudiendo esperar lo muy valeroso. Porque el mundo no tiene mas que dar que lo que vemos y recibimos, y por eso no se ha de esperar de él otra cosa de mayor precio, pues lo que poseemos ya no lo esperamos. A los bienes venideros se han de pasar todas las esperanzas del siglo, pues en lo temporal no hay mas que esperar, y (segun arriba mostré) vale mas la esperanza de las cosas celestiales, que la posesion de las terrenas. Y quien lo contrario siente no tiene sano juicio de los bienes del mundo; porque los trae tanto sobre los ojos que no los ve, como claramente esperimentamos, si alguna cosa pegamos con la niña del ojo, que no la podemos ver; la cual apartada á distancia conveniente vemos distintamente. Así acaece en la estima de los bienes mundanos, que por traerlos tan dentro de nos, agravan nuestro entendimiento, y no los conocemos; y de los celestiales, que

están apartados, juzgamos con mas clara vista.

Y la esperanza que te he dicho de los bienes venideros no es vana, pues nuestro Señor Jesucristo, asaz abonado prometedor, nos la certificó: el cual prometió á los pobres renunciadores del mundo el reino de los cielos y copiosísimos premios de la eternidad. Y (para entera seguridad) en su persona vino á tratar con nosotros por el inefable sacramento de la humana naturaleza, que juntó con la suya divina, restituyéndonos á la amistad del Padre, haciéndose medianero entre Dios y los hombres, como particionero de ambas naturalezas; y libró todo el mundo por el alto misterio nunca enteramente conocido de su pasion de la grande deuda á que estaba obligado. Y (como el Apóstol dice) fue manifiesta su encarnacion por el Espíritu Santo, por cuya virtud fue concebido: descubrióse á los ángeles, predicóse á las gentes, creyóla el mundo, y así fue colocado en su gloria.

Donde tanto le ensalzó su eterno Padre y le dió nombre sobre todo nombre, que todas las criaturas, cuantas hay en el cielo y en la tierra, en la mar y en los abismos, confiesan que nuestro Señor Jesucristo es Rey y Dios antes de todos los siglos.

Y si quieres de esto gozar, deja la doctrina de los filósofos en que empleas tus estudios y leccion, y ocupa tus buenas horas y espíritu en la doctrina de Cristo; en la cual tampoco te faltará campo para dilatar tu ingenio. Antes tengo por averiguado que en gustándola conocerás cuánto se deba anteponer la ciencia de piedad y amor divino á los preceptos de los filósofos. Porque en las sentencias de aquellos se halla la virtud solamente contrahecha y la sabiduría solamente dibujada; y en esta nuestra disciplina se enseña la perfecta justicia y maciza verdad: tanto, que con razon afirmaré que ellos usurparon el nombre de filósofos, y nosotros abrazamos la vida. Dime, yo te ruego, ¿qué precep-

tos pueden dar de vivir los que no conocen al autor de la vida? Los que á Dios ignoran y tropiezan luego en el umbral de la justicia, ¿cómo llevarán á otros por la mano á la verdadera virtud? Porque necesariamente, errando en el principio, siempre irán descaminados, y en vano correrán adelante. Y así parece ello ser. Porque los que entre ellos determinan las mas honestas reglas de costumbres, no pretenden sino vanidad y arrogancia, y por esta trabajan: de manera que en abstenerse de vicios no carecen de vicio. Estos son de quien se escribe que saben las cosas terrenas; porque de la tierra y de los gustos de ella tratan, y esta desean. Pues pretendiendo este fin, manifiesto es que no poseerán la verdadera sabiduría ni la verdadera virtud. ¿Por ventura algun discípulo de Aristipo podrá enseñarla verdad, cuyo entendimiento no mira mas á lo alto que los ojos de los puercos, constituyendo la felicidad del hombre en los deleites del cuerpo, y

haciendo su Dios á su vientre, y su gloria á sus miembros deshonestos? ¿Este tal juzgará alguna cosa justa y honesta, por cuya filosofía el gloton, el pródigo, el fornicario y el amontonador de dinero son beatificados? Pero contra los tales otro lugar habrá de disputar.

Vengamos á las sentencias de los mas justificados y que á tí mas contentan; porque deseo que dejes aun aquellas generales amonestaciones determinadas por sola humana ciencia, y conviertas tus estudios á las escrituras de los nuestros adornadas y fortalecidas del espíritu: en las cuales hallarás con que hartes tu pecho de las razones y doctrina con que ellos solamente te untan los labios: de las cuales algunas referiré.

En las escrituras de los nuestros, para hacerte dar fe á los prometimientos divinos, hallarás lo que allá ves; aunque no por las mismas letras, mas la misma sentencia. Las palabras de Dios quien no las cree, no las entien-

de: En ellas serás amonestado, que si á Dios conoces por Padre, le has de amar. Allí aprenderás cuáles sacrificios son agradables á Dios. Porque verdaderos sacrificios son justicia y misericordia. Allí te amonestarán: si te amas, ama á tu prójimo, porque en ninguna cosa hallarás mas tu provecho, que en el bien que á tu prójimo hicieres; y entenderás que ninguna cosa hay tan justa que justifique dañar injuriosamente á otro hombre. Allí contra la deshonestidad hallarás este aviso: resiste á la lujuria, que despues que te venciere, y hubiere injuriado tu carne, escarnecerá de tí. Y para que no codicies demasiadas riquezas, hallarás: mas bienaventurado es el que no desea lo que no tiene, que el que tiene lo que desea. Y para que refrenes la ira, te dirán cuán importuna señora es. Porque quien por cualquiera ocasion se enoja, siempre se enojaria, si siempre se le ofreciese ocasion. Y para que ames á tus enemigos, serás amonestado: ama á quien

te desama, si quieres hacer mas que los malos; porque aquellos aman á quien bien les quiere. Y para ayudar con tus bienes á los pobres, hallarás: aquel guarda bien su tesoro, que le partió con los pobres: ya no le podrá perder, porque dándole le aseguró. Y para mas perfecta justicia hallarás: del fiel matrimonio el fruto es la continencia.

Allí entenderás la razon por qué los desastres del mundo son comunes á los buenos y á los malos; y conocerás que mayor miseria es enfermar el alma con vicios, que la carne con dolencias. Y para amonestarte paciencia leerás: á los impacientes la semejanza de costumbres (que suele ser causa de amistad) es ocasion de discordia. Y para que no remedes á los viciosos, hallarás escrito: al hombre prudente avisan los buenos y los malos; los unos lo que ha de abrazar, los otros lo que ha de huir. Y para que consideres y agradezcas la bondad del Señor que usa con los hom-

bres, hallarás que muchos bienes recibimos sin que los conozcamos. Donde parece que no nos ama mas en público que en escondido, y que debes dar no menos gracias á Dios en la adversidad que en la prosperidad, y conocer que lo adverso te viene justamente, y lo próspero no mereces.

Allí conocerás cómo á todas las cosas se extiende la providencia divina, y que ninguna cosa hace el hombre por hado, mas por propia voluntad. Por lo cual aun las leyes humanas castigan á los delincuentes, y galardonan los virtuosos. Lo cual mucho mas justamente hará Dios, si no ahora, á lo menos en su último juicio. Y por no conocer esto los ignorantes, tienen por injusta la providencia divina, que permite que los malos en esta vida sean prosperados, y los buenos afligidos. Aparte Dios de nosotros tal pensamiento. Y para que perseveremos en temor de Dios, te amonestarán: lo que no quieres que vean los hombres, no lo hagas; y lo que no quieres que

vea Dios, no lo pienses. Y contra toda injusticia hallarás quien afirma: mayor miseria del hombre es engañar á otro, que ser engañado. Y contra la soberbia hallarás avisado: tanto mas huye la vanagloria, cuanto mas aprovechares en virtud; porque todos los vicios crecen con otros vicios, sola la soberbia se cria con buenas obras.

Estas y otras sentencias filosofales hallarás mucho mejor enseñadas por los nuestros, allende de su singular y provechosa doctrina, con otros mas perfectos grados de virtud. Y si despues llegares á beber de la fuente de la escritura divina, allí convendrá mas escudriñar y maravillarte de lo interior, que de lo que suena de fuera. Porque la escritura sagrada de tal manera resplandece á los ojos, que con sus clarísimos rayos como preciosísimo carbúnculo, reverbera la vista de los que miran. A esta maravillosa luz debes hacer familiar tu ingenio, y con este saludable

manjar mata la hambre de tu alma.

Lo cual por la misericordia del Señor espero ver cumplido, y que, despreciados tus acostumbrados ejercicios y amando los nuestros, tengas aborrecimiento á la vanidad, y codicies el tuétano de la virtud. Porque imprudentísimo es el que por bien de su alma no se esfuerza á buenos ejercicios, aunque le sean trabajosos, habiendo hecho el Señor por ella misma tantas obras: que procurando el Señor tan cuidadosamente los provechos del hombre, esté él holgazan y perezoso en lo que tanto importa. Y ciertamente lo que mas nos cumple es que nos restituyamos á nosotros mismos al servicio y honra de Dios, y pretendamos la bienaventuranza, despreciadas las que llaman buenas venturas del siglo, y que pisando las cosas terrenas nos levantemos con ardientes deseos á las celestiales.

Ea pues, de aquí adelante todas tus obras y palabras endereza á tu Dios. Haz que en todas tus obras sea

siempre tu compañera la inocencia, y ella será tu fiel guardadora. Y no temas las redes de la mala costumbre pasada: presto con la ayuda de Dios y con buenos ejercicios te desenvolverás de tus lazos. Entrégate á tal médico que te cure, que juntamente puede dar la complexion y disposicion para alcanzar la salud que has menester. Y (lo que es suma misericordia) darte ha despues el mismo Señor el galardon de lo que por su virtud hubieres obrado.

Digo el galardon de la vida eterna, cuya excelencia no puede ahora el ánima comprender, ni el juicio humano puede estimar la grandeza de los bienes que nos están aparejados. Porque si la divina magnificencia concedió en esta vida á todos los hombres el uso de la luz tan amable; si al bueno y al malo es lícito mirar al sol, y á todos indiferentemente sirven las criaturas, y de los justos y de los injustos es comun la posesion de este mundo; finalmente si tan excelentes

dones da Dios á los virtuosos: consideremos quien tan graciosamente dió tan grandes tesoros sin deberlos, ¿cuánto mayores pagará á quien los hubiere merecido? Quien tan liberal es en las mercedes, ¿cuánto mas lo será en pagar las deudas? Si tan estimable es la largueza del que da, ¿cuánta será la magnificencia del que restituye?

No se pueden decir los bienes que tiene Dios aparejados para los que le aman, ni comprender la gloria que dará á los bien agradecidos; pues tales cosas dió aun á los ingratos. Pues ya levanta los ojos, y del piélago de los negocios en que estás engolfado, mira á la playa de nuestra profesion, y endereza á ella la proa. Solo este puerto hay á que te acojas de las peligrosas ondas del siglo; y donde descanses de las continuas tormentas del mundo. A este conviene que gobiernen los que son fatigados de las tempestades del bravo mar. Aquí no se oyen los espantables bramidos del agua, ni sus olas levantadas llegan á

este seno; mas siempre se halla en él tiempo sereno y quieta bonanza. Cuando á este puerto llegares despues de los baldíos trabajos pasados, echa el áncora de la esperanza, coge la vela en la antena puesta en la figura de la cruz del Señor, y respira seguro. Pero ya la justa medida de epístola demanda el fin de esta carta. Recibe esta suma de celestiales preceptos y manojo de mandamientos divinos apretados en breve doctrina á gloria del mismo Señor; y de lo que hubiere errado me perdona.

Oracion para pedir perdon de los pecados.

¿Quién dará agua á mi cabeza y á mis ojos fuentes de lágrimas, y lloraré dia y noche mis pecados y el desagradecimiento mio contra Dios mi Criador? Muchas cosas hay, Señor, muy poderosas para compungir los corazones de los hombres y traerlos á conocimiento de su pecado; mas nin-

guna tanto como considerar la grandeza de vuestra bondad y la muchedumbre de vuestros beneficios aun para con los mismos pecadores. Pues porque la miserable de mi ánima de esta manera se confunda, comenzaré, Señor, á contar algo de vuestros bienes y de mis males; para que por aquí se vea mas claro quién sois vos y quién soy yo: y quién habeis sido vos para mí, y quién he sido yo para vos.

Tiempo hubo, Señor mio, cuando yo no era: dísteme ser y levantásteme del polvo de la tierra, é hicísteme á vuestra imágen y semejanza. Desde el vientre de mi madre vos sois mi Dios: porque desde el primer principio de mi ser hasta hoy vos habeis sido mi padre, mi salvador, mi defensor y todo mi bien. Vos allí formasteis mi cuerpo con todos mis sentidos, y criasteis mi ánima con todas sus potencias, y hasta ahora habeis conservado mi vida con los beneficios y regalos de vuestra provi-

dencia. Todo esto era poco para vuestra grandeza; porque aunque ello en sí era mucho (porque era todo) mas como todo ello no os costaba nada, quisisteis darme algo que os costase mucho, para tenerme mas obligado. Descendisteis del cielo á la tierra para buscarme por todos los caminos por donde yo me habia perdido. Ennoblecisteis mi naturaleza con vuestra humanidad, librásteisme de cautiverio con vuestras prisiones, sacásteisme del poder del demonio poniéndoos en manos de pecadores, y destruisteis mi pecado tomando imágen de pecador. Quisisteis obligarme con esta gracia, enamorarme con este beneficio, fortalecer mi esperanza con estos merecimientos y hacerme aborrecer el pecado mostrándome lo que hicisteis contra él. Echasteis brasas de fuego sobre los carbones muertos de mi corazon, para que con tanta muchedumbre de beneficios como se encierran en este beneficio, amase yo á quien tanto hizo por mí y tanto amor me descubrió.

Veisme aquí, Señor, redimido. ¿Qué me aprovechara ser redimido, si no fuera bautizado? Entre tanta muchedumbre de infieles como están derramados por todo el mundo, quisisteis que yo fuese del número de los fieles, y de aquellos á quien cupo tan dichosa suerte como es ser hijos vuestros reengendrados por el agua del santo bautismo. Allí fui recibido por vuestro, y allí se celebró y asentó aquel maravilloso concierto, que vos fueseis mi Dios y yo vuestro siervo: vos mi padre, yo vuestro hijo: así contendiésemos á porfía, vos á hacerme obras de padre y yo á haceros servicios de hijo. ¿Qué diré de los otros sacramentos, que ordenasteis para mi remedio, haciendo medicina para mis llagas con la sangre de las vuestras?

Con todas estas maneras de socorros fue tan grande mi malicia, que perdí esta primera gracia de inocencia: y ha sido tan grande vuestra misericordia, que me habeis sufrido hasta ahora. ¡O esperanza mia y reme-

dio! ¿cómo puedo yo sin lágrimas acordarme de cuántas veces me pudiera haber llevado la muerte en todos aquellos tiempos tan mal gastados, y no me llevó? ¿Cuántos millares de ánimas por ventura arden ahora en el infierno por menores culpas, que las que yo entonces cometí, y no ardo yo? ¿Qué fuera de mí si me llevarais en aquel tiempo, como llevasteis á otros? ¿Qué juicio se me aparejara tan recio si me tomara la muerte con el hurto en las manos? ¿si me hallara la justicia en fragante delito? ¿Pues quién ató las manos á vuestra justicia en aquella hora? ¿Quién os rogó por mí cuando yo dormia? ¿Quién detuvo el castigo de vuestro furor al tiempo que yo con mis males le provocaba? ¿Qué visteis en mí, porque quisisteis que yo fuese de mejor condicion que aquellos á quien arrebató la muerte en medio de los fuegos y peligros de la mocedad? Mis pecados daban voces contra mí; y vos os haciais sordo para ellos. Mi malicia se alar-

gaba cada dia contra vos; y alargábase el plazo de vuestra misericordia para conmigo. Yo á pecar, y vos á esperarme: yo á huir, y vos á buscarme: yo cansado de ofenderos, y vos no cansado de aguardarme. Y como si mis pecados fueran servicios y no ofensas, así aun en medio de ellos recibia de vos muchas buenas inspiraciones y muchas piadosas sofrenadas que reprendian y condenaban mis solturas. ¿Cuántas veces me llamasteis y disteis voces dentro de mí diciendo: *Tú has fornicado con cuantos amadores has querido: mas vuélvete á mí, que yo te recibiré*? ¿Cuántas veces con estas y otras palabras amorosas me llamabais, y otras con temores y amenazas me espantabais, trayéndome á la memoria el peligro de la muerte y el rigor de vuestra justicia? ¿Cuántas maneras de confesores y predicadores ordenasteis para que con sus palabras y consejos me avisasen y despertasen? ¿Cuántas veces no ya con palabras sino con obras me seguiais convidándo-

me con beneficios y castigándome con azotes, tomándome todos los caminos (como hacen los cazadores cuando siguen la caza) para que no pudiese huir de vos?

¿Pues qué os podré yo, Señor mio, dar por todos estos beneficios? Porque me criasteis, os debo todo lo que soy; pues todo lo hicisteis. Porque me conservais, os debo todo lo que soy, y vivo; pues todo lo sustentais. Pues porque vos mismo os me disteis en precio, ¿qué me queda para daros? Si todas las vidas de los ángeles y de los hombres fuesen mias, y todas os las ofreciese en sacrificio, ¿qué era todo esto para una de las gotas de sangre que derramasteis por mí?

¿Pues quién dará ahora lágrimas á mis ojos, para que pueda yo llorar la mala paga de tantos beneficios? Ayudadme, Señor, en esta hora, y dadme gracia para que sepa yo confesar mis injusticias contra mí. Yo soy aquel malaventurado, que (aunque no lo parezco) soy criatura vues-

tra, hecha á vuestra imágen y semejanza. Reconoced, Señor, esta figura, que vuestra es. Quitad delante lo que yo hice, y hallaréis lo que vos hicisteis con vuestra mano piadosa. Yo empleé todas mis fuerzas en vuestras injurias, y con las mismas obras de vuestras manos os ofendí. Mis pies corrieron á la maldad: mis manos se extendieron á la avaricia: mis ojos se soltaron por toda la vanidad, y mis oidos estuvieron siempre atentos á la mentira. Aquella nobilísima parte de mi ánima, que tenia ojos para veros, quitólos de vuestra hermosura, y púsolos en la flor de esta vida miserable. La que habia de escudriñar vuestros mandamientos, escudriñaba noche y dia cómo quebrantarlos á su salvo. Pues estando tal mi entendimiento, ¿qué tal habia de estar la voluntad? Ofrecíaisle vos, Dios mio, los deleites del cielo, y ella trocó el cielo por la tierra, y abrió los brazos, que vos habiais consagrado para vos, al amor de las criaturas. Esta es, Señor,

la paga de vuestros beneficios, y este es el fruto que llevaron los sentidos que criasteis. ¿Pues qué os podré yo responder cuando entreis en juicio conmigo y me digais: *Yo te planté como á una viña escogida de muy buenas plantas; ¿cómo te me has pervertido y hecho tan extraña?*

Y si á esta primera pregunta no podré responder, ¿qué responderé á la segunda sobre el beneficio de la conservacion? Conservabais vos, Señor, con vuestra providencia al que entendia en quebrantar vuestra ley y en perseguir vuestros siervos, en escandalizar vuestra Iglesia y en fortalecer el reino del pecado contra vos. Moviais la lengua que os blasfemaba: regiais los miembros que os ofendian, y dabais de comer á quien servia á vuestros enemigos á costa vuestra. De manera que no solo fui ingrato á vuestros beneficios, sino aun de esos mismos beneficios hice armas contra vos. Diputasteis todas las criaturas para mi servicio, y enamoréme de todas ellas

y con todas ellas adulteré, pues tantas veces por ellas os ofendí. Quise mas á los dones que al dador, y de donde habia de tomar ocasion para conocer vuestra hermosura, ceguéme con lo que ví, y no alcé los ojos á ver cuánto mas hermoso sería el hacedor que su hechura. Todas las cosas me disteis porque yo me diese á vos; y aprovechéme de todas ellas, y nunca os dí ni la gloria ni el tributo que os debia. Ellas os fueron obedientes en servirme siempre, porque vos se lo mandasteis: y yo entendí en ofender siempre á aquel por quien todo me servia. Vos me dabais salud, y el demonio se llevaba el fruto de ella: vos me dabais las fuerzas, yo las empleaba en servicio de vuestro enemigo. ¿Qué diré? ¿Cómo no bastaron tantas maneras de trabajos y miserias como ví en los otros hombres, para entender que todos aquellos males ajenos eran beneficios mios, pues de todos ellos me librabais? ¿A vos solo es lícito no agradecer el beneficio recibido? ¿Quién

á quién no debe agradecimiento por el beneficio recibido? Si la fiereza de los leones y serpientes se doma con beneficios, ¿cómo no bastaron los vuestros para domarme? para que alguna vez siquiera dijese con el Profeta (Hierem. 5.): *Temamos al Señor que nos envia agua del cielo, la temprana y la tardía en sus tiempos, y nos da hartura de todos los bienes cada un año.* Bastaba por cierto, Señor, para argumento de quien vos sois haber sufrido lo que yo soy, sin que hubiera otras muestras y testimonios de vuestra bondad. Y si tan rigurosa ha de ser la cuenta que me habeis de pedir de estas cosas que os costaron tan poco, ¿cuál será la que me pediréis de las que os costaron vuestra sangre? ¿Cómo perverti todos vuestros consejos? ¿Cómo, cuanto fue de mi parte, deshice todo el misterio de vuestra encarnacion? Os hicisteis hombre para hacerme Dios: y yo amigo de mi vileza híceme bestia é hijo de Satanás. Bajasteis á la tierra por llevarme al cie-

lo; y yo indigno de tal llamamiento, como no lo merecia, no lo conocí, y quedéme sumido en el cieno de mis vilezas. Librásteisme, y torméme á mi cautiverio: resucitásteisme, y volví á abrazar la muerte: incorporásteisme con vos, y torné otra vez á juntarme con el demonio. Ni bastaron tales beneficios para conoceros, ni tal muestra de amor para amaros, ni tales merecimientos para esperar en vos, ni tal justicia como en vos fue ejecutada para teneros temor. Vos os humillasteis hasta el polvo de la tierra; y yo me quedé levantado en mi soberbia: vos estuvisteis en la cruz desnudo; y á mi avaricia no basta el mundo: á vos os dieron de bofetadas, siendo Dios; y á mí no han de tocar en la ropa, siendo un vilísimo gusano.

¿Qué diré, Salvador mio, sino que fue tan grande la misericordia y amor que conmigo usasteis, que os pusisteis á morir por matar mi pecado; y yo confiando en esa misma bondad y amor me atrevia á pecar contra vos? ¿Pues

qué mayor blasfemia que esta? Tomé ocasion de vuestra bondad para perseverar en mi maldad: tomé motivo para pecar del mismo medio que vos tomasteis para matar el pecado. De esta manera pervertí vuestros consejos é hice invenciones de mi malicia las invenciones de vuestra misericordia. Por ser vos tan bueno, hallé yo que podia ser malo; y por haberme hecho tan grandes beneficios, concluí yo que podia haceros tan grandes ofensas. De manera que la misma medicina que vos ordenasteis contra el pecado hice yo incentivo de pecar, y la espada que vos me disteis para hacerle guerra le puse yo en las manos para que me quitase la vida. Finalmente vos tomasteis por medio el morir para enseñorearos de vivos y muertos: para que, como dice el Apóstol, los que viven, ya no vivan para sí, sino para vos que moristeis por ellos: mas yo como hijo de Jezabel tomé por medio vuestra misma muerte para despojaros de vuestra hacienda, hurtán-

dome de vuestro servicio y haciéndome esclavo del enemigo. ¿Pues qué merece quien tal hizo? Si los perros comieron las carnes de Jezabel por este pecado, ¿cómo están enteras las mias, pues hice lo mismo? Y si el Apóstol tanto encarece la malicia del corazon humano por haber tomado ocasion de la misma ley para quebrantar la ley, ¿cuánta mayor malicia será tomar ocasion de la gracia para afrentar la misma gracia? ¡O pacientísimo Señor para sufrir bofetadas por los pecadores, y mucho mas para sufrir pecadores! ¿Mas por ventura durará mucho esta paciencia? Veo que decís por vuestro Profeta: *callé, tuve siempre silencio y sufrí mucho; mas ahora hablaré como quien tiene dolores de parto.* Veo que la tierra que despues de llovida no da fruto, es descomulgada y maldita; y que la viña que despues de labrada y cultivada, en lugar de uvas da agraces, es por vuestro mandamiento destruida y desamparada. Pues ¡ó sarmiento seco é infructuoso! ¿cómo

no temiste la voz de aquel tan sabio podador que corta de la vid el sarmiento estéril y le echa en el fuego? ¿Dónde tenia el juicio quien tales juicios no temia? ¿qué tanto habia ensordecido quien á tales voces no acudia? ¿qué tan profundo sueño dormia quien no despertaba con el trueno de tan grandes amenazas? Contentábame esta morada terrena tan digna de mi ánima, y tenia por deleites estar entre las espinas. Quemábame el fuego de mis pasiones: pungíanme las espinas de mis codicias: depedazábame el distraimiento de mis cuidados: remordíame el gusano de mi conciencia, y todo esto soñaba yo que era libertad y descanso; y tales y tan grandes males llamaba paz. ¡O tan engañado para conocerme, cuan rebelde para serviros!

¿Pues qué haré, Dios mio, qué haré? Conozco verdaderamente que no merezco parecer delante de vos ni alzar los ojos á miraros. ¿Mas adónde iré, adónde me esconderé de vos? ¿Por

ventura no sois vos mi padre y padre de misericordias, las cuales no tienen tasa ni medida? Porque, aunque yo he dejado de ser hijo, vos no habeis dejado hasta ahora de ser padre; y aunque yo he hecho por donde me podais condenar, vos no habeis perdido por donde me podais salvar. ¿Pues qué otra cosa puedo hacer sino echarme á vuestros pies y pediros misericordia? ¿A quién llamaré, á quién me socorreré sino á vos? ¿Por ventura no sois vos mi criador, mi hacedor, mi gobernador, mi redentor, mi librador, mi rey, mi pastor, mi sacerdote y mi sacrificio? ¿Pues á quién iré, adónde huiré sino á vos? Si vos me desechais, ¿quién me recibirá? Si vos me desamparais, ¿quién me amparará? Reconoced, Señor mio, esta oveja descarriada que se vuelve á vos. Si vengo llagado, vos me podeis sanar: si ciego, vos me podeis alumbrar: si muerto, vos me podeis resucitar: si sucio, vos me podeis limpiar: *Me rociaréis, Señor, con hisopo, y seré limpio: me la-*

varéis, y me pararé mas blanco que la nieve. Mayor es vuestra misericordia que mi culpa: mayor vuestra piedad que mi maldad: y mas podeis vos perdonar, que yo pecar. Pues no me desprecieis, Señor, ni mireis á la muchedumbre de mis pecados sino á la de vuestras misericordias. Vos que vivís y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

Meditacion muy devota para ejercitarse en ella el dia de la sagrada comunion.

Si todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra se hiciesen lenguas, y todas ellas me ayudasen á daros, Señor, gracias por el beneficio que hoy me habeis hecho; es cierto que no os las podria dignamente dar. ¡O Dios mio y salvador mio! ¿cómo os alabaré yo porque me habeis querido en este dia visitar y consolar y honrar con vuestra presencia? Aquella santa madre de vuestro Precursor

llena del Espíritu Santo, cuando vió entrar por sus puertas á la Vírgen que dentro en sus entrañas os traía, espantada de tan grande maravilla exclamó diciendo: ¿ *De dónde á mí tanto bien, que la madre de mi Señor venga á mí* ? ¿ Pues qué haré yo vilísimo gusano, viendo que se me ha entrado hoy por las puertas una hostia consagrada, en la cual está encerrado el mismo Dios que allí venía? Con cuánta mayor razon podré exclamar: ¿ de dónde á mí tan grande bien que, no la madre de mi Dios, sino el mismo Dios y Señor de todo lo criado haya querido venir á mí? ¿ Á mí, que tanto tiempo fui morada de satanás? ¿ Á mí, que tantas veces le ofendí? ¿ Á mí, que tantas veces le cerré las puertas y despedí de mí, por dónde merecia nunca mas recibir á quien así deseché? ¿ Pues de dónde á mí, Señor, que vos Rey de los reyes, y Señor de los señores, cuya silla es el cielo, cuyo estrado real es la tierra, cuyos ministros son los ángeles, á quien ala-

ban las estrellas de la mañana, en cuyas manos están todos los fines de la tierra, hayais querido venir á un lugar de tan extraña bajeza? ¿Otra vez, Señor mio, quereis descender al infierno? ¿Otra vez quereis ser entregado en manos de pecadores? ¿Otra vez quereis nacer en un establo de bestias? Bien parece, Dios mio, que el mismo corazon que teniais entonces teneis ahora; pues lo que hicisteis una vez por los pecadores, eso haceis cada dia por ellos.

Y si de otra manera alguna me visitarais, todavía fuera esta grande misericordia: mas que vos, Señor, hayais querido no solo visitarme, sino entrar en mí y morar en mí y transformarme en vos y hacerme una cosa con vos por una union tan admirable, que vino á ser comparada, como vos la comparasteis, con aquella altísima union que vos teneis con vuestro soberano Padre, ¿qué cosa mas admirable? Maravíllase el rey David de que vos, Señor, quisieseis acorda-

ros del hombre y poner en él vuestro corazon. ¿Pues cuánto mayor maravilla es que Dios quiera no solo acordarse del hombre, sino hacerse hombre por el hombre? ¿y morar con el hombre? ¿y morir por el hombre? ¿y darse en mantenimiento al hombre? ¿y hacerse una misma cosa con el hombre? Maravíllase el rey Salomon que quisiese Dios morar en aquel templo que en tantos años habia edificado. ¿Pues cuánto mayor maravilla es que ese mismo Señor de los cielos por otra mas excelente manera quiera morar en una tan pobre ánima que apenas trabajó un dia en aparejarle la posada? Maravíllase toda la naturaleza criada de ver á Dios hecho hombre, de verlo bajar del cielo á la tierra y andar nueve meses encerrado en las entrañas de una doncella: y es razon que se maraville, pues esta fue tan grande maravilla. Mas aquellas entrañas virginales estaban llenas del Espíritu Santo: estaban mas limpias que las estrellas del cielo, y así apareja-

ron morada digna para Dios. Mas que este mismo Señor quiera morar en las mias que son mas impuras que el cieno, mas oscuras que la noche, ¿cómo noserá esta grande maravilla? ¡O! bendigan os, Señor, los ángeles por tan alta gracia y por tan gran misericordia. Bien parece que sois sumamente bueno; pues sois sumamente comunicativo de vos mismo, pues tal y tan admirable medio buscasteis para hacernos buenos.

¿Pues qué será si con todo esto se junta el beneficio que en nosotros obra y significa este divino Sacramento? ¡O cuán alegres nuevas me da de vos, Señor, este venerable misterio! Tráeme firmado de vuestro nombre, que sois mi padre, y no solamente padre, sino tambien esposo dulcísimo de mi ánima. Porque oigo decir que el efecto principal de este Sacramento es mantener y deleitar las ánimas con espirituales deleites y hacerlas una cosa con vos. Pues si esto es así, y por las obras se ha de juzgar el corazon;

¿de cuál corazon salió tal obra como esa? Porque regalo no suele ser de señor á siervo, sino de padre á hijo, y á un hijo chiquito y tiernamente amado. Porque á tal padre pertenece no solo proveér á su hijo de lo necesario para la vida, sino tambien de cosas que sirvan para su recreacion. Pues tal efecto de amor como este quedaba, Señor, por descubrir al mundo; y este se guardaba para el tiempo de vuestra venida y para la buena nueva del evangelio. De suerte que en la otra manera de sacramentos y beneficios me dais á entender que sois mi rey y mi salvador y mi pastor y mi médico: mas en este, donde por una tan alta manera os quisisteis ayuntar con mi ánima y regalarla con tan maravillosos deleites, claramente dais á entender que sois esposo de mi ánima, que sois mi padre, padre que tiernamente ama á su hijo. Esto me da á entender el efecto de este sacramento: estas nuevas me da de vos. No hay doblez, Señor, en vuestras obras: lo que

muestran por defuera, eso mismo tienen de dentro. Pues por este efecto conozco la causa: por esta obra juzgo vuestro corazon: de este tratamiento y regalo que me haceis, tomo informacion para conocer el corazon que para conmigo teneis. Porque si aquel maná que tenia en sí todo género de sabor y suavidad declaraba la suavidad y dulzura de vuestro corazon para con vuestros hijos, ¿cuánto con mayor razon se dirá lo mismo de este divinísimo maná, pues tiene tanto mayor suavidad? ¡O manjar del cielo, pan de vida, fuente de deleites, venéro de virtudes, muerte de vicios, fuego de amor, medicina de salud, refeccion de las ánimas, salud de los espíritus, convite real de Dios y gusto de la felicidad eterna! ¿Pues qué diré, Dios mio? ¿Qué gracias os daré? ¿Con qué amor os amaré por este tan grande beneficio? Si vos, siendo el que sois, así amais á mí vilísimo y miserable gusano, ¿cómo no amaré yo á vos, esposo altísimo y nobilísimo de

mi ánima? Ámeos yo pues, Señor: codíceos yo: cómaos yo y bébaos yo. ¡O dulcedumbre de amor! ¡O amor de inestimable dulcedumbre! Cómaos mi ánima, y del licor suavísimo de vuestra dulcedumbre sean llenas mis entrañas. ¡O caridad, Dios mio! ¡Miel dulce, leche muy suave, manjar deleitable y manjar de grandes! Hacedme crecer en vos para que pueda yo gozar dignamente de vos. Hijos de Adan linaje de hombres ciego y engañado, ¿qué haceis? ¿en qué andais? ¿qué buscais? Si amor buscais, este es el mas noble y mas dulce que hay. Si deleites buscais, estos son los mas suaves, mas fuertes y mas castos que pueden ser. Si riquezas buscais, aquí está el tesoro del cielo y el precio del mundo y piélago de todos los bienes. Si honra quereis, aquí está toda la majestad de Dios que os viene á honrar.

Admitido pues yo ya á esta compañía, asentado á esta mesa, recibido en estos brazos, regalado con ta-

les deleites, obligado con tantos beneficios y sobre todo preso con tan fuertes lazos de amor, desde aquí, Señor, renuncio todos los otros amores por este amor. Ya no haya mas mundo para mí. Ya no mas pompa del siglo para mí. Vayan, vayan fuera de mí todos estos falsos y lisonjeros bienes, que solo este es verdadero y sumo bien. El que come pan de ángeles no es razon que se cebe de deleites de bestias: el que ha recibido á Dios en su morada no es razon que admita en ella cosa vana. Si una mujer de baja suerte viniese á casar con un rey, luego despreciaria el sayal y todas las bajezas pasadas, y en todo se trataria como mujer de quien es. Pues si á esta dignidad ha llegado mi ánima por medio de este sacramento, ¿cómo se abajará ya á la vileza del traje viejo de las costumbres pasadas? ¿Cómo abrirá la puerta de su corazon á pensamientos de mundo quien dentro de sí recibió al Señor del mundo? ¿Cómo dará lugar en su ánima á cosa pro-

fana, habiendo ya sido consagrada y santificada con la presencia divina? No consintió Salomon que la hija del rey Faraon su mujer morase en su casa, por haber estado en ella un poco de tiempo el arca del testamento, aunque ya no estaba. Pues si este tan sabio rey no quiso que su propia mujer, y mujer tan principal, pusiese los pies en el lugar donde habia estado el arca de Dios, por ser de linaje de gentiles, ¿cómo consentiré yo que cosa gentil y profana entre en el corazon, donde estuvo el mismo Dios? ¿Cómo recibirá pensamientos y deseos de gentiles el pecho donde Dios moró? ¿Cómo hablará palabras torpes y vanas la lengua por donde Dios pasó? Si por haber ofrecido el mismo rey Salomon sacrificio en el portal del templo, dejó aquel lugar santificado para que no pudiese ya servir de cosa profana, ¿cuánto mas razon será que lo sea mi ánima, pues dentro de ella se recibió aquel á quien todos los sacrificios y sacramentos de la ley significaban? Y

pues tan honrado me dejais, Señor, con esta visitacion, dadme gracia para que pueda yo cumplir con esta honra que vos me disteis. Nunca jamas disteis á nadie honra, sin darle gracia para mantenerla: y pues aquí me habeis honrado tanto con vuestra presencia, santificadme con vuestra virtud, para que así pueda yo cumplir con este cargo. Así lo hicisteis siempre en todos los lugares en que entrasteis. Entrasteis en las entrañas virginales de vuestra sacratísima Madre; y así como la levantasteis á inestimable gloria, así le disteis inestimable gracia para mantenerla. Entrasteis, estando aún en esas mismas entrañas encerrado, en casa de santa Isabel, y allí con vuestra presencia santificasteis y alegrasteis su hijo, y enchisteis su madre del Espíritu Santo. Entrasteis en el mundo á conversar con los hombres; y así como los ennoblecisteis con vuestra venida, así los reparasteis y santificasteis con vuestra gracia. Entrasteis despues en el infierno,

y del mismo infierno hicisteis paraiso beatificando con vuestra presencia á los que honrasteis con vuestra visitacion. Y no solo vos, Señor, mas el arca del testamento, que no era mas que sombra de este misterio, entró en casa de Obededon, y luego echasteis vuestra bendicion sobre ella y sobre todas sus cosas, pagando con tan rica mano la hospedería que allí se os hacía. Y pues habeis querido, Señor, tambien entrar en esta pobre morada y ser hospedado en ella, comenzad ya á bendecir á la casa de vuestro siervo, y á darme con que yo pueda responder á esta honra haciéndome digna morada vuestra. Quisisteis que yo fuera como aquel santo sepulcro en que vuestro sagrado cuerpo fue depositado: dadme las condiciones que tenia este sepulcro, para que pueda yo ser aquello para que vos me elegisteis. Dadme aquella firmeza de piedra y aquel sudario de humildad y aquella mirra de mortificacion con que muera á todos mis apetitos y propias vo-

luntades, y viva á vos. Quisisteis que yo fuese como una arca del testamento en que vos moraseis: dadme gracia para que así como en aquella arca no habia otra cosa mas principal que las tablas de la ley, así dentro de mi corazon no haya otro pensamiento ni deseo sino de vuestra santísima ley. Quisisteis darme á entender en este sacramento que erais mi padre; pues así me tratabais como á hijo, é hijo tiernamente amado: dadme gracia para que pueda yo responder á este beneficio amándoos no solo con amor fuerte sino con amor tan tierno, que todas mis entrañas se derritan en vuestro amor, y la memoria sola de vuestro dulce nombre baste para enternecer y derretir mi corazon. Dadme tambien para con vos espíritu y corazon de hijo, que es espíritu de obediencia y de reverencia y de amor y de confianza: para que en todos mis trabajos acuda luego á vos con tanta seguridad y esperanza, como acude el hijo fiel á un padre que

mucho ama. Quisisteis sobre todo esto descubrir á mi ánima en este sacramento amor de esposo á esposa y tratarme como á tal: dadme pues ese mismo corazon para con vos, para que así os ame yo con amor fiel, con amor casto, con amor entrañable y con amor tan fuerte que ninguna cosa me pueda apartar de vos. Esposo castísimo de las ánimas, extended esos dulces y amorosos brazos, y abrazad mi ánima de tal manera con vos, que ni en vida ni en muerte se aparte jamas de vos. Para esta union ordenasteis este sacramento, porque sabiais cuanto mejor estaba la criatura en vos, que en sí: pues en vos estaba como en Dios, y en sí estaba como en una flaca criatura. La gota de agua que está por sí al primer aire se seca; mas echada en la mar y ayuntada con su principio permanece para siempre. Sacadme pues, Señor, de mí y recibidme en vos: porque en vos vivo, y en mí muero: en vos permanezco, y en mí desfallezco: en vos soy esta-

ble, en mí transitorio y corruptible. No os vais, ó buen Jesus, no os vais. Quedaos, Señor, con nosotros, porque viene la tarde y se cierra ya el dia.

Y pues me ha cabido tan dichosa suerte como es teneros hoy en mi casa, donde tanta oportunidad tengo para negociar con vos á solas mis negocios, no será razon perder esta buena coyuntura. No os soltaré, Señor mio, de los brazos: con vos lucharé toda la noche hasta que me deis vuestra bendicion. Mudadme, Señor, el hombre viejo, y dadme otro nuevo, que es otro nuevo ser y otra nueva manera de vivir. Encojadme el un pie, y dejadme el otro sano, para que desfallezca en mí el amor del mundo, y quede sano y entero vuestro amor: porque desterrados ya y muertos todos los otros amores y deseos mundanos, á vos, Señor, ame, á vos solo desée, en vos solo piense, con vos solo more, á vos solo viva, en vos estén todos mis cuidados y pensamientos, á vos acuda con todos mis trabajos y

de vos reciba todos los socorros. Que vivis y reinais en los siglos de los siglos. Amen.

MEDITACION

para ejercitarse antes de la sagrada Comunion.

¿Quién sois vos, Señor mio, y quién soy yo, para que me ose llegar á vos? ¿Qué cosa es el hombre para que pueda recibir en sí á Dios, su hacedor? ¿Qué es de sí el hombre sino un vaso de corrupcion, hijo del demonio, heredero del infierno, obrador de pecados, menospreciador de Dios, y una criatura inhábil para todo lo bueno y poderosa para todo lo malo? ¿Qué es el hombre sino un animal en todo miserable, en sus consejos ciego, en sus obras vano, en sus apetitos sucio, en sus deseos desvariado, y finalmente en todas las cosas pequeño y en sola su estima grande? ¿Pues cómo una tan vil y sucia criatura se osará lle-

gar á un Dios de tan grande majestad? Las estrellas no están limpias ante vuestro acatamiento: las columnas del cielo tiemblan delante de vos: los mas altos de los serafines encogen las alas y se tienen por unos viles gusanillos en vuestra presencia: ¿pues cómo os osará recibir dentro de sí una tan vil y baja criatura? El santo Bautista desde las entrañas de su madre santificado no osa tocar vuestra cabeza ni se halla digno de desatar la corréa de vuestro zapato: el príncipe de los apóstoles da voces, y dice: *Apartaos de mí, Señor, que soy hombre pecador*; ¿y osaré yo llegarme á vos tan cargado de pecados? Si aquellos panes que estaban sobre la mesa del templo, que no eran mas que una sombra de este misterio, no podia comer sino quien estuviese limpio y santificado, ¿cómo me atreveré yo á comer del pan de los ángeles, estando tan pobre de santidad? Aquel cordero pascual, que no era mas que figura de este sacramento, mandaba Dios que se

comiese con pan cenceño y con lechugas amargas, calzados de zapatos y ceñidas las renes: ¿pues cómo osaré yo llegarme al verdadero cordero pascual sin tener nada de este aparejo? ¿Qué es de la pureza del pan cenceño sin levadura de malicia? ¿Qué es de las lechugas amargas de la verdadera contricion? ¿Dónde está la pureza de las renes y la limpieza de los pies, que son los buenos deséos? Temo y mucho temo cómo seré recibido en esta mesa, si me falta este aparejo. De esta mesa fue desechado aquel que no se halló con ropa de bodas, que es la caridad, y atado de pies y manos fue mandado echar en las tinieblas exteriores. ¿Pues qué otra cosa espero yo, si de esta manera me hallare en este convite? ¡O divinos ojos, á los cuales están abiertos y desnudos todos los rincones de nuestras ánimas! ¿qué será de la mia, si ante ellos pareciere sin esta vestidura? Tocar el arca del testamento cuando se queria caer fue cosa tan grave, que el sacerdote que la

tocó fue luego castigado con arrebatada muerte: ¿pues cómo no temeré yo el mismo castigo, si recibiere indignamente al que por aquella arca era figurado? No hicieron los bethsamitas mas que mirar curiosamente esta misma arca cuando pasaba por sus tierras, y por solo este atrevimiento dice la Escritura que mató Dios cincuenta mil hombres del pueblo. Pues ¡ó misericordioso y terrible Dios! ¿cuánto mayor cosa es vuestro sacramento que aquel arca? ¿y cuánto mayor cosa es recibiros que miraros? ¿Pues cómo no temblaré yo cuando me llegare á recibir un Dios de tan grande majestad y justicia?

Y si tanta razon tengo para temer considerando vuestra grandeza, ¿cuánto mas debo temer considerando mis pecados y mi malicia? Tiempo hubo (y plega á vuestra misericordia no lo sea tambien ahora) cuando la cosa mas olvidada y menos amada de mi corazon érades vos, hermosura infinita; y cuando el polvo de las cria-

turas tenia yo en mas que el tesoro de vuestra gracia y la esperanza de vuestra gloria. La ley de mi vida eran mis deséos: la obediencia tenia dada á mis apetitos, y no tenia mas cuenta con vos, que si nunca os conociera. Yo soy aquel necio que dijo en su corazon: no hay Dios: porque de tal manera viví un tiempo, como si creyera que no le habia. Nunca por vuestro amor trabajé, nunca por vuestra justicia temí, nunca por vuestras leyes me aparté de lo malo, nunca por vuestros beneficios os dí las gracias que debia, nunca por saber que vos estabais en todo lugar presente dejé de pecar delante de vos: todo lo que mis ojos desearon les concedí, y no fuí á la mano á mi corazon para estorbarle alguno de sus deleites. ¿Qué género de maldades hay por donde no haya pasado mi malicia? ¿Qué otra cosa fue mi vida sino una contradiccion y guerra contra vos, y una renovacion de todos los martirios que pasasteis por mí? ¿Qué hice las otras veces que co-

mulgué y acabando de comulgar os ofendí, sino escarneceros con los soldados que por una parte hincadas las rodillas os adoraban, y por otra con la caña os herian? Pues, ¡ó salvador y juez mio! ¿cómo os osaré recibir en una tan vil y sucia morada? ¿Cómo depositaré vuestro sagrado cuerpo en la cama de los dragones y en el nido de las serpientes? ¿Qué cosa es el ánima llena de pecados, sino una casa de demonios, un establo de bestias, un cenagal de puercos y un muladar de todas las inmundicias? ¿Pues cómo estaréis vos, pureza virginal y fuente de hermosura, en lugar tan abominable? ¿Qué tiene que ver la luz con las tinieblas? ¿y la compañía de Dios con la de belial? ¡O flor del campo y azucena de los valles! ¿cómo quereis vos ahora ser hecho manjar de bestias? ¿Cómo se ha de dar ese divino manjar á los perros y esa tan preciosa margarita á los puercos? ¡O amador de las ánimas limpias, que os apacentais entre los lirios mientras dura el dia

y se inclinan las sombras! ¿qué pasto os podré yo dar en este corazon, donde no nacen estas flores sino zarzas y espinas? Vuestro lecho es de madera de Líbano, las columnas tiene de plata, el reclinatorio de oro y la subida de púrpura. No hay en esta casa ninguno de estos colores: ¿pues qué silla os daré cuando entrareis en ella? Vuestro sagrado cuerpo fue envuelto en una sábana limpia y sepultado en un sepulcro nuevo, donde nadie habia sido sepultado: ¿pues qué parte hay en mi ánima que sea limpia y nueva, donde os pueda yo sepultar? ¿Qué ha sido mi boca sino sepultura abierta por donde salia el hedor y corrupcion de mis pecados? ¿qué mi corazon sino fuente de malos deséos? ¿qué mi voluntad sino casa y cama del enemigo? ¿Pues cómo osaré yo llegarme con estos labios sucios y con este aparejo á recibiros y á daros paz? ¡O redentor mio! confúndome de verme tal. Avergüénzome de ver cuál voy á los brazos del esposo del cielo que de nue-

vo me quiere recibir. Conozco, Señor Dios mio, mi indignidad, y conozco vuestra gran misericordia. Esta es la que me da atrevimiento para llegarme á vos tal cual estoy. Porque mientras mas indigno fuere yo, mas glorificado quedais vos en no desechar y tener asco de tan sucia criatura. No desechais, Señor, los pecadores; antes los llamais y atraeis á vos. Vos sois el que dijisteis: *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio.* Vos dijisteis: *No tienen necesidad los sanos del médico sino los enfermos*; y, *no vine á buscar á los justos sino á los pecadores.* De vos públicamente se decia que recibiais los pecadores y comiais con ellos. No habeis mudado, Señor, la condicion que teniais entonces; y por eso creo que ahora tambien llamais desde el cielo á los que entonces llamabais en la tierra. Pues yo movido por este piadoso llamamiento vengo á vos cargado de pecados para que me descargueis, y trabajado con mis propias miserias

y tentaciones para que me deis refrigerio. Vengo como enfermo al médico para que me sane, y como pecador al justo fuente de la justicia, para que me justifique. Dicen que recibís los pecadores y comeis con ellos, y que vuestro manjar es la conversacion de los tales. Si tanto os deleita ese convite, veis aquí un pecador con quien podeis comer de ese manjar. Bien creo, Señor, que os deleitaron mas las lágrimas de aquella pública pecadora, que el convite soberbio del fariseo; pues no menospreciasteis sus lágrimas, ni la desechasteis por pecadora; sino antes la recibisteis y la perdonasteis y la defendisteis, y por unas pocas de lágrimas la perdonasteis muchos pecados. Aquí se os pone, Señor, otra nueva ocasion de mayor gloria, que es un pecador con mas pecados y menos lágrimas. No fue aquella la última de vuestras misericordias ni la primera: otras muchas tales teniais hechas y otras muchas os quedan por hacer. Entre ahora esta en la cuenta de ellas,

y perdonad á quien mas os ha ofendido y menos llora porque os ofendió. No tiene tantas lágrimas que basten para lavar vuestros pies; mas vos teneis derramada tanta sangre, que basta para lavar todos los pecados del mundo. No os indigneis, Dios mio, porque estando tal, cual me veis, me oso llegar á vos. Acordáos que no os indignasteis cuando aquella pobre mujer que padecia flujo de sangre se llegó á recibir el remedio de su enfermedad tocando el hilo de vuestra vestidura; ántes la consolasteis y esforzasteis diciendo: *Confia, hija, que tu fe te hizo salva.* Pues como yo padezca otro flujo de sangre mas peligroso y mas incurable que este, ¿qué puedo hacer sino llegarme á vos para recibir el beneficio de mi salud? No habeis mudado, Señor mio, la condicion ni el oficio que teniais en la tierra aunque os subisteis al cielo. Porque si así fuera, otro evangelio hubiéramos menester que nos declarara la condicion que teneis allá, si fuera diferente de

la de acá. Leo pues en vuestros evangelios que todos los enfermos y miserables se llegaban á tocaros, porque de vos salia virtud que sanaba á todos. A vos se llegaban los leprosos, y vos extendiais vuestra bendita mano y los alimpiabais. A vos venian los ciegos, á vos los sordos y á vos los paralíticos, á vos los mismos endemoniados, á vos finalmente acudian todos los monstruos del mundo y á ninguno de ellos os negasteis. En vos solo está la salud, en vos la vida, en vos el remedio de todos los males. Tan piadoso sois para querer dar salud, cuan poderoso para darla. ¿Pues adónde irémos los necesitados sino á vos?

Conozco, Señor, verdaderamente que este divino sacramento no es solo manjar de sanos, sino tambien medicina de enfermos: no solo es fortaleza de vivos, sino resurreccion de muertos: no solo enamora y deleita los justos, sino tambien sana y purifica los pecadores. Cada uno se llegue segun pudiere, y tome de ahí la parte

que le pertenece. Lléguense los justos á comer y gozar en esta mesa, y suene la voz de confesion y alabanza en este convite: yo me llegaré como pecador y enfermo á recibir este cáliz de mi salud. Por ninguna via puedo pasar sin este misterio y por ninguna parte me puedo de él excusar. Si estuviere enfermo, aquí me curarán; y si sano, aquí me conservarán. Si estuviere vivo, aquí me esforzarán; y si muerto, aquí me resucitarán. Si ardiere en el amor divino, aquí me abrasarán; y si estuviere tibio, aquí me calentarán. No desmayaré por verme ciego, porque el Señor alumbra los ciegos; no por verme caido, porque el Señor levanta á los caidos. No huiré de él, como hizo Adan por verse desnudo, porque él es poderoso para cubrir mi desnudez: no por verme sucio y lleno de pecados, porque él es fuente de misericordia: no por verme con tanta pobreza, porque él es Señor de todo lo criado. No pienso que le hago en esto injuria; ántes le doy

ocasion, mientras mas miserable fuere, para que resplandezca mas su misericordia en mi remedio. Las tinieblas del ciego desde su nacimiento sirvieron para que resplandeciese mas en él la gloria de Dios, y la bajeza de mi condicion servirá para que se vea cuán bueno es aquel, que siendo tan alto no desdeña cosas tan bajas. Especialmente que no se tiene aquí respeto á mí, sino á los méritos de mi Señor Jesucristo, por los cuales el Eterno Padre ha por bien de tomarme por hijo y tratarme como á tal. Pues por esto os suplico, clementísimo Padre, nuestro salvador, que pues el santo rey David asentaba á su mesa un hombre tullido y lisiado, porque era hijo de aquel grande y muy preciado amigo suyo Jonatás (queriendo en esto honrar al hijo, no por sí sino por los méritos de su padre) así vos, Eterno Padre, tengais por bien asentar á este pobre y disforme pecador á vuestra sagrada mesa, no por sí sino por los merecimientos de aquel tan

grande amigo vuestro Jesucristo nuestro segundo Adan y verdadero Padre. El cual con vos vive y reina en los siglos de los siglos. Amen.

EL HOMBRE PUEDE SER FELIZ EN LAS DIVERSAS SITUACIONES DE LA VIDA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De la felicidad en la adversidad.

Cuanto mas acostumbrado está el hombre á recibir los favores de la fortuna, tanto mas difícil le es tolerar sus reveses fatales. En la adversidad siempre se queja de tres cosas que le son igualmente sensibles: la primera es la de verse privado de los bienes que habia adquirido con tantas fatigas y conservado con tantos desvelos: la segunda la de que la pérdida de estos bienes le quita el goce de los placeres: y la tercera la de verse desposeido repentinamente de los honores á que le habia elevado la fortuna.

En punto á la pérdida de los bienes digo que el hombre sabio jamas debe tener sentimiento alguno que sea opuesto á la razon ó á la naturaleza; porque toda fatalidad que le suceda en cosas que no dependan de su mano, no puede llamarse un mal realmente: corrija su opinion, y se consolará bien pronto hallando toda su felicidad dentro de sí mismo.

Las riquezas poséen mucho mas al hombre, que el hombre á las riquezas. Aun cuando tuviese á su disposicion todas las minas de oro, nunca sería por esto mas feliz, porque siempre tendria que dejarlas con la vida. Esta es la razon porque, antes que la necesidad le obligue, debe desprenderse de ellas voluntariamente. No quiero decir que aquel, á quien la Providencia haya dado riquezas, no haya de disfrutar las ventajas que puedan ofrecerle: le prohibo solo que sienta tan amargamente su pérdida, cuando por algun accidente imprevisto se le escapen de las manos. Con-

siento desde luego en que ocupen su casa si le pertenecen legítimamente; pero no su corazon, porque no es verdaderamente feliz aquel á quien causan envidia las riquezas: así pues no debe esperar á que se las arrebate la muerte ni otro accidente cualquiera, sino que debe, por decirlo de esta suerte, ocultarlas á sí mismo.

El que se vea perseguido por una suerte adversa no debe mirar el esplendor de los que sean favorecidos de la fortuna, sino la miseria de los que se hallen en mayor desgracia que la suya: debe preferir las delicias del alma á los placeres sensuales del cuerpo, y convertir la pobreza en riquezas contentándose con una vida frugal; porque para aplacar el hambre no se necesita comer en una mesa de treinta cubiertos. ¿No se puede apagar la sed por ventura sino bebiendo en una copa guarnecida de diamantes? ¿Es acaso indispensable que las casas sean construidas de mármol para habitarlas? ¿Hay necesidad de que

un vestido esté bordado de oro para defendernos de las injurias del tiempo?

Es mucho mas ventajoso buscar las riquezas de la virtud, de que no pueden privarnos las desgracias ni la muerte misma. ¿Por qué quejarse de la pobreza teniendo en nuestro corazon el reino de Dios? El sumo bien existe en aquel que embebe en sí los demas bienes, y para despreciar los de la fortuna es preciso pensar con frecuencia en la muerte.

El hombre que ama con pasion los placeres, queda inconsolable apenas la adversidad los separa de su casa. ¡Oh insensato! ¿Tú que á cada paso te compadeces de los jóvenes, porque se desviven por este veneno agradable que tienen por el verdadero bien, te quieres parecer á ellos? ¿No es ya tiempo de que reconozcas que, por entregarte todo á tus deséos impuros, has abandonado las cosas mas preciosas? Vuelve en tí mismo, y si tienes una sed tan grande de placeres, considera que Dios te los tiene preparados en el

cielo que durarán eternidades. ¿Quisieras privarte por un gusto momentáneo de una felicidad tan sin límites? ¿Dónde está tu corazon? Mira al cielo y considera la bienaventuranza de sus habitantes. Cuando estos vivian en la tierra humedecian el pan que comian con sus lágrimas, sufrian con paciencia su pobreza, dormian á la intemperie, pasaban la noche toda en oracion, se privaban de todas las diversiones y se abrian el camino del cielo sufriendo la llama y el cuchillo de los tiranos y de los verdugos. Mira al infierno, y verás la multitud desesperada de los condenados sepultados en estos abismos para siempre, que habiendo abrazado los vanos placeres reconocen ahora el error que cometieron: contempla con terror estos objetos horribles y forma tu felicidad de su desgracia.

No se debe sentir mas la pérdida de los honores que la de las riquezas y los placeres. El título mismo de emperador no es nada en comparacion

de la cualidad de hijo de Dios. Remóntate á tu orígen, cristiano, y sabe conservar las ventajas de tu nobleza, mirando con desprecio las vanidades de la tierra. Si la miseria que está aneja á la dignidad de los monarcas, fuese bien conocida de los hombres, no combatirian con tanto ardor por la gloria de reinar y habria mas coronas que reyes. ¿De qué te servirán para tu salud los honores quiméricos de la tierra, cuando hayas de comparecer en el tribunal de la justicia de Dios? Piensa en vivir santamente para que puedas lograr los efectos de su misericordia, porque el que es humillado entre los hombres será ensalzado entre los ángeles.

CAPÍTULO II.

De la felicidad en la opresion.

La paciencia es la virtud que nos es mas necesaria, pues que de ella necesitamos usar con mas frecuencia.

Melior est vir patiens viro forti, Eccl. Ella es la que nos enseña á sufrir con firmeza y superioridad de espíritu la pérdida de nuestros bienes, la persecucion, las enfermedades y todas las demas desgracias.

La vida del hombre es una guerra perpetua, porque no pasa dia ninguno sin que tenga que sostener algun combate: si se ve libre de enemigos por de fuera, tiene por dentro las pasiones que le tiranizan. Nuestra vida principia siempre con lágrimas: *suspiramus gementes et flentes in hac lacrymarum valle.* Se han visto muchos hombres, que no se han reido nunca, pero no se ha visto todavía ninguno que no haya llorado alguna vez. Para aumentar nuestro valor contra el poder de nuestro enemigo, debemos llamar á Dios en nuestro socorro, y de esta suerte no nos será difícil conseguir la victoria, si quiere abrazar nuestra defensa: *Quia tu es, Deus, fortitudo mea.* Todo el poder de los hombres reunido tiene menos fuerza con-

tra Dios, que una caña tierna contra la impetuosidad de los vientos. La muerte misma no tiene nada de horrible para el que está en su gracia, respecto á que para los justos no es sino un tránsito para la bienaventuranza eterna: y si es verdad que el hombre justo habla á Dios con esta confianza, yo no temeré nada, Señor, aun cuando camine entre las sombras de la muerte, en cuanto vos estéis conmigo; él teme mucho menos á los demonios llevando en su seno aquel en cuya presencia tiemblan; pues que la sagrada Escritura nos dice en muchos lugares que el corazon del justo es el templo del Señor.

Desgraciado aquel que jamas haya experimentado las adversidades de la fortuna; porque los médicos mismos dicen que no hay cosa tan peligrosa como el haber gozado una salud muy robusta, y aun los marineros desconfian tambien mucho de una grande calma. Si nuestros enemigos nos persiguen, es preciso combatirlos con las

armas de la paciencia y del desprecio; porque no hay victoria sin combate, ni triunfo sin victoria. Si ha sido necesario que el Salvador del mundo haya sufrido para que entremos en el reino de su gloria, ¿podrémos nosotros pretender tener parte en este reino, si no procuramos imitarle en sus penas y sufrimientos? La virtud consiste en hacer el bien y en sufrir con paciencia el mal: las señales pues de la virtud son la resignacion con la voluntad de Dios, la paciencia en la opresion y la caridad con nuestros enemigos. El sabio sufre lo que no puede evitar que le suceda, y si alguno ataca á su honor ó á su fortuna, le perdona á imitacion del Padre eterno, que hace lucir al sol lo mismo para los justos que para los pecadores. Nunca se admira de que un pérfido ejecute acciones malas, porque sabe muy bien que donde hay hombres es preciso que haya malos, y que Dios se sirve muchas veces de la malicia y perversidad de estos para experimentar la virtud de los buenos.

Cuando un cristiano se vea perseguido, no debe pensar en el mal que sufre, sino en el que él haya causado á otros; y si quiere hacer justicia imparcialmente, reconocerá que sus faltas merecen un castigo todavía mas riguroso. Cuando Dios castiga al pecador, lo hace solo para corregirle; porque cuando suspende el castigarle, es señal de que lo reserva para hacerle sufrir mayores males. ¿Cómo puede conocer su virtud el que se deja abatir en la opresion? El cristiano que con tanta frecuencia consuela en la afliccion á sus amigos ¿se rehusará á sí mismo los remedios con que procura aliviar á los demas? Si nos manifestamos tan reconocidos al cirujano que cauteriza nuestra llaga por salvarnos la vida, si le pagamos con tanta generosidad sus visitas, ¿no debemos dar gracias á Dios y creernos bienaventurados cuando nos hace una herida para curarnos? ¿No es un error el creer un mal lo que realmente es un remedio? La perseverancia es

la perfeccion de todas las virtudes. Se prometen laureles á los que entran en la carrera; pero solo se conceden á los victoriosos. Perdonemos generosamente á nuestros enemigos, abandonemos al Señor la venganza, y escuchemos para suavizar nuestras penas lo que dice la sagrada Escritura á los que lloran oprimidos con el peso de sus aflicciones: *bienaventurados los que sufren con paciencia las persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Vosotros sois felices cuando los hombres os aborrecen, os persiguen y os calumnian por mi causa.*

Complacéos en ser perseguidos, porque es muy grande la recompensa que os está preparada en el cielo.

CAPÍTULO III.

De la felicidad en el cautiverio.

La libertad es una ventaja tan preciosa y natural al hombre, que desde el momento en que la pierde, de cual-

quier modo que sea, crée haber caido en el precipicio mas horrendo. Sin embargo, luego que vuelve del aturdimiento en que le dejó su caida, percibe la falsa idea que se habia formado de su mal; y acostumbrándose insensiblemente á su estado halla recursos en sí mismo, de que no se hubiera creido capaz nunca.

Se puede decir que nunca sucede una desgracia real y efectiva á una alma dotada de fortaleza; no porque su constancia la dé un carácter de insensibilidad, sino porque supera con mas facilidad que otra los males inevitables. Como sabe que todo esto proviene de la mano de Dios, bien para probar su virtud, ó bien para castigarla alguna falta; lo sufre con resignacion, y le da gracias por la suavidad con que la castiga.

El cautivo debe mirar sus cadenas como un instrumento de que Dios se quiere servir para sacarle de la esclavitud del pecado, y consolarse con el ejemplo de Jesucristo mismo, que se

vió atar las manos y conducir al suplicio mas infame á pesar de su inocencia.

La majestad misma de los reyes no ha estado exenta del cautiverio, y aun ha habido muchos que no han salido de él sino por una muerte todavía mas ignominiosa.

Esta es pues una desgracia que puede suceder á toda clase de hombres; y nadie ignora la corta distancia que hay entre la elevacion y la caida, entre la abundancia y la pobreza, la alegría y la tristeza, la vida y la muerte.

La virtud se debilita en la prosperidad, pero brilla por la paciencia en la adversidad.

Un cautivo que consagra á Dios su libertad y su vida forma un espectáculo digno de la presencia de este Ser supremo. ¿Con qué alegría ve triunfar á esta alma fuerte de sí misma y de sus aflicciones? *Spectaculum*, dice el Apóstol, *facti sumus mundo et angelis et hominibus*. 1. ad Cor.

Todos créen por lo comun digno de compasion al que está reducido al cautiverio. Sus amigos se conduelen de su suerte, y sus parientes se desesperan: ¿pero qué hace él durante este tiempo? Se estima feliz y se complace en haber hallado una ocasion de ejercitar su valor y manifestar su paciencia.

Nadie debe acobardarse en el cautiverio ni en ningun otro infortunio de la vida; porque, si desde luego hacemos una vigorosa resistencia y vencemos el primer esfuerzo de la tempestad, podemos decir que la victoria es nuestra; y despues que la hemos conseguido, advertimos que nada habia de terrible en nuestra desgracia, sino la opinion que habíamos formado de ella.

Respecto á que hay una multitud de hombres que sufren con resignacion y entereza la ignominia, la pobreza, la calumnia y otras calamidades de la vida; no podemos decir que es una cosa natural el afligirse extraor-

dinariamente en la desgracia. No hay accidente alguno que no se pueda tolerar con la constancia, ni dolor que no se calme con el auxilio de la razon: así pues es preciso procurar no hacer los males mayores que lo que son con la impaciencia; porque en tanto es el hombre desgraciado, en cuanto se imagina serlo.

Si el cautiverio pudiese minorarse por medio de un dolor continuo, yo aconsejaria á un esclavo que llorase continuamente noche y dia, que se hiriese fuertemente el pecho y se arrancase los cabellos; pero respecto á que todo esto es inútil, debe armarse de constancia y sufrir con paciencia su desgracia. El piloto que abandona su timon á la menor ráfaga de viento, ó á la impetuosidad de la primera ola, merece que se le reprenda; pero al contrario el que muere con el timon en la mano sepultado gloriosamente en las aguas es digno de que se admire su valor.

Es pues constante que, si el cau-

tivo quiere resignarse con la voluntad de Dios en todos sus trabajos, hará muy feliz su yugo y romperá sus cadenas con el esfuerzo de su amor; y libre en su mismo cautiverio alabará al Señor diciendo: *Dirupisti vincula mea, Domine, tibi sacrificabo hostiam laudis.*

CAPÍTULO IV.

De la felicidad en el destierro.

El amor que naturalmente tienen á su pais todos los hombres, les hace mirar las provincias distantes como una region desagradable, y á sus habitantes como á unos pueblos enemigos de la sociedad. Esta es la causa de que el que ha sido desterrado por haber cometido alguna accion perjudicial al honor ó interes del Estado, siente en extremo dejar su pais nativo y separarse de sus antiguos hábitos: sin embargo, esta desgracia puede repararse

Jose de Mollas Mollas y

igualmente que todas, si se la quiere aplicar remedio.

Para sacar utilidad del destierro, es preciso resolverse á hacer una abdicacion voluntaria de todas las pasiones afectuosas; y si apartado el desterrado de la compañía de los que fueron la causa ó los cómplices de su falta, quiere consagrarse únicamente á Dios; nada le impedirá que sea feliz verdaderamente. No teniendo ya á la vista estos objetos que sedujeron su inocencia, y olvidado de las cosas que le movieron á violar las leyes, recobrará fácilmente su libertad natural, y gustará las dulzuras de un verdadero reposo, oculto en su soledad y en un profundo recogimiento.

Nada es mas funesto para las costumbres que el trato y comercio con estos voluptuosos de que está el mundo lleno: jamas se sale de su compañía con unos sentimientos puros; al contrario siempre se deja corromper nuestra alma fácilmente por el mal ejemplo, y pasa de una falta lijera á

otra de mas consecuencia. Un amigo solo que veamos favorecido de la fortuna, despierta nuestra ambicion y nos inspira inmediatamente el amor á las riquezas: la vista de la avaricia entibia los sentimientos caritativos que teníamos para con nuestros semejantes: todo conspira á hacernos abandonar la senda de la virtud tendiéndonos por todas partes las redes del deleite. Si un hombre se retira por algun tiempo á su casa para vivir solo, vive sin inquietud y sin temer las borrascas ni las tempestades; pero si por casualidad algun negocio le obliga á salir de ella, al punto se acompaña con gentes abandonadas á los placeres, y se le presentan las mujeres: toma por diversion el hablarlas y sentarse con ellas á la mesa, y así se enciende la disolucion insensiblemente; de manera que, habiendo salido este hombre retirado muy inocente de su casa, vuelve á ella lleno de vicios y sin percibir su falta hasta que se encuentra en la soledad de nuevo.

Si el desterrado quiere consolarse fácilmente de verse separado del comercio de los hombres, contemple desde lo alto de su prision el estado triste de los negocios del mundo, y verá los montes inundados de ladrones, la mar cubierta de piratas, la guerra encendida entre todas las potencias de la tierra, los campos sembrados de cadáveres, los rios teñidos de sangre, el vicio triunfante de la virtud y la inocencia oprimida á la vista misma de la justicia: entonces exclamará: ¡el mundo es para mí una cárcel y la soledad un paraiso!

Nos cuentan las historias que un grande número de personajes ilustres se han desterrado voluntariamente de su patria, para ir á buscar en los desiertos los dulces consuelos de la gracia y entregarse enteramente al amor de Dios, renunciando al mundo y á todas sus vanidades, para prepararse mas fácilmente á la muerte. Si estas almas santas han obrado de esta suerte, ¿qué debe hacer un delincuente

que se ha atraido á sí mismo la pena del destierro por sus delitos? No debe mirarla como un mal, sino como un remedio de que se ha querido valer la Providencia, para curarle sus inclinaciones criminales, y hacerle entrar en el seno de su verdadera patria que es el reino de los cielos.

CAPÍTULO V.

De la felicidad en las enfermedades.

La adhesion que tiene el hombre naturalmente á la vida, es causa de que luego que se ve atacado del menor acceso de fiebre, comience á temer la muerte. Si su enfermedad es peligrosa, se aumentan sus inquietudes proporcionalmente: si llega á estar enteramente desahuciado, la incertidumbre de su suerte, la pérdida de la vida, de los honores y de los placeres ponen á su alma inconsolable. *Circumdederunt me dolores mortis, et pericula inferni in-*

venerunt me. Es difícil persuadirse que un hombre acometido de una enfermedad mortal, cercado de una multitud de médicos, asustado con sus pronósticos, aturdido con los lamentos de una familia afligida, enternecido con la vista de estos objetos tan amables que se ve precisado á dejar para siempre, no es fácil persuadirse, digo, que un hombre en un estado tan lastimoso pueda ser perfectamente feliz; pero para comprender cómo puede verificarse esto, es preciso distinguir el alma del cuerpo. Este á la verdad puede estar oprimido con los dolores crueles de una enfermedad aguda; pero en estas aflicciones es en donde mas se manifiesta la alegría del alma; porque aunque está todavía unida á esta carne mortal, como es de una naturaleza mas fuerte, sabe en algun modo trasformarla en sí misma, con especialidad si la gracia ayuda sus esfuerzos. Esta es la causa de que veamos á los hombres verdaderamente piadosos recibir la muerte con mas

alegría, que la que otros manifiestan en un festin suntuoso.

Dios ha hecho la muerte espantosa á los hombres, para que no se quiten á sí mismos la vida á cada momento; porque si á pesar de esto vemos con tanta frecuencia desgraciados que se privan voluntariamente de la vida, ¿qué sería, si la muerte no tuviese un semblante tan horrible? Siempre que un esclavo fuese castigado por su amo, ó un hijo por su padre, siempre que una mujer se viese maltratada por su marido, ó un hombre hubiese perdido sus bienes; los veríamos á todos correr en busca de una cuerda, de un puñal ó de un veneno para matarse; pero el horror de la muerte nos hace la vida tanto mas amable, cuanto los médicos no tienen remedio para evitar sus golpes.

Contra vim mortis non est medicamen in hortis.

Para temer ménos la muerte, necesita un cristiano estar siempre pre-

parado á recibirla, purificando con frecuencia su conciencia del pecado que es toda la causa del miedo; porque no es tiempo ya de aprender á morir, cuando hay precision de cesar de vivir. Si conserva su alma en este estado de pureza y de inocencia, léjos de parecerle la muerte tan horrible, la mirará solo como un paso para la eternidad, aunque nos parece inexorable: lo cierto es que consuela á los justos del mismo modo que espanta á los pecadores. Así pues es preciso considerarla como nuestra libertadora, que sacando á nuestras almas de las prisiones de la carne, las hace gozar de un bien que no pueden poseer ni aun comprender mientras que permanezcan cautivas en ella. Se han visto entre los antiguos hombres excelentes, que han deseado mas la muerte que la vida. Desde Jesucristo ¿cuántos mártires han cantado alabanzas al Señor entre los brazos de la muerte? Su recuerdo es tan saludable y propio para preservar nuestras almas del vi-

cio, como la sal para preservar nuestros cuerpos de la corrupcion en el sepulcro. *Optima philosophia mortis meditatio.* Dios ha querido que la hora de la muerte haya sido incierta, para que cada uno estuviese preparado y dispuesto á salir de este mundo, cuando le llegase su hora: es decir, cuando estuviese en estado de comparecer en el tribunal de su justicia, para darle cuenta exacta de todas sus acciones.

Velad, porque no sabeis el dia ni la hora en que llegará el dueño de la casa: no sabeis si vendrá al anochecer, á la media noche ó cuando cante el gallo; guardáos de que os encuentre dormidos cuando venga repentinamente á sorprenderos.

Esta es la razon por que san Agustin exhorta al pecador á que haga inmediatamente penitencia y á que no diga: *mañana principiaré á vivir bien.* Dios os ha prometido, dice, perdonaros; pero nadie os ha asegurado que viviréis mañana: así si habeis vivido mal, principiad á vivir bien desde hoy.

¡Insensato! esta noche se os va á quitar la vida: no pregunto qué será de los bienes que teneis; pero sí ¿qué será de vos mismo, segun la vida que habeis tenido?

En otra parte dice para consolar al cristiano: el que se vea acometido de una enfermedad ó de otra afliccion cualquiera, no puede hacer mejor cosa que entrar en lo interior de su corazon y llamar á Dios en su socorro en este lugar oculto, en donde nadie ve al que llora ni al que le consuela, y cerrar la entrada de este lugar á la tristeza que pudiera acometerle, humillándose por la confesion de sus culpas, y en fin alabar y glorificar al Señor.

Si el enfermo está penetrado de estos sentimientos, y sufre con paciencia los dolores por el amor de Jesucristo y por expiar sus faltas; no se debe dudar que es feliz en su enfermedad y aun en la hora de la muerte.

CAPÍTULO VI.

De la felicidad en la muerte.

Habiendo Dios criado al hombre inocente, le destinó á ser inmortal, y solo le condenó á morir por un justo castigo de su pecado y desobediencia. Siendo pues el pecado quien ha traido la muerte al mundo, debe concebirle un horror extremo el cristiano, y pedir á Dios diariamente que le preserve de morir en él, porque es el colmo de los males. Es preciso que tenga siempre presente la idea tan amarga de la muerte, para que este pensamiento pueda separarle de los vanos placeres de esta vida, y hacerle humilde y moderado en la prosperidad, paciente y sufrido en la afliccion, y vigilante y aplicado para hacer buenas obras. ¡O muerte, cuán amarga es tu memoria!

Como el tiempo de la muerte es desconocido al hombre, y está adver-

tido de que le sorprenderá en el momento que ménos piense; debe estar preparado á recibirla á todas horas y vivir cada dia como si fuese el último de su vida, previniendo por una abdicacion voluntaria de sus inclinaciones el golpe fatal, por el que le separará la muerte de todas las cosas de este mundo.

El hombre que vive tan atento y vigilante sobre sí mismo, muere por lo comun tranquila y felizmente en el Señor; y á esto se llama gozar de la muerte de los justos.

Las ceremonias de la muerte son mas terribles que la muerte misma. Si pudiésemos apartar de la imaginacion la idea y el horror natural con que la miramos, evitaríamos sin duda la parte principal del mal, y nos sería menos horrible. A fin pues de superar con paciencia lo que tiene de mas riguroso, es preciso resignarse desde luego con la voluntad de Dios; porque por lo que hace al sentimiento de la muerte, como el alma está

separada en algun modo del cuerpo, es creible que este no siente ya nada, y que habiendo ya adormecido la naturaleza todas las partes sensibles y habiéndolas hecho incapaces de sufrimiento, quede el hombre como estúpido.

El enfermo condenado á muerte debe pedir á Dios el don de la perseverancia final, sin el que todos los demas dones son inútiles para la salud; mas debe hacerlo lleno de temor, aunque siempre con una firme esperanza de que Dios no privará de los bienes eternos á los que caminan por la senda de la inocencia, y que despues de haberlos salvado por su misericordia, los hará partícipes de su gloria. Se pondrá en su presencia sometido á su voluntad, y resuelto á morir le pedirá la gracia de una santa muerte por la muerte preciosa de nuestro Señor Jesucristo, y no en la confianza de sus propios méritos; es decir, que le conceda morir penitente, humilde y con el pensamiento apartado de este mun-

do y reconciliado con sus enemigos, fortalecido por su gracia, purificado por medio de sus sacramentos, penetrado de reconocimiento por todas sus beneficencias, y lleno de fe y de un amor ardiente: de esta suerte, feliz en medio de sus sufrimientos, no temerá la muerte; ántes bien la deseará, y mirará al cielo con una impaciencia santa por lograrle. Este barco tanto tiempo agitado por las olas aspirará en fin á entrar en el puerto: esta alma fatigada con las penas de su prision exclamará ardientemente: Dios mio, ¿cuándo gozaré de vos? ¿cuándo lograré veros cara á cara? ¿cuándo estaré en aquel lugar, en que se os ama y se os bendice por toda una eternidad? ¡Ay de mí! ¡cuán largo es mi destierro! ¿quién me librará de este cuerpo mortal? ¿quién me dará alas como de paloma, para poder volar al lugar de mi descanso eterno?

Si los Sócrates, los Sénecas y otros muchos paganos han mirado la muerte con un semblante alegre, ¿qué de-

be hacer el cristiano, cuyo destino es tan diverso? ¿No debe exclamar en este estado en alta voz: *Señor, tened piedad de mí segun la extension de vuestra misericordia*? Dios borrará todas las manchas de su iniquidad, le llenará de consuelo y alegría, y abatidas y humilladas por la contricion todas las potencias de su alma saltarán de gozo, digámoslo así, despues del perdon de sus culpas. *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

DIÁLOGO

SOBRE

LA URBANIDAD Y BUENA CRIANZA.

INTERLOCUTORES.

Don Prudencio y sus dos hijos pequeños, Cándido y Serafin.

DON PRUDENCIO.

Muy tarde habeis dado la vuelta: ¿en qué ha consistido vuestra tardanza?

CÁNDIDO.

Papá, sabe vd. que salimos á nuestro acostumbrado paséo y desahogo; pero el ayo Don Inocencio quiso que nos pasáramos por un establecimiento de educacion pública. Parece que él mismo aprendió en este cuando era jovencito; y como se cobra amor naturalmente aun á las mismas paredes del sitio en que se nos hace bien, y se nos enseñan nues-

tras obligaciones, le pareció oportuna esta visita: ademas que aún existen allí algunos de los maestros que cultivaron su ingenio, y nos dijo que era una cosa muy justa verlos y saludarlos.

DON PRUDENCIO.

Y en esto tuvo mucha razon, porque despues de los padres naturales no sé yo á quien deba conservarse mas amor y mas respeto que á los maestros; y aun en cierto modo estoy por decir que se debe á estos un poquito mas de parte de algunos discípulos.

SERAFIN.

¿Mas, papá?.... ¿pues qué tiene que ver un maestro para con un padre, y mas siendo tan amable como vd.?

DON PRUDENCIO.

Dices bien, hijo mio, cuando el padre junta á la sagrada relacion de padre la de maestro de sus hijos; pero hay padres tan descuidados en esto, que..... mas vale callar.

CÁNDIDO.

No, no, papá, no calle vd. lo que pueda conducir á nuestra instruccion de

la que somos apasionados, porque con sus acertadas máximas y consejos ha hecho que concibamos esta pasion.

DON PRUDENCIO.

Pues bien: supuesto que por la misericordia de Dios me parece no hallarme comprendido en ese excesivo número, nada os ocultaré de lo que pueda conducir á vuestro aprovechamiento: con eso mañana otro dia, cuando seais grandes, sabréis evitar el escollo en que se estrellan y naufragan muchos padres de familia. Decia pues que algunos discípulos son obligados á tributar un poco mas de respeto á sus maestros, que á aquellos de quienes despues de Dios recibieron el ser; porque con los sanos consejos que oyeron á los primeros, formaron y arreglaron mejor sus costumbres (punto capital de la buena educacion) que con los ningunos que aprendieron de sus padres: ¿y qué dirémos, si á su silencio y omision añadieron el veneno del mal ejemplo?

SERAFIN.

No, pues vd. no será motejado ni por

callado ni por escandaloso: aunque sus ocupaciones no le permiten estar á nuestro lado tanto tiempo como á los maestros, bien se desquita vd. en pedirnos cuenta de lo que hacemos, en los ratos que tiene desocupados.

DON PRUDENCIO.

¿Y sabeis por qué lo hago así? porque tengo estudiadas y menudamente entendidas las obligaciones de un padre, y deséo cumplir con ellas. Aunque este entregue sus hijos y los someta á la direccion del mas hábil maestro, no por eso debe descuidarse de la obligacion, que por todas las leyes divinas y humanas tiene de dirigir su educacion.

CÁNDIDO.

¿Y no puede suceder que el padre no sepa tanto como el maestro?

DON PRUDENCIO.

¡Sucede tantas veces!.... pero aun en ese caso debe un buen padre no descuidarse, ya valiéndose de los dictámenes de hombres ilustrados, ya cuidando mucho de estar satisfecho de la conducta y suficiencia del preceptor, con el recto

fin de que no pierdan, en vez de ganar, las prendas queridas de su corazon, y ya por fin leyendo en el libro de la experiencia, y trato que tenga con estas, si sus costumbres, su porte, sus inclinaciones que comienzan á traslucirse, y su manera de expresarse y producirse, corresponden al fin á que endereza sus instrucciones.

SERAFIN.

¿Y por qué decia vd., padrecito mio, que algunos añaden á la indiferencia, con que miran la educacion y adelantamiento de sus hijos, el veneno del mal ejemplo? ¿Qué quiso vd. significar con eso? que yo no lo entiendo.

DON PRUDENCIO.

Quise daros á entender que hay muchos padres, que con las obras contradicen lo que deséan que otros (porque ellos ó no saben ó no quieren) enseñen á sus hijos; y esto puede llamarse tambien edificar con una mano y derribar con otra.

SERAFIN.

Pues todavía no entiendo lo que vd. nos quiere decir.

DON PRUDENCIO.

Ahora lo acabarás de entender. Quiere, por ejemplo, un padre que su hijo aprenda á tener paciencia, virtud á todos harto necesaria en las diversas y amargas situaciones de la vida. En el trato doméstico y ocurrencias cotidianas sucede que un criado ó alguno de sus hijos falten alguna vez á su obligacion: aunque no deba el padre disimular, señaladamente aquellas faltas que pueden tener alguna trascendencia, sino corregirlas para que se enmienden; esta correccion debe hacerla con mucha madurez y prudencia, y si el negocio lo exige, con otra tanta suavidad y dulzura: ¿pero qué sucede muchas veces? ¡qué ha de suceder! que olvidado de todo esto, monta en cólera, se le enciende el rostro, los ojos centelléan, grita, patéa, alborota la casa (y quiera Dios sea solo la suya) prorumpiendo á las veces en expresiones, hijas de su pasion desenfrenada, que ni el pobre criado ni los hijos merecian, ni era del caso que las aprendieran unas criaturas inocentes,

que si se maléan es mas por imitacion que por naturaleza.

SERAFIN.

¡Ah! ya lo entiendo: y á fe que el otro dia, cuando fuimos un ratito á jugar con los amigos Paquito y Lorenzo, su madre dijo valientes cosas á una de las doncellas, que tuvo la desgracia ó inadvertencia de que se le cayese de la mano una jaula, en que habia un hermoso canario que era el idolillo de la tal señora. Picarona, embustera, villana y atronada era lo ménos malo que la decia tan encolerizada, y otras cosas que nosotros no entendíamos; pero debieron ser bastante fuertes y picantes, porque la pobre criada se puso mas encarnada que una escarlata: de manera que si nosotros hubiéramos de haber sentenciado aquella pendencia, hubiéramos absuelto y dado la razon á la infeliz doncella.

DON PRUDENCIO.

¿Pero qué decia la criada?

SERAFIN.

La criada no despegó sus labios: se

contentó solo con bajar los ojos y ponerse, como he dicho, colorada.

DON PRUDENCIO.

Pues no la llames pendencia, que este título tiene la altercacion de dos ó mas personas, y allí una sola era la que..... la que..... lo diré claro, la que os dió ese mal ejemplo: pero no nos desviemos del asunto principal. ¿Acertaréis á decirme lo que habeis visto en esa casa de educacion de la que venís tan prendados, y en la que tanto os habeis detenido?

CÁNDIDO.

Hemos visto tantas cosas, que casi nos confunden. Yo no sé cómo aquellos profesores encargados de la educacion de tantos niños (y algunos habia ya algo grandecitos) tienen cabeza para lidiar con ellos.

DON PRUDENCIO.

Tienes mucha razon; pero has de saber, que como tienen sus personas consagradas á Dios en un objeto tan loable, atienden á lo que deben por su vocacion y voluntario ofrecimiento, dándoles Dios (sin el que no podemos hacer cosa bue-

na) una paciencia á toda prueba para la empresa, y..... pero dime, ¿qué te pareció la vida de aquellos educandos?

CÁNDIDO.

A entrambos nos pareció muy bien, aunque la sujecion que tienen es bastante. Ellos tienen horas determinadas, segun nos dijeron, para levantarse, oir indefectiblemente misa todos los dias, estudiar, desayunarse, ir á sus clases respectivas, comer, desahogarse un rato en una honesta recreacion, y para acostarse; y así para todo lo demas.

DON PRUDENCIO.

Pues eso, lejos de ser malo, es lo mejor que pueden tener. La naturaleza misma apetece el órden en todo. Cada dia sabemos cuándo ha de salir el sol y cuándo se ha de poner: sabemos tambien cuándo la luna es nueva, cuándo llena, y cuándo va otra vez caminando á la conjuncion: en una palabra, al invierno sucede la primavera, á la primavera el estío que comunmente llamamos el verano, á este el otoño, el cual abre otra vez la puerta al invierno; y todos los dias

indispensablemente tenemos noche para reposar, y dia para trabajar; aunque muchos por un abuso truequen los frenos, y hagan de la noche dia y del dia noche.

SERAFIN.

Es verdad, papá, es mucha verdad: todo eso estamos viendo de continuo, y no habíamos hecho alto en ello.

DON PRUDENCIO.

Pues es menester que lo hagais en este y semejantes asuntos, para este y semejantes objetos: y sin salirnos del que tenemos entre manos, observad de paso en los hombres que tienen arreglado su tiempo y procuran hacer un dia lo mismo que otro y á las mismas horas en cuanto pueden, cómo abunda la madurez, la prudencia y una conducta muy arreglada de vida.

CÁNDIDO.

No hay duda en eso: y no es menos verdad, que el que no observa ese plan, es poco constante: hoy obra de una manera y mañana de otra: hoy se estará leyendo todo el dia, y despues no vol-

verá á tomar un libro en la mano en un mes entero: cultivará en esta semana algunos ejercicios de devocion, y en las otras restantes de todo el año no volverá á acordarse de Dios ni de santa María, como decirse suele.

DON PRUDENCIO.

¡Y si eso solo fuera!..... pero no es tiempo aún de que sepais todos los escollos en que se estrellan los hombres inconstantes: tiempo nos queda, para que tanto la educacion como vuestra misma experiencia os los manifiesten para que podais evitarlos. Con que el arreglo y buen órden que decis observan en ese establecimiento de educacion y buena crianza, aunque tenga en sujecion á los alumnos, es una sujecion provechosa; y si quieren disfrutar de los bienes que les acarreará para toda la vida, deben hacer de ella mucho aprecio: si no lo hacen, es porque su edad tierna no les dejará conocerlos; mas no por eso desmayarán ni los padres ni los profesores, sino que trabajarán los unos y los otros asidos de la máxima: *á Dios rogando y con el mazo*

dando, que dice un adagio de nuestra lengua. ¿Y qué mas observasteis en esa visita de que tan enamorados venis?

CÁNDIDO.

Entramos en varias clases en que están distribuidos segun sus adelantamientos, porque aún estaban en el ejercicio de ellas. Aquel arreglo y método nos encantó: algunos á quienes el maestro lo ordenaba, hacian su ejercicio; pero siempre con el émulo ó competidor al frente, que ellos llamaban el contrario: de manera que cuando erraba el que decia, corregia el otro, ¿mas con qué prontitud y desembarazo? Y cuando ocurria alguna cosa que era sobre el alcance de entrambos, el maestro tomaba la mano y los sacaba de su dificultad con una claridad incomparable.

DON PRUDENCIO.

Por esa y otras causas semejantes á esa la instruccion pública lleva muchas ventajas á la privada ó particular: es verdad, no lo niego, que en la concurrencia de muchos hay sus inconvenientes, como en todas las cosas del mundo; pero con-

trapesados estos (que no son difíciles de evitar, habiendo la debida vigilancia en los padres y maestros) con las utilidades que resultan, y mayores adelantamientos que se experimentan, debe darse la preferencia á la educacion pública y comun, como ya se la dió Quintiliano con el pulso que acostumbra.

CÁNDIDO.

¿Pues porqué pensando vd. así ha escogido lo menos útil para nosotros, disponiendo que seamos instruidos en particular ó privadamente?

DON PRUDENCIO.

Dame un abrazo, hijo de mi alma: me gusta tu viveza y buen modo de pensar. Como sois todavía algo tiernos, tomé esta determinacion para que no perdieseis el tiempo; pero siempre con las miras é intencion de tomar otra distinta inmediatamente que lo permita vuestra edad.

CÁNDIDO.

¡Cuánto me alegro, papá! Entonces... verá vd. entonces lo que adelantamos y el placer que damos á vd.: yo desde ahora prometo no dejarme ganar de nadie.

SERAFIN.

No pues yo no me hé de quedar atras. ¿Es verdad que servirá de mucha satisfaccion ganar uno á su contrario?

DON PRUDENCIO.

Sirve de tanta, que para la gente aplicada no la hay mayor: con eso se contenta tambien al maestro, que naturalmente desea que luzca su trabajo y sus desvelos: se ahorra uno de reprensiones, de enfados, de penitencias que regularmente se usarán tambien allí.

SERAFIN.

¡Caramba si se usan! á algunos vimos que estaban sentenciados á permanecer de planton, estudiando la leccion que no habian sabido, mientras jugasen los demas; pero cáspita, ¡y cómo lo sentian! ¡válgame Dios!

DON PRUDENCIO.

Contempla tú si lo sentirian: ¿no ves que les daban en lo vivo? ¿no sabeis por lo que pasa por vosotros, que el juego es el idolillo de los niños?

CÁNDIDO.

¡Y tanto como lo sabemos! cuando el

ayo ha hecho esta prueba con nosotros, aseguro á vd. que hubiéramos escogido antes quedarnos sin comer.

SERAFIN.

Yo así se lo suplicaba; pero erre que erre habia de ser, y no habia remedio.

DON PRUDENCIO.

¡Y qué bien hacia! porque os quebraba la voluntad al mismo tiempo que aplicaba la medicina.

CÁNDIDO.

¿Y hacíamos mal, papá, en hacerle esta propuesta?

DON PRUDENCIO.

No, hijos mios, mal no haciais; pero mejor hacia el ayo en llevar adelante su penitencia, para que escarmentaseis de esta manera, y obraseis mejor en lo sucesivo.

SERAFIN.

A fe mia que desde entonces no habrá tenido queja de nosotros; y si no, que diga cuántas veces despues hemos faltado á nuestra obligacion.

DON PRUDENCIO.

¡Dichosa medicina que ha curado el

mal y os ha preservado de incurrir en otro nuevo! ¡Quiera Dios preservaros para siempre! Pero ya nos desviamos mucho de nuestro propósito. Decidme algo mas de lo que observasteis en esa casa de educacion.

CÁNDIDO.

Lo que mas á mí me gustó fueron las máximas de urbanidad y cortesía, que uno de los maestros estaba enseñando á sus discípulos.

DON PRUDENCIO.

Me alegro, porque con eso se desmiente la opinion en que están algunos, de que en ese establecimiento no se enseña, ó se enseña poco la urbanidad. Dicen que en cuanto á los ramos de doctrina cristiana, historia sagrada, calografía, gramática castellana y latina, retórica y poética, y demas que se proponen enseñar, lo hacen á las mil maravillas; pero que en ese otro flaquéan. No ha muchos dias que oí decir á un sugeto (bien que ya le dije con modo lo que hacia al caso) que allí no se enseñaba mas que á rezar. ¿Podrá tolerarse semejante

bachillería? Es verdad que el norte principal á que se endereza tan útil instituto, es la piedad; porque ¿de qué le sirve al hombre ser dueño del mundo y tener tantos conocimientos como el mismo Salomon, si pierde su alma? Pero por otra parte jamas se han descuidado los profesores de formar hábiles alumnos, que les han dado mucho crédito en las mas famosas universidades de nuestra España; y habiendo virtud y literatura, ¿cómo podrá dejar de hermanarse con ellas la buena crianza y urbanidad? ¿Y sabréis decirme alguna de las máximas que oisteis sobre tan interesante materia?

CÁNDIDO.

Oimos tantas, que no sé si acertarémos á decirlas todas: yo por mi parte diré las que pueda, y ayudándome mi hermanito, se nos quedarán pocas por decir.

DON PRUDENCIO.

Muy bien: me conformo con tu propuesta, y yo tambien os prometo ayudaros; porque aunque no haya asistido como vosotros, no obstante he leido algo

en esa materia tan importante, ó por decirlo mejor, necesaria en la sociedad, y podré por lo menos hacer mi papel en conversacion tan interesante: ademas que me dieron cuando era de vuestra edad, excelentes instrucciones, y parte con ellas, parte con el trato que he tenido con personas bien corteses, y observaciones que tengo hechas en el particular, he procurado no desdecir de mi nacimiento.

CÁNDIDO.

Cuando nosotros entramos en una de las clases (creo que era la de retórica) pasados los primeros cumplimientos, y pedida la venia por el maestro con la mayor urbanidad y cortesía, continuó tratando el asunto que entre manos tenia, que era, segun nos advirtió, acerca del modo de portarse en la mesa; y en verdad que lo que decia, era en sustancia lo mismo que así vd. como Don Inocencio nuestro ayo nos han repetido algunas veces; ¿pero si viera vd., papá, con qué gracia se explicaba? Me hubiera yo estado oyéndole un año entero.

DON PRUDENCIO.

Esa es una felicidad que no la tienen todos: yo comparo (aunque sea la comparacion de cosas bajas) los maestros á los cocineros: con los mismos materiales hacen algunos de ellos guisados que apenas se pueden probar, insulsos, insípidos, desabridos; cuando otros los aderezan tan bien, que se chupa uno los dedos, como decirse suele. ¿Y tienes presentes las reglas que sobre el asunto daba?

CÁNDIDO.

Vaya si las tengo: ¿no ve vd. que las practico, y veo practicar todos los dias?

DON PRUDENCIO.

Pues ese es el fin que se propone un maestro en las instrucciones que da, y en las reglas que prescribe; que se reduzcan á la práctica: de lo contrario obraríamos como el soldado que despues de saber perfectamente el manejo del sable, por ejemplo, jamas lo desenvainara, aunque fuese acometido por el enemigo. Señálame algunas de las reglas que proponia.

CÁNDIDO.

Antes de hacer lo que vd. me manda,

le diré una máxima que sentó como basa fundamental: decia que para ser uno cortés y urbano, la regla general era observar atentamente á las personas bien criadas, atentas y corteses sin afectacion, y practicar en la mesa, visitas, concurrencias, limpieza y aséo, modo de estar en pie, sentarse y pasearse, lo que viésemos que practicaban; porque añadia que ellas eran la cortesía en concreto, y que, si la urbanidad se perdiese, en estas se encontraria.

DON PRUDENCIO.

Esa máxima me gusta mucho, mucho; porque ella sola abraza cuanto se puede enseñar y aprender acerca de la buena crianza. Con ella sola he conocido á muchos sugetos que no lograron en la primera edad la educacion que me he propuesto daros; y con todo se portaban con el mayor comedimiento, y la mas fina y delicada cortesía. No la olvideis, y veréis cómo siempre sois urbanos y corteses; pero no nos salgamos del intento. Todas las cosas tienen su principio, medio y fin: naturalmente habla-

ria, si enseñaba con método, segun esta division.

SERAFIN.

Todo lo sabe vd., papá, nada se le escapa: eso puntualmente dijo, y con arreglo á ello continuaba su explicacion.

CÁNDIDO.

Decia que no debíamos ser los primeros en sentarnos cuando tuviésemos que asistir á algun convite, ni que ocupásemos el puesto principal ó mas digno, cosa que hasta el evangelio mismo de Jesucristo encarga, pues añadió que decia: *Cuando fueres convidado á bodas, no te sientes en el primer lugar; no sea que haya allí otro convidado mas honrado que tú, y que venga aquel que te convidó á tí y á él y te diga: dá lugar á este, y entonces tengas que tomar el último lugar con vergüenza. Mas cuando fueres llamado, ve, y siéntate en el último puesto; para que cuando venga el que te convidó, te diga: amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los que estuvieren contigo á la mesa; porque todo aquel que se ensalza, humillado será, y el que se humilla,*

será ensalzado. (Luc. cap. 14. v. 8. y sig.) En órden al asiento prevenia que ni estuviese muy arrimado á la mesa ni muy desviado de ella: que así se evitaban dos inconvenientes, el primero en que incurren los que arriman mucho el pecho y apoyan los codos sobre la mesa, ó tienden sobre ella los brazos, y el segundo en que caen aquellos otros que se balancéan hácia atras con la espalda, y traveséan con los pies, á pique de desnivelar el cuerpo y caer de espaldas, exponiéndose á hacerse la risa y el ludibrio de los comensales dando alguna costalada.

SERAFIN.

Tambien observaba que el pan debíamos colocarle á nuestra izquierda, y partirle no con la mano sino con el cuchillo, segun se fuese necesitando: en una palabra, que era descortesía desmigajarle dejando sola la corteza; antes por el contrario añadia, que miga y corteza debian comerse sin separarse: que se tomase el cubierto con la derecha, y que con él se pusiese en la boca la comida; porque tomar con los dedos el manjar

era mas propio de pastores y gente rústica, que de las personas bien criadas. Ahora observaba que las cosas secas se podian tomar con los dedos, pues para lo líquido estaba allí la cuchara, y para lo demas el tenedor. Si mal no me acuerdo, decia tambien que no es de buena crianza tomar cualquiera cosa con la punta del cuchillo. ¿Y qué observaciones tan saladas no hacia sobre lamerse los dedos, fregando con ellos el plato ó limpiándolos en el pan, comérselo despues y cosas semejantes?

CÁNDIDO.

Pues no digo nada sobre el comer de algunos, ó con lentitud y pausa demasiada, ó con notoria precipitacion: á los primeros comparaba con la lentitud de los galápagos en el andar, y con los lobos á los segundos en el engullir: porque los que comen del último modo, no se detienen á pasar primero un bocado y despues otro, como debe hacerse; sino que á fuerza de emborrar llenan enteramente la boca, mastican tan de prisa como rueda la piedra del molino, y con

ojos, boca, frente, manos, á manera de quien se está abanicando, manifiestan una ánsia y unos modales tan groseros, que los hacen eternamente ridículos.

DON PRUDENCIO.

¿Y no dijo nada acerca de comer á dos carrillos?

SERAFIN.

¡Ahí es un grano de anís lo que decia á sus discípulos! Y bien clarito que lo decia, para que lo entendiésemos tambien nosotros y lo evitásemos todos. ¿Pues y sobre beber con el bocado en la boca? Vaya que estaba precioso el bueno del maestro: tachaba de impolíticos y descorteses á los que no se limpiaban los labios ántes y despues de beber, y esto, añadia, con la servilleta, porque hacerlo con el mantel era ceremonia de los adocenados: lo mismo que limpiarse los ojos y la cara con la servilleta, pues para el efecto debe llevarse el pañuelo en el bolsillo. Por fin concluia con mucha socarronería que sorber el caldo ó salsas con el mismo plato en que se contienen, debia ser ceremonia de los Hotentotes ó

de los Indios bravos de la América, como tambien rascarse la cabeza, escupir, toser y sonarse las narices, bien que cuando una precisa necesidad obligase á esto último, no queria que el pañuelo tocase ni á la servilleta ni á los manteles. Yo no tengo presentes todas las nimiedades á que descendia: ahora lo que tengo bien en la memoria son unas advertencias que hizo respecto de los que convidaban y de los convidados.

DON PRUDENCIO.

¿Y qué advertencias eran esas?

SERAFIN.

Para los que convidaban advertia que instasen enhorabuena (pero sin importunar) á los convidados á que comiesen y bebiesen con libertad; porque siendo, como se supone, gente de caracter franco y cultivado con la buena crianza, deben tener toda la satisfaccion, que para comer ó dejar de comer se requiere: tambien para los que convidaban, que se guardasen de alabar manjar alguno, por exquisito que fuese, de los que presentasen en su mesa.

DON PRUDENCIO.

¿Y para los convidados qué advertencias hacía?

SERAFIN.

Que se guardasen de pedir ni comida ni bebida antes que las personas de mayor autoridad ó dignidad, que fuesen sus comensales: advertia del mismo modo que no hiciesen asco de ningun manjar, por mas que les repugnase; porque con no comerlo ellos, estaba la cosa remediada, y nadie sin autoridad tiene licencia para reprender á otros, aunque sea indirectamente.

DON PRUDENCIO.

¿Y no dijo nada acerca de las conversaciones que ocurren en la mesa?

CÁNDIDO.

Vaya si dijo: ahí es una friolera: en primer lugar advirtió que de una mesa de gente cristiana y circunspecta debia absolutamente desterrarse la murmuracion: y aun dijo mas, que si estuviera en su mano, mandaria grabar con letras de oro en las piezas destinadas para comer, un par de versos latinos que allí

citó, y dijo que en la suya los tenia escritos el gran san Agustin, para que se recatasen de murmurar los que fuesen sus comensales: como no entiendo latin no se me quedaron en la memoria los versos.

DON PRUDENCIO.

Yo te los repetiré, que hace tiempo que los aprendí: dicen así:

Quisquis amat dictis absentum rodere vitam,
Hunc mensam vetitum noverit esse sibi.

Y para que percibais el sentido de ellos, hasta que poseais la lengua latina, aprended estos castellanos, que en la sustancia los expresan.

Nadie murmure aquí de los ausentes,
Y quien en esto se deslice acaso,
Váyase de la mesa mas que á paso.

CÁNDIDO.

Sí que se le escaparia al maestro hacernos esa advertencia: en español los dijo tambien, y en la misma sustancia que vd., bien que con otras palabras.

DON PRUDENCIO.

¿Y te acuerdas de esas palabras en que los tradujo?

CÁNDIDO.

A ver.... ¿si me acordaré?.... ¿cómo dijo, Señor?.... ¡ah! ya me acuerdo, ya me acuerdo.

Ninguno del ausente aquí murmure;
Antes quien piense en eso desmandarse,
Procure de la mesa levantarse.

DON PRUDENCIO.

Es verdad que la sustancia es la misma; pero no las palabras: en un mismo idéntico asunto cada uno se explica con diversos términos, y tan diversos como son los semblantes: y si es difícil hallarse dos personas enteramente parecidas, no menos lo es referir la misma cosa con unas mismas palabras. Dios, que tan admirable se ostentó en lo uno, no se manifiesta menos en lo otro. Os hago de paso y gustosamente esta advertencia y reflexion, para que admireis la infinita sabiduría de Dios. Prosigue ahora, Cándido.

CÁNDIDO.

Voy á obedecer á vd.; pero antes quiero decirle lo que añadió el maestro haber acaecido en cierta ocasion en la

mesa del santo Doctor, cuyos versos acabamos de recitar traducidos.

DON PRUDENCIO.

¿Qué sucedió?

CÁNDIDO.

Que comiendo en su compañía algunos amigos del Santo, y muy distinguidos por su dignidad, sacaron una conversacion en que se rozaba la fama del prójimo, y se faltaba cuando no á la justicia, á lo menos á la caridad; y sin embargo de ser san Agustin la misma suavidad y dulzura en sus costumbres y genio angelical, les dijo con la mayor entereza y resolucion: amigos mios, vamos claros, ó bórrense aquellos versos, ó acábese esta conversacion.

DON PRUDENCIO.

¡Buen golpe! ¡Ojalá y se repitiera ahora muchas veces en algunos de nuestros banquetes, y se lograra con esto la enmienda! Ménos frecuentes serian las conversaciones que arruinan el buen nombre del prójimo. Si no tienes mas que añadir, prosigamos nuestro intento. Ya que ni en la mesa ni fuera de ella tam-

poco, puede murmurarse, á lo menos permitiria alguna conversacion.

SERAFIN.

Sí que la permitia, ¿y por qué no? pero queria que no fuese de cosas tristes ni melancólicas ni de materias que provocasen á náusea; porque las tales vendrian tan bien allí, como la vihuela en un entierro, que suele decirse. Dijo tambien, papá, que se holgaria mucho de ver introducida la costumbre de que se sazonase la comida con la lectura de alguna historia ó suceso agradable, de algunas máximas útiles para el arreglo de la vida y práctica de las buenas costumbres ó cosas semejantes, como lo practicaba Tito Pomponio Ático, sin embargo de ser gentil; por lo que le alaba mucho Cornelio Nepote, diciendo que jamas se sentó á la mesa, ni comió con él persona alguna, sin oir esta tan agradable leccion. Las disputas acaloradas, y altercaciones exaltadas y enfadosas, añadia tambien que se debian desterrar de la mesa, pues para eso estaban las academias: en una palabra, tildaba de

descorteses á los que hablan en ella con la boca llena. Y concluyó este asunto con prevenir que no fuésemos los últimos en acabar de comer, porque nos expondríamos á incurrir en la nota de glotones; y alabó tambien la costumbre de lavarse las manos ántes y despues de la comida, como muy recomendable y usada de la gente culta, que tiene amor á la limpieza.

DON PRUDENCIO.

Pues habeis de saber que dijo sumariamente cuantas reglas prescriben los que tratan de urbanidad, y que practican con puntualidad las personas bien educadas. Tambien hablaria de la urbanidad en las visitas y concurrencias, ¿no es verdad, mi Serafin?

SERAFIN.

Tambien habló; pero no fue de propósito, porque hubiera alargado mucho su explicacion, que segun el método con que procedia, tocaba esta tarde de lo que ahora acabamos de platicar: habló solo por incidencia. ¡Ojalá y nos llevara Don Inocencio en las tardes siguientes,

en que dijo continuaria de intento sobre este asunto!

DON PRUDENCIO.

No fuera malo: yo se lo insinuaré, para que no perdais tan favorable coyuntura de instruiros; pues aunque el mismo ayo vuestro os tenga instruidos en ese importante asunto, no perderéis el tiempo en oir de la boca de varios las mismas lecciones, ya porque se fijan mejor en la memoria, y ya porque, como dicen, nunca por mucho trigo es mal año. ¿Y teneis presente eso poquito que dijo por incidencia?

SERAFIN.

Y mucho que lo tenemos. Si á un banquete debe asistirse por urbanidad ó por una condescendencia nacida de la caridad, y no por glotonería; lo mismo observaba que debe hacerse (y no por otro motivo) en las visitas y concurrencias: porque si por otro motivo se hace, se pierde cuando menos el tiempo, que es muy precioso para malgastarle.

DON PRUDENCIO.

Todavía, hijos mios, no conoceis la

importancia de ese gran principio: cuando tengais mas edad, acabaréis de conocerla; pero cuenta con que se fijen bien en vuestros corazones máximas tan interesantes, para que obreis con arreglo á ellas; porque sabidas y no practicadas, nos asemejan á los avarientos, que por no gastar el dinero que tienen encerrado bajo de cien llaves, vienen á morirse de hambre: pero no está bien interrumpir vuestra conversacion para mí tan deliciosa.

CÁNDIDO.

En lo poco que habló de las visitas y concurrencias, observó que muchos se hacen ridículos, y.... ¿cómo decia? y.... válgate Dios.... ¿te acuerdas tú, Serafin?

SERAFIN.

Pedantes, ¿no dices eso?

CÁNDIDO.

Eso, eso es, pedantes: ¿qué quiere decir pedantes, papá? que yo no entiendo ese término.

DON PRUDENCIO.

Sería muy larga la descripcion de los pedantes, si de propósito me detu-

viera á hacerla: por ahora basta que sepais que llamamos pedante en nuestra lengua á una persona, que sin ton ni son, á tontas y á locas, sin pararse á ver si viene ó no al caso, haciendo mil paréntesis y digresiones, quiere hacer ostentacion, ó de sabio sin serlo, ó de entendido sin entendimiento, de bien criado sin conocer siquiera los principios de la buena crianza, de político, de guerrero, ó de otra cualquier cosa, sin saber mas que los nombres de las facultades de que quiere hacer alarde; y aun dado caso que lo sepa, usa de estas trápalas y ceremonias sin oportunidad; porque se debe atender mucho en todo á las circunstancias de tiempos, lugares y personas: ¿lo entendeis ahora?

CÁNDIDO.

Vaya si lo entendemos: y entendemos tambien que sería un valiente pedante cierto jovencito que acababa de llegar de París, y hacia mil ascos en una visita, porque, segun él decia, los Españoles ni saludaban, ni hacian cortesías, ni aquellos visajes y menéos de ca-

beza, que se usan allá en Francia. ¿Si viera vd. qué manera de hablar y qué movimientos usaba el tal? Se hubiera vd. reido seguramente: nosotros que no entendemos tanto como vd., estuvimos tentados de disparar á carcajadas, y eso que casi casi no lo entendíamos; porque segun llegamos á comprender, hablaba un chapurrado, que ni bien era castellano ni frances.

DON PRUDENCIO.

La lástima es que harto se va introduciendo ese estilo y lenguaje por acá: bien que la gravedad española es mas circunspecta, y siempre estará por la mayor parte en oposicion con semejantes modales, mas propios de las monas que de los racionales. Ahora bien, supuesto que no hubo mas tiempo para que el maestro explicase las reglitas que se señalan en particular para las visitas y concurrencias, si volveis allá, cuidaréis de decírmelas por menor; porque aunque yo no las ignoro, no sé qué placer ni qué gracia percíbo, cuando las escucho de vuestros labios.

SERAFIN.

Pues bien, yo quiero complacer á vd. un poquito mas, puesto que tanto gusto le da nuestra conversacion, en decirle lo que oimos en otra clase acerca del aséo y limpieza. Habian acabado ya el principal objeto de su instituto, y se entretenian en esto por via de ilustracion, echando en aquellos ánimos inocentes, como se explicaba el maestro, las semillas de la buena crianza.

DON PRUDENCIO.

¡Si supieras, Serafinito mio, el placer que acrecientas con esa gracia en el ánimo de tu padre!

SERAFIN.

Pues quizá no le tendrá vd. tanto, cuando sepa sobre esto mi modo de pensar.

DON PRUDENCIO.

¿Pues qué? ¿piensas tú lo contrario de lo que el maestro decia?

SERAFIN.

En todo no, papá; pero en parte sí.

DON PRUDENCIO.

Explícate, que me tienes un poco

impaciente con tu réplica no esperada.

SERAFIN.

¿No lo decia yo?.... mire vd. si le decia con razon, que no le causaria tanto placer: ni tal vez me atreveria á decirlo, si vd., papá, no nos hubiera dado libertad para que le propongamos lo bueno y lo malo que por nosotros pasa; lo bueno para aumentarlo y perfeccionarlo, y lo malo para corregirlo y enmendarlo. Siguiendo pues mi intento, decia aquel maestro tales cosas á sus discípulos acerca de la limpieza y aséo que debian usar en sus personas, que si tomaban sus consejos, cada uno de ellos deberia ser un Adónis ó un Narciso, personajes de la fábula tan pulcros y aliñados, segun nos tiene indicado el ayo Don Inocencio, que mejor se los figura la fantasía acalorada de un poeta, que aparecen entre los hombres; cuando un niño, lejos de pensar en eso, tiene sus cinco sentidos en el juego, haciendo poco caso de ir con la cara sucia ó lavada, las manos limpias ó manchadas de tinta, las uñas crecidas ó cortadas, la

dentadura blanca ó asquerosa, caidas las medias y con puntos, y rotos ó no rotos los pantalones, hecho un Adan, como dicen, ó un presumido petimetre y perfilado currutaco: ni es bien, á mi parecer, que pongamos en eso todo nuestro conato.

DON PRUDENCIO.

De manera es, que el maestro discurria bien: el que da reglas para cualquier cosa, se debe con ellas arrimar á la perfeccion, en cuanto esté de su parte: ni por eso pretenderia que todo el cuidado lo pusiesen sus discípulos en solo el aliño de sus personas; sino que no se descuidasen en esto tanto como suele suceder en esa edad: ademas que los niños no han de ser siempre niños; y si cuando pequeños no aprenden á ser aseados, tampoco lo sabrán ser cuando grandes. Es máxima, y nada menos que propuesta por el Espíritu Santo, concerniente á las costumbres y trascendental á todo lo demas, que el jóven en la vejez no se apartará del camino que emprendió en su juventud: ¿y no es tam-

bien cosa sabida que la limpieza exterior suele ser una muestra de la interior del alma?

Si precias, Fabio, la limpieza interna,
Su belleza te hará preciar la externa:

decia un amigo mio que se picaba de poeta; y yo os lo digo, para que la rima grabe en vuestra memoria la máxima apreciable.

SERAFIN.

¡Ah! siendo así, ya no estoy tan disgustado. Esto lo decia, papá, porque un muchacho que no cuida de otra cosa mas que de aliñarse, componerse, y aun de mirarse al espejo, para ver si va bien aliñado y compuesto; creo yo que tiene tanto seso como los pájaros.

DON PRUDENCIO.

En un buen medio consiste la virtud: los extremos siempre son viciosos: por eso la negligencia en el particular arguye una alma indolente, y la demasiada pulcritud, afeminada.

CÁNDIDO.

¿Y cómo habemos de observar las otras reglas que daba acerca del aséo y

limpieza de la ropa blanca, de las medias y calcetas, de que el vestido no esté roto ni con manchas y mugre, y sobre mudarnos á menudo? ¿Depende esto de nosotros, ó de los que tienen ese cuidado? A no ser que quisiese que nos metiésemos á coser, lavar y planchar, y cosas semejantes propias de las mujeres.

DON PRUDENCIO.

No queria eso: eso yo lo aseguro sobre mi palabra: lo que pretendia era, que fuese el niño cuidadoso; y cuando tuviese necesidad de repararse en cualquiera de esas cosas, cuidase de avisar, para que se ponga el oportuno remedio, así como acostumbran hacerlo los jovencitos mirados y cuidadosos, pidiendo ellos mismos todos los utensilios de la limpieza: y aún hacen mas; que les miren frecuentemente la cabeza, que es otro punto de los que pertenecen al aséo; porque ademas de que se repara con peinarse el desaliño, se cuida tambien de esta manera, de que no se crien aquellos viles insectos que causan mucha incomodidad á los que los tienen, y no

menos náusea y asquerosidad á los que los advierten.

CÁNDIDO.

Muy bien: quedo enterado y satisfecho, y en el semblante veo que sucede lo mismo á Serafin: ambos procurarémos ser limpios y aseados, y aunque con los avisos repetidos de mamá, no se descuidan las doncellas de casa de prevenirnos todo lo que conduce á nuestra limpieza y comodidad, prometemos tambien avisar cuando para el efecto nos hiciere alguna cosa falta. Tambien añadia el maestro á lo que llevamos dicho, algunas observaciones sobre el modo de estar de pie, sentarse y pasearse, encargando mucho que en cualquiera de estas actitudes debíamos tener el cuerpo recto, y sobre todo derecha la cabeza.

DON PRUDENCIO.

Y en eso hablaba como un santo..... Ahora que digo como un santo, me ocurre haber leido en la vida de san Francisco de Sáles, que los que observaron de cerca al Santo, jamas le vieron, aun cuando estuviese solo, con un pie sobre

otro, y mucho menos en otra postura irregular.

SERAFIN.

¡Toma! pues tambien se paraba en eso el maestro: queria que cuando anduviésemos, fuese con gran compostura y sosiego, sin correr ni saltar, sin levantar en demasía los pies ni tampoco arrastrarlos, y sin pisar muy fuerte, que era propio de gayanes: el ir cojeando ó empujando á los otros, que era de niños soeces y groseros: el.....

DON PRUDENCIO.

¡Calle! ¿con que tambien se paraba en eso? ¡y qué bien que hacía! pero no he hecho tan bien cuando he interrumpido tu narracion: prosigue.

SERAFIN.

En breve acabo: que cuando acompañásemos á una persona superior á nosotros, le diésemos la derecha, y si era por la poblacion, la acera: que la llevásemos en medio, si éramos mas á acompañarla: que si se detenia á hablar con otra persona, nos desviásemos algun tanto, para no oir la conversacion: que re-

saludásemos con cortesía al que nos saludase, y siendo persona superior, nos adelantásemos á hacerlo nosotros: en una palabra, encargaba este maestro, como el primero, con todo encarecimiento la constante observacion de personas urbanas y corteses, para portarnos en todo, como se portan los sugetos bien educados.

DON PRUDENCIO.

Hace mucho tiempo, hijos mios, que no me habeis dado un rato tan divertido y gustoso para mí: un soplo se me ha hecho nuestra utilísima conversacion.

CÁNDIDO.

Pues, papá, la de esta materia ya se va á concluir.

DON PRUDENCIO.

¿Por qué?

CÁNDIDO.

Porque cuando llegábamos aquí tocaron una campanilla que está puesta en un lugar elevado, y era la señal de salir de la clase, porque entran y salen de ellas á son de campana: dieron gracias á Dios; rezaron la letanía de la Vírgen,

y en derechura fueron á merendar los alumnos todos. Nos convidaron los maestros con tantas instancias y con tanta cortesía, que hubiéramos pasado plaza de groseros y mal criados, si no hubiéramos disfrutado de su favor.

DON PRUDENCIO.

Hicisteis muy bien: y repararíais en eso que los apreciables profesores no solo de palabra, sino con las obras (que es en todas las cosas lo principal) enseñan la cortesía. Yo me alegraré que repitais visitas tan agradables y provechosas, hasta que vayais de hecho á instruiros allá.

CÁNDIDO Y SERAFIN.

¡Quiera Dios que sea antes hoy que mañana!

FÁBULAS

DEL SEÑOR DON FELIX MARÍA *DE SAMANIEGO.*

LA AGUILA, LA GATA Y LA JABALINA.

Una águila anidó sobre una encina:
Al pie criaba cierta jabalina,
Y era un hueco del tronco corpulento
De una gata y sus crias aposento.
Esta gran marrullera
Sube al nido del águila altanera,
Y con fingidas lágrimas la dice:
¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice!
¡Este sí que es trabajo!
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el dia pasa
Hozando los cimientos de la casa.
La arruinará, y en viendo la traidora
Por tierra á nuestros hijos, los devora.
Despues que dejó al águila asustada,
Á la cueva se baja de callada,
Y dice á la cerdosa: buena amiga,

Ha de saber que la águila enemiga
Cuando saques tus crias hácia el monte
Las ha de devorar, así disponte.
La gata aparentando que temia
Se retiró á su cuarto, y no salia
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecia su pequeña gruta.
La jabalina con tan triste nueva
No salió de su cueva.
La águila en el ramaje temerosa
Haciendo centinela no reposa:
En fin á ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo víveres la gata.
Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
Que un chismoso en amigo disfrazado
Con capa de amistad cubre sus trazas,
Y así causan el mal sus añagazas.

LA ÁGUILA Y EL ESCARABAJO.

¡Que me matan! ¡favor! Así clamaba
Una liebre infeliz que se miraba
En las garras de una águila sangrienta;
Á las voces, segun Esopo cuenta,
Acudió un compasivo escarabajo;
Y viendo á la cuitada en tal trabajo,

Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡O reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
Á ese pobre animal manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar á dañadoras fieras?
Ó, ya que resistencia hallar no quieras,
Cebar tus uñas y tu corvo pico
En el frio cadáver de un borrico?
Cuando el escarabajo así decia
La águila con desprecio se reia;
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y vase.
El pequeño animal así burlado
Quiere verse vengado.
En la ocasion primera
Vuela al nido del águila altanera:
Halla solos los huevos, y arrastrando
Uno por uno fuelos despeñando.
Mas como nada alcanza
Á dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponia en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,

Á Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El águila sus huevos y se fuese,
Que á la vuelta colmada de consuelos
Encontraria hermosos sus polluelos.
Supo el escarabajo el caso todo:
Astuto é ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla;
Y que, segun yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter que se vió con tal basura
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo al arrojar la almondiguilla
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el águila y llorosa
Aprendió esta leccion á mucho precio:
Á nadie se le trate con desprecio

Como al escarabajo:
Porque al mas miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?

EL LOBO Y LA OVEJA.

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fue de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aún no podia,
Con las yerbas hacía penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
Amiga, ven acá, llega al momento:
Enfermo estoy y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.
¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la oveja recelosa.
Dime pues una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el guarguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme despues como á un pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.
Así dijo y se fue, si no la mata.
¡*Cuánto importa saber con quien se trata*!

EL JÓVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS.

Un jóven educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo filósofo profundo,
Salió por fin á visitar el mundo.
Concurrió cierto dia
Entre civil y alegre compañía
Á una mesa abundante y primorosa.
¡Espectáculo horrendo! ¡fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
Á la vista del hombre!.... ¡Y este acierta
Á comer los despojos de la muerte!
El jóven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones,
Devorando perdices y pichones,
Le responden algunos concurrentes:
Si usted ha de vivir entre las gentes

Deberá hacerse á todo.
Con un gracioso modo,
Alabando el bocado de exquisito,
Le presentan un gordo pajarito.
Cuanto usted ha exclamado será cierto;
Mas al fin (le decian) ya está muerto.
Pruébelo por su vida..... Considere
Que otro le comerá, si no le quiere.
La ocasion, las palabras, el ejemplo,
Y, segun yo contemplo,
Yo no sé que olorcillo
Que exhalaba el caliente pajarillo,
Al jóven persuadieron de manera
Que al fin se le comió. ¡Quién lo dijera!
¡Haber yo devorado un inocente!
Así clamaba, pero friamente.
Lo cierto es que llevado de aquel cebo
Con mas facilidad cayó de nuevo.
La ocasion se repite
De uno en otro convite;
Y de una codorniz á una becada
Llegó el jóven al fin de la jornada,
Olvidando sus máximas primeras,
Á ser devorador como las fieras.
De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan

Dentro del corazon de los humanos,
Hasta ser sus señores y tiranos.
¿Pues qué remedio?.... Incautos jovencitos,
Cuenta con los primeros pajaritos.

DE IRIARTE.

EL VOLATIN Y SU MAESTRO.

Mientras de un volatin bastante diestro
Un principiante mozalbillo toma
Lecciones de bailar en la maroma,
Le dice: vea usted, señor maestro,
Cuánto me estorba y cansa este gran palo
Que llamamos chorizo ó contrapeso.
Cargar con un garrote largo y grueso
Es lo que en nuestro oficio hallo yo malo.
¿A qué fin quiere usted que me sujete
Si no me faltan fuerzas ni soltura?
Por ejemplo ¿este paso, esta postura,
No lo haré yo mejor sin el zoquete?
Tenga usted cuenta... No es difícil... nada...
Así decia y suelta el contrapeso.
El equilibrio pierde... ¡A Dios! ¿qué es eso?
¿Qué ha de ser? Una buena costalada.

¡Lo que es auxilio juzgas embarazo,
Incauto jóven! el maestro dijo:
¿Huyes del arte y método? Pues, hijo,
No ha de ser este el último porrazo.

LA ARDILLA Y EL CABALLO.

Mirando estaba una ardilla
A un generoso alazan,
Que dócil á espuela y rienda
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compas
De aquesta suerte le dice
Con muy poca cortedad:
Señor mio,
De ese brio,
Lijereza
Y destreza
No me espanto,
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso mas.
Yo soy viva,
Soy activa:
Me menéo,
Me paséo:

Yo trabajo,
Subo y bajo;
No me estoy quieta jamas.
El paso detiene entonces
El buen potro, y muy formal
En los términos siguientes
Respuesta á la ardilla da:
Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano.
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.
Conque algunos escritores
Ardillas tambien serán,
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

CANTINELA DE UN PAJARILLO.

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado
De quien era caudillo
De un labrador robado.
Vile tan congojado
Por tal atrevimiento
Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía
Esforzando el intento
Mil quejas repetia;
Ya cansado callaba,
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvia;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corria,
Ya pues de rama en rama
Al rústico seguia,
Y saltando en la grama
Parece que decia:

Dame, rústico fiero,
Mi dulce compañía;
Y que le respondia
El rústico: no quiero. *(Villegas.)*

ODA

Á LA ASCENSION.

¿Y dejas, Pastor santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro,
Con soledad y llanto;
Y tú rompiendo el puro
Aire te vas al inmortal seguro?
Los antes bien hadados
Y los agora tristes y afligidos,
A tus pechos criados,
De tí desposeidos
¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos,
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
¿Aqueste mar turbado
Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto

Al viento fiero airado?
¿Estando tú encubierto,
Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa,
Aun de este breve gozo ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos, ay! nos dejas!

(Fr. Luis de Leon.)

ODA.

NOCHE SERENA.

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodeado,
En sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura;

El alma que á tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja escura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo vueltas dando
Las horas del vivir le va hurtando.
¡O! despertad, mortales,
¡Mirad con atencion en vuestro daño!
Las almas inmortales
Hechas á bien tamaño
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
A aquella celestial eterna esfera:
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es mas que un breve punto
El bajo y torpe suelo comparado
Con ese gran trasunto,

Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quien mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternales,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales,
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve,
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:
Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benino
De bienes mil cercado
Serena el cielo con su rayo amado:
Rodéase en la cumbre
Saturno padre de los siglos de oro,
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro:
¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra

El alma, y de estos bienes la destierra?
Aquí vive el contento,
Aquí reina la paz, aquí asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado
De glorias y deleites rodeado.
Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamas anochece:
Eterna primavera aquí florece.
¡O campos verdaderos!
¡O prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!
¡O deleitosos senos!
¡Repuestos valles de mil bienes llenos!

(Fr. Luis de Leon.)

ODA.

PROFECÍA DEL TAJO.

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Caba en la ribera
De Tajo sin testigo:
El pecho sacó fuera

El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte y de furor y ardor ceñido.
¡ Ay! esa tu alegría
¡Qué llantos acarréa! y esa hermosa,
Que vió el sol en mal dia,
Á España ¡ay! ¡cuán llorosa,
Y al cetro de los Godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
Á tí, y á tus vasallos naturales:
Á los que en Constantina
Rompen el fértil suelo, á los que baña
El Ebro, á la vecina
Sansueña, á Lusitaña,
Á toda la espaciosa y triste España.
Ya dende Cádiz llama
El injuriado Conde, á la venganza
Atento y no á la fama,
La bárbara pujanza,
En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va lijera.
La lanza ya blandéa
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la peléa:
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo:
Debajo de las velas desparece
La mar: la voz al cielo
Confusa y varia crece:
El polvo roba el dia y le escurece:
¡Ay! que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡ay! que tienden
Los brazos vigorosos
Á los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
El Éolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el Herculeo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿y aún te tiene

El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
Acude, acorre, vuela,
Traspasa la alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menéa fulminando el hierro insano.
¡Ay cuánto de fatiga!
¡Ay cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
Á hombres y caballos juntamente!
Y tú, Betis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!
El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena,
Ó cara patria, á bárbara cadena.

(Fr. Luis de Leon.)

EL CÁNTICO DE ZACARÍAS.

Bendice mil veces, bendice, alma mia,
En himno sonoro al Dios de Israel:
Que manso y clemente visita su pueblo,
Y fuerte quebranta el yugo cruel.
David, ya en tu casa cual padre amoroso
El cetro temido fijó del poder,
Judá vió en sus montes tras largo infortunio
Salud y ventura al pueblo nacer.
Así anunciadora de eterna palabra
La voz de sus santos su oráculo fue,
Y desde los tiempos primeros del mundo
Profetas y ancianos suspiran por él.
Su mano nos salva del crudo enemigo,
Que quiso abrevarnos de llanto y de hiel:
Ni ya temerémos que al pueblo escogido
Los fieros se atrevan de Edom y Betel.
Si fue á nuestros padres un Dios de clemencia,
Y libres salieron de Egipto y Babel;
La santa promesa no olvida, que oyeron
De fuego bañadas las zarzas de Oreb.

Abram nuestro padre oyó su promesa:
Juró el Dios inmenso, altísimo y fiel
Bajar á sus hijos; y manso y benigno
Del crímen antiguo la víctima ser.
Y libre y contento Israel ya no debe
Ni mano enemiga, ni espada temer:
Adore á su Dios, y observe obediente
La ley promulgada al santo Moisés:
Y goce en eterno serenos los dias
Que van á nacerle de gloria y placer:
Candor y justicia la plebe coronen;
Que el Dios de sus padres desciende á Salen.
Y tú, feliz niño, profeta llamado
Serás del Señor; porque irás ante él,
Abriéndole paso por rudos desiertos,
Y de áridas peñas brotando la miel.
Ahuyenta la culpa del pecho malvado,
Y siembra en las almas divino saber:
Prepara los frutos al sol de justicia,
Salud é indulgencia será en Israel.
¡Ó dulce clemencia! ¡ó entrañas de padre!
¡Ó Dios bondadoso! El hombre ¿quién es,
Que así de la altura naciendo benigno
Sus tristes mansiones ilustran tus pies?

La luz nace al mundo, que en densas tinieblas
Y en sombras de muerte lanzado se ve.
Mortales, seguidla: pues ella nos muestra
La senda dichosa de paz y de bien.

(Lista.)

CÁNTICO.

LOS PADRES DEL LIMBO.

Coro.

¡Ó cuánto padece de afanes cercada
(Merced al engaño de fiero enemigo)
En largo castigo la prole de Adan!
¡Ó! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

Voz primera.

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel, llegando el dia
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía
Lleva tu pueblo? El hombre inobediente

Perdió de Eden la habitacion serena,
Espada refulgente
Vibró en sus puertas serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.
Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana
El raudal extinguir, que es infinito,
Y tú, Señor, el númen poderoso
Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades
En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,
Que de los hombres castigó el delito;
Pero diste á la tierra Adan segundo,
Grato admitiste su obediente celo
Y sus ofrendas puras,
Y el íris de la paz brilló en el cielo.
Si en el Egipto ardiente
Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras
En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre
Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa
Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita:

Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

Voz segunda.

Mucho, Señor, hiciste;
Y prometiste mas. Debe la tierra
Ver un caudillo en venturoso dia,
Que los furores de discordia y guerra
Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.
Las puertas del averno
Cederán á su voz omnipotente:
Quebrantará las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde
en ellas,
Abrasada la frente
Con rayo vengador. El poderoso,
El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas
A donde el astro de la luz preside,
Y mas allá del sol, acompañado
De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,
Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

Coro.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

Voz tercera.

Ven, prometido
Gefe temido:
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo:
Llega, segundo
Legislador.

Coro.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

(D. Leandro de Moratin.)

ODA.

A LA VÍRGEN N. S. DE LENDINARA.

Ya los felices campos que corona
Profundo el Pó, y el Ãtesis fecunda,
Oigo sonar con voces de alegría
Que repiten los ecos.
Llena de pueblo Lendinara humilde
Hoy los altares religiosa adorna
De la tierna doncella, á cuya planta
Yace el dragon temido.
Mármoles y oro que su templo visten
Fúlgidos brillan, y á los corvos techos,
Que el pincel abultó de formas bellas,
Sube el incienso en humo.
Al venerado simulacro en torno
Votos ofrecen: dulce melodía
Hiere los aires, y en acordes himnos
Alto Númen adoran.
Madre piadosa, que el lamento humano
Calma, y el brazo vengador suspende,
Cuando al castigo se levanta, y tiembla
De su amago el Olimpo.
Ella su pueblo cariñosa guarda:
Ella disipa los acerbos males

Que al mundo cercan, y á su imperio
prontos
Los elementos ceden.
Basta su voz á conturbar los senos,
Donde cercado de tiniebla eterna
Reina el tirano aborrecido, orígen
De la primera culpa.
Basta su voz á serenar del hondo
Mar, que los vientos rápidos agitan,
Las crespas olas, y romper las nubes
Donde retumba el trueno.
O ya la tierra con rumor confuso
Suene, y el fuego que su centro oculta
Haga los montes vacilar, cayendo
Los alcázares altos;
O ya sus alas sacudiendo negras,
El austro aliento venenoso esparza,
Y á las naciones populosas lleve
Desolacion horrible:
Ella invocada, de el sublime asiento
Desde donde á sus pies ve las estrellas,
Quietud impone al mundo, y los estragos
Cesan, y huye la muerte.
¡Oh! celebradla, y el dichoso dia,
Que nos detuvo perezoso el tiempo,
De fe, de gratitud ejemplo sea

A los futuros siglos.
Y si no es dado que mi lengua alterne
En ritmo ausonio y sus elogios cante;
Ella comprende, aunque de voz carezca,
El idioma del alma.
Sí, tú me inspira, y en amor divino
Arda por tí mi corazon, y anhele
Solo adorarte, como los eternos
Espíritus te adoran:
Que nada estorba para serte grato,
Vírgen hermosa, que en hispano verso
Rudo, sin arte, humilde te celebre,
Si religion le dicta.
En él te invoca de esperanza llena
Mi madre España, que á tu culto santo
Hasta el vencido antípoda remoto
Aras dedica y templos.

(D. Leandro de Moratin.)

SONETO

LAS MUSAS.

Sabia *Polimnia* en razonar sonoro
Verdades dicta disipando errores:
Mide *Urania* los cercos superiores
De los planetas y el luciente coro.

Une en la historia al interes decoro
Clio: y *Euterpe* canta los pastores:
Mudanzas de la suerte y sus rigores
Melpómene feroz bañada en lloro:
Calíope victorias: danzas guia
Terpsícore gentil: *Erato* en rosas
Cubre las flechas del amor y el arco:
Pinta vicios ridículos *Talía*
En fábulas que anima deleitosas;
Y esta le inspira al español INARCO.

(D. Leandro de Moratin.)

SONETO

A LA PROVIDENCIA.

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia?
¿Y que el celo, que mas las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?
Vemos que vibran vitoriosas palmas
Manos inicas, la virtud gimiendo

Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decia yo, cuando riendo
Celéstial ninfa apareció y me dijo:
Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?

(Bartolomé de Argensola.)

SONETO

A LA ASCENSION DEL SEÑOR.

Mejor que Febo asoma rutilante
Por el oriente tras la rubia Aurora,
Al olimpo Jesus sube, y colora
El aire y nubes de color cambiante.
El triunfador divino va delante:
El libre cautiverio sigue ahora:
Las voces, arpas, cítara canora
Acompañan la pompa rozagante.
Abrid las puertas, Príncipes, vocéan,
Del palacio eternal, que su Rey viene:
¿Y quién es ese Rey? de adentro claman:
El vencedor de huestes que peléan,
Quien de ese olimpo de oro el cetro tiene:
Entran, y en vivas todos se derraman.

(P. Pascual Suarez.)

*

CANCION.

LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fue: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Solo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto
ejemplo.
Este llano fue plaza, allí fue templo:
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas:
Las torres que desprecio al aire fueron
Á su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Ímpio honor de los Dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago
Ya reducido á trágico teatro

¡Ó fábula del tiempo! representa
Cuánta fue su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció: cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo.
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.
Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de
España,
Pio, felice, triunfador Trajano;
Ante quien muda se postró la tierra,
Que ve del sol la cuna, y la que baña,
El mar tambien vencido gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines,

Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron;
Y aun las piedras que de ellos escribieron.
Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas:
Mira mármoles y arcos destrozados:
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas,
¡Ó patria de los Dioses y los Reyes!
Y á tí, á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Atenas:
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no os respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.
¿Mas para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;

Que aún se ve el humo aquí, se ve la
llama,
Aún se oyen llantos hoy, hoy ronco
acento.
Tal genio ó religion fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye, que llorando
Cayó Itálica, dice; y lastimosa
Eco reclama *Itálica*; en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica; y, el claro nombre oido
De Itálica, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran ruïna:
¡Tanto aun la plebe á sentimiento inclina!

(Rioja.)

Á JEHOVÁ

POR LA VENGANZA DE SUS ENEMIGOS.

Dijo el necio: "no hay Dios: astuto
»el hombre
»Soyugar quiso la natura entera
»Bajo su duro mando:
»Él alzó la barrera

»De un Númen vengador, y al vano
nombre
»De la fatua deidad cayó temblando
»Y dobló la cerviz al yugo impío
»Temorizado el orbe. El hombre siente
»Cual el bruto viviente:
»Su Dios es su albedrío,
»Su interés es virtud. ¿Dónde está, dónde
»Esotro Dios que del mortal se asconde?"

Tú, Señor Dios de Abram, en cuya ira
Saltan los montes de pavor, y en humo
Ardiendo sube el suelo,
Del sacro templo sumo
Oye mi voz, y al insolente mira
Que osó mover su lengua contra el Cielo.
Tú, Dios: tú hablas victorias: ¡Oh! delante
De tí camina el rayo: tu vestido
En llamas guarnecido.
¿Quién á tí semejante
Entre los fuertes es? Jehová guerrero:
Tu nombre es Jehová: tu voz acero.

Tu gloria anuncia el firmamento alzado
En sus llamas sin fin. Nace fulgente
El sol, y al Universo
Dios clama desde oriente.
La Aurora dice *Dios*: alza nevado

Sobre las cimas el semblante terso
La Luna, y *Dios* repite, y *Dios* el coro
De estrellas en su giro ardiendo clama.
Vuela cual leve llama
El acento sonoro
Por el orbe: mas ciego el descreido
Tapió con ambas manos el oido.
Dijo "no hay mas allá de lo terreno:
»Mañana no seré: venid, bebamos,
»Holguemos este dia,
»Al justo persigamos
»Y al huérfano infeliz: cual prado ameno
»Florece el opresor: en su Dios fia
»Y es afligido el simple." ¡Ay Dios! que brama
Contra nos el inicuo: en su creciente
Nos abisma el torrente
De su maldad: derrama
En nuestro pan contino hiel y penas:
Sus manos de horfandad y muerte llenas!
¿Y prospera el infiel? Señor, mi planta
Resbala y titubea: yo ardo en celo
Por la paz del malvado:
Cual águila en su vuelo
Así él crece en su dicha y se levanta.
Yo dije: en vano el corazon manchado

Y las manos lavé: de la mañana
Á la tarde padezco. Mas te agravio,
Señor, con necio labio;
Porque la mente insana
El fin no ve del justo que en tí fie,
Y entonces ¡ay del que de Dios se rie!
¿Dónde el soberbio huirá? Si de la Aurora
Toma las alas, y con raudo vuelo
Corre allá, do los mares
Valladar son del suelo;
Sentirá allí tu diestra vengadora.
Tornaránse sus dichas en azares:
Cual heno al fuego faltarán sus dias.
"La noche esconderá en su seno umbrío,
Dijera aquel impío,
„Las injusticias mias."
Mas no hay sombra ante tí: la niebla escura
Brilla á tus ojos como lumbre pura.
Manda presta tu ira, cual rugiente
Leon devorador: caiga el espanto
Sobre el necio orgulloso:
Su manjar sea el llanto.
¿El fuerte de Israel con sesga frente
Oirá su nombre maldecir? Gozoso

Moverá el insolente su cabeza
Contra Jehová? contra Jehová el gusano?
"Que venga, dice ufano,
»Que muestre su grandeza
»Ese Dios y creerélo." ¿Y lo percibe,
Señor, tu oido, y aún el fiero vive?
¿Y vive él, y te mofa? Tiende ¡oh!
tiende
El brazo triunfador, que al mar sonante
En sus lindes encierra:
De tu airado semblante
El fuego lanza, que las nubes hiende,
Y los cedros del Líbano soterra.
Sus, vibra, ó Prepotente: el duro pecho
Atraviese tu dardo enherbolado,
Y caiga aquel malvado:
Caiga, y á su despecho
Falleciente el poder confesará
Del que es, el que ha sido, el que será.

(Reinoso.)

OCTAVA

DE UN POETA PECADOR ARREPENTIDO.

¿Yo para qué nací? Para salvarme.
Que tengo de morir, es infalible.
Dejar de ver á Dios y condenarme,
Triste cosa será, pero posible.
¿Posible? ¿Y rio, y duermo, y quiero holgarme?
¿Posible? ¿Y tengo amor á lo visible?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

GLOSA DE LA MISMA OCTAVA.

¿Yo cómo vine al mundo? Condenado.
¿Dios cómo me libró? Dando su vida.
¿Yo cómo la perdí? Por un bocado,
Que fue del mundo todo el homicida.
¿Dios qué me pide á mí? Lo que me ha dado.
¿Yo qué le pido á él? La eterna vida.
¿Dios para qué murió? Para librarme.
¿Yo para qué nací? Para salvarme.
De tierra soy, y tierra he de volverme;
Y á siete pies de tierra reducido,

Y una pobre mortaja en que envolverme,
Tendré del mundo el pago merecido:
No puedo de este paso defenderme:
Ni el César puede, ni el jayan temido.
¡Miseria general! ¡Caso terrible!
Que tengo de morir, es infalible.
Allí de los amigos mas amados,
Del alma tiernamente mas queridos,
Los últimos abrazos regalados
Recibiré con llantos y gemidos.
Allí será el mayor de mis cuidados
Los deleites y vicios cometidos;
Pues que puedo por ellos no salvarme,
Dejar de ver á Dios y condenarme.
¿Pues cómo de la enmienda y penitencia
Tan descuidado vivo en esta vida?
¿Cómo no limpio y curo la conciencia,
Antes que llegue el fin de esta partida?
Porque si llega, y falta diligencia,
El dar en el infierno una caida
Hasta el centro profundo mas horrible,
Triste cosa será, pero posible.
Dispuesto con cuidado y prevenido
Conviene estar al tránsito forzoso;
Que si me coge desapercibido,
Tendré el castigo como perezoso:
¡Oh loco, torpe, necio, endurecido,
Falso, liviano, desleal, vicioso!
¿Qué pueda ser venir á condenarme
Posible? ¿Y rio, y duermo, y quiero holgarme?

En este caso mil exclamaciones
Con lágrimas, sollozos y alaridos
Harán (sin dar alivio á mis pasiones)
Padres, hermanos, deudos, conocidos.
¡Qué ansias, qué congojas, qué aflicciones
Turbarán mis potencias y sentidos!
¿Esto tengo de ver? ¿Esto es posible?
¿Posible? ¿Y tengo amor á lo visible?
Agonizando para dar la vida
El cuerpo flaco con la amarga muerte,
El alma triste teme la partida,
El divorcio preciso y dura suerte.
Amargo cáliz de mortal bebida,
Pues tengo de pasarte y de beberte,
¿Cómo de la virtud me olvido tanto?
¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
Allí me asombrará la cuenta larga,
Las visiones horrendas infernales,
La memoria terrible tan amarga
Del falso que condena, y otros males.
¿Pues cómo ¡oh ciego! con tan grave carga
De angustias y tormentos desiguales
No tiemblo? ¿No me enmiendo? ¿No me espanto?
Loco debo de ser, pues no soy santo.

Á LA LIBERTAD DE ESPAÑA DE LA OPRESION DE LOS FRANCESES.

Cancion compuesta el año de 1808 despues de la rendicion de Dupont, arreglada al modelo del cántico de Moisés: *Cantemus Domino, &c.*

Cantemos al Señor, que el temerario
Arrojo confundió del Corso horrible.
¡Gran Dios de los ejércitos potente!
¡Salud nuestra excelente!
¡Loores á tu nombre en tono vario!
Tú del contrario vengador terrible
Exaltaste tu brazo poderoso,
Y el Galo huyó confuso y pavoroso,
Destrozadas sus águilas rapantes,
Sus carros y caballos arrogantes.
El soberbio Behemoth ¡cruel tirano!
Confiado en sus huestes altaneras
Oprimir intentó la Iberia fuerte,
Al ver su estado inerte;
Y con cautela y seductora mano
Sus prendas le arrebata placenteras:
Y entre ellas su FERNANDO *idolatrado,*
Que por tu ungido ¡oh Dios! le has otorgado,
Y á quien la hispana gente rinde en luto
Y en lágrimas ardientes fiel tributo.

«Yo á quien el Arno y el Tesin (exclama)
»Pecho me pagan, junto con el Sena,
»Haré que Ibero y Tajo vasallaje
»Me rindan (¡fiero ultraje!)
»Y si resisten, vengadora llama
»Su suelo abrasará; y en dura pena
»Cortará sus cervices mi cuchilla:
»Así pagué yo siempre á quien no humilla
»La cabeza postrado y pavoroso
»De mi arrogancia al máximo coloso.
»Brazo robusto de española gente
»Gobernado por mí, del Bóreas frio
»Hasta de ardiente Libia las arenas
»Echará las cadenas,
»Que regirá mi mano omnipotente
»En largo irresistible señorío:
»Y do despunta la rosada aurora
»Hasta el lecho del sol será señora;
»Que mi ambicion de límites exenta
»Aun apenas con esto se contenta.
»¿Quién podrá resistirme entónces? ¿cuándo
»Miró el orbe Monarca mas pujante?
»A Roma, á Roma sacra y á su ungido
»Rebelde he resistido,
»Por si se opone á mi supremo mando:
»De mi alígero carro va delante
»El pálido terror, la muerte airada,
»Fiera, sañosa, atroz, ensangrentada,
»Si la perfidia y mascarado engaño
»Primero no triunfaren en su daño.»

Tú, Señor, que á la cumbre de la gloria
Ensalzas al humilde, y al mendigo
De la basura sórdida sublimas
Sobre las altas cimas
De Olimpo, que publica su memoria;
Para el soberbio apresta ya el castigo,
Su orgullo abate, y de la excelsa roca
De su hinchazon al báratro derroca:
Yaga á tu impulso su feroz denuedo
Envuelto en confusion y en torpe miedo.
Ya fue, Señor, tu diestra sublimada
En fortaleza, cuando á huestes fieras
Vió Betis olivífero rendidas,
Dispersas, abatidas:
Del Turia la corriente aljofarada,
Llenas de oprobio y rotas sus banderas:
Y donde Ibero adora la coluna,
De Hesperia apoyo y su mejor fortuna,
Mil y mil veces su furor deshecho
Por el escudo y celtibero pecho.
«Mi furor (sigue el pérfido tirano)
»El cóncavo metal de hórrido estruendo
»Los pueblos aterrando y las ciudades,
»Aborta en crueldades;
»Y sus riquezas saciarán mi insano,
»Mi pecho embaidor (¡placer horrendo!)
»Mis armas y corazas esplendentes,
»Que fueran el terror de tantas gentes,
»Del Bátavo, y Latino, y la Alemaña
»¿Por qué no lo serán tambien de España?"

Pero al soplo ¡oh Señor! de tus enojos
El pavor inundó sus corazones,
Que el español acero traspasara,
Y su orgullo humillara:
Abandonan huyendo los despojos,
Que robaron furiosas las legiones,
Sin perdonar tus templos ni tus aras:
A tus esposas profanaron caras,
A tus sacros ministros ultrajaron,
Y al cuchillo tus niños entregaron.
Quebranta al tigre, que las uñas lame
Ensangrentadas del furioso estrago;
Bajo la piel de oveja blasonaba,
Que á tu España honoraba
Para perderla ¡proceder infame!
Antes el golpe sienta que el amago:
A tus impulsos el Leon dormido
Despierta, se espereza, y su rugido
Las cuitadas falanges amedrenta,
Y á los confines de su Galia ahuyenta.
¡Galia infelice! ¡un tiempo la delicia
De virtud y saber! gimes ahora
Bajo el pesado yugo del tirano
Sin piedad inhumano:
No sientes, triste, la piedad propicia
De quien por tí nuestra region mejora.
A tu dueño legítimo entregaste
Al filo del acero, y sujetaste
La rebelde cerviz ¡justo castigo!
No á un defensor, á un pérfido enemigo.

¿Esta es la libertad que requerias,
Cuando lozanas lises marchitabas?
Tú burlaste, Señor, de los humanos
Los pensamientos vanos:
¡Ay! ¡cómo enseñan los fugaces dias
Que tú distintas cosas ordenabas!
¿Y aún con esto el mortal, el presumido
Mortal, á tus designios se ha atrevido?
¿El gusanillo aquí en la humilde tierra
Quiere al cielo llevar audaz la guerra?
Los ayes ¡ay! calmad con el consuelo,
Parténope, y tú, Roma, sojuzgadas
Por la perfidia y ambicion extrema;
Que la mano suprema
De quien calma la mar y rige el cielo,
Vuestras cadenas quebrará pesadas;
Y á vuestro ejemplo la infeliz Liguria,
Y Holanda ajada vengarán la injuria:
Y tú, Polonia, que engañada lloras,
¿Abrazarás las máximas traidoras?
Tomad por norma á la española gente,
Que al Santo de Israel siempre rendida,
Y siempre en sus piedades confiada,
Quebrantó la exaltada
Cerviz y crestas de feroz serpiente,
Que yerta apareciendo y fementida
Buscó el asilo, y lo encontró en su seno;
Pero ingrata infundiérala el veneno,
Si á sus roscas y silbos y á su saña
No le opusiera su Leon España.

Por tí, Señor, Iberia es vencedora
De las perfidias que abortó el abismo
Para turbar la paz, la paz sagrada
De olivo coronada.
Vuélvenos ¡oh buen Dios! la prenda ahora
Del gran Fernando, norma de heroismo.
A la prision, Señor, con él bajaste,
Y en ella con tus rayos le ilustraste,
Y á los que le mancharon confundiste,
Y su clara inocencia protegiste.
¿Quién á tí se parece en fortaleza,
Señor de los ejércitos potente?
¿Y quién en santidad es semejante?
Mil portentos delante
Van de tu majestad y tu grandeza,
Que al cielo encantan, pasman á la gente:
Al obstinado Faraon turbaron,
Y á sus carros y ejército anegaron;
Mientras tu pueblo hollaba el mar enjuto,
En sacros himnos dándote el tributo.
¿Y tu pueblo escogido el pueblo hispano
No acaba de admirar igual portento
De tu excelso poder? Voraz la llama
Su furor no derrama
Sobre la arista, cual al Galo ufano
Arrolla y desbarata en el momento:
Y el resto de su gente consternada
A la fuga se entrega arrebatada,
Imitando al caudillo no llamado,
Que aleve quiso ser entronizado.

Ingeniosa Albion, que de los mares,
A pesar del tirano, el gran tridente
El árbitro del mundo te ha otorgado,
Tú siempre has penetrado
La torcida intencion, que mil pesares
Causó y desolacion al continente:
Prosigue tus intentos: desbarata
Las siniestras empresas: hiere, mata,
Con las nuestras uniendo tus banderas,
Las decantadas águilas lijeras.
Y di al caudillo que su imperio rige
Del Lapon yerto hasta el Japon lejano,
Ilustrando su suelo Moscovita,
Que si sagaz no imita
Tu obrar con el tirano, no lo entiende,
Con el audaz, el pérfido inhumano:
Y así como tu trono derribara,
Si del suyo la mar no le alejara;
El Ruso sin reparo arruinaria,
En pudiendo cruel su alevosía.
Mas ya aparecen vanos sus intentos,
Desde que ¡oh gran Señor! pavor envias
A sus secuaces con terror medroso:
Tu brazo poderoso,
Obrador siempre de ínclitos portentos,
Sigue, sigue ostentando en nuestros dias:
Huyan los enemigos de tu nombre
Con miedo y confusion, que al orbe asombre;
Cual humo que se esparce por la esfera,
O cual al fuego fluye débil cera.

¡Loores á tu nombre! en honra suya
Suba á los aires oloroso incienso,
Y nuevos himnos de arte peregrina,
¡Oh Majestad divina!
Tambien loamos á la madre tuya,
So cuyo manto España con inmenso
Placer se ve por tí constituida,
Y siempre de su amparo protegida:
Y por medio ¡oh Jesus! de tal Señora
Acabe en fin su empresa vencedora.

(P. Pascual Suarez.)

ÍNDICE.

Prólogo. . . . . . pág. III
Proverbios ó Parábolas de Salomon. . . . 1
Introduccion á la Sabiduría, de Luis Vives : = De la Religion. = De la Caridad. 33
De Fr. Luis de Granada : = El hombre tiene obligacion á amar á Dios solo por ser quien es. 70
De la necesidad que hay de saber la doctrina cristiana, y de los grandes frutos y provechos de ella. 87
Cuán digna de sentimiento es la ignorancia que comunmente hay de la ley de Dios : y como la leccion de libros de católica y sana doctrina es uno de los principales remedios de esta ignorancia. . . 96
De la deformidad y malicia del pecado. . . 103
Carta de Euquerio, Obispo de Leon de Francia, á Valeriano su pariente. . . . 106
Oracion del V. Fr. Luis de Granada para pedir á Dios el perdon de los pecados. . 160
Meditacion muy devota para ejercitarse en ella el dia de la sagrada Comunion. . . 176
Otra meditacion para ántes de la sagrada Comunion. 191
Diversas situaciones de la vida, en que el hombre puede ser feliz. 204
Diálogo sobre la urbanidad y buena crianza. 234
Fábulas de D. Felix María de Samaniego. . 278

Jaúlas de Iriarte. 285
Cantinela de un pajarillo: del Señor Don Esteban Manuel de Villegas. 288
Oda de Fr. Luis de Leon á la Ascension del Señor. 289
Otra del mismo: Noche serena. 290
Otra del mismo: Profecía del Tajo. . . . 293
El Cántico de Zacarías, por Lista. 297
Los Padres del Limbo: Cántico de D. Leandro de Moratin. 299
Oda del mismo á la Vírgen N. S. de Lendinara. 303
Soneto del mismo: Las Musas 305
Soneto á la Providencia, de Bartolomé de Argensola. 306
Soneto del P. Pascual Suarez, á la Ascension del Señor. 307
Cancion de Rioja, las ruinas de Itálica. . 308
Á Jehová por la venganza de sus enemigos, de Reinoso. 311
Octava de un Poeta pecador arrepentido. 316
Glosa de la misma octava. . . . . . id.
Á la libertad de España de la opresion de los franceses, del P. Pascual Suarez. . 319

Estas Lecciones, que se han escogido para las Escuelas Pias del Real Colegio de San Antonio Abad, se hallarán en la portería del mismo Colegio, y en la del de Avapies; y en las Librerías de *Rodriguez*, calle de Carretas; de *Barco*, Carrera de San Gerónimo; de *Novillo*, calle de la Concepcion Gerónima, y en la de *Villa*, Plazuela de Santo Domingo.

LIBRARY OF CONGRESS
0 003 205 939 9